Mundo Argentino

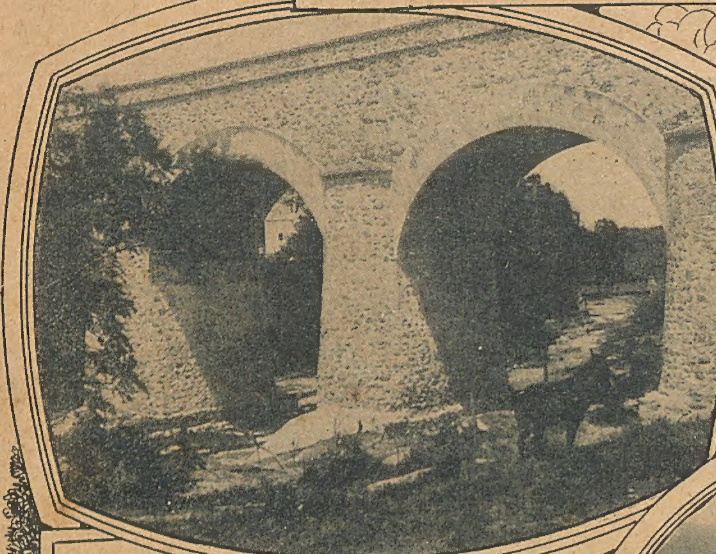


CÓRDOBA

ALGUNOS ASPECTOS DE SUS BELLEZAS NATURALES



Largo puente sobre el río Cosquín, desde donde los viajeros pueden admirar la exuberante vegetación que lo bordea, a lo largo de su curso La benignidad del clima de esta provincia constituye la esperanza de muchas vidas amenazadas



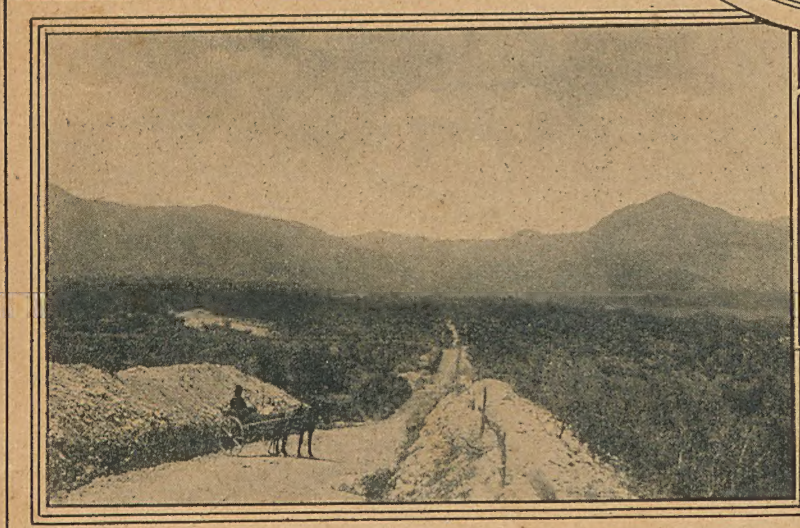
Gigantesco puente de piedra que cruza uno de los tantos ríos de la región. Indiscutiblemente, Córdoba es una de las provincias que más y mayores encantos naturales poseen



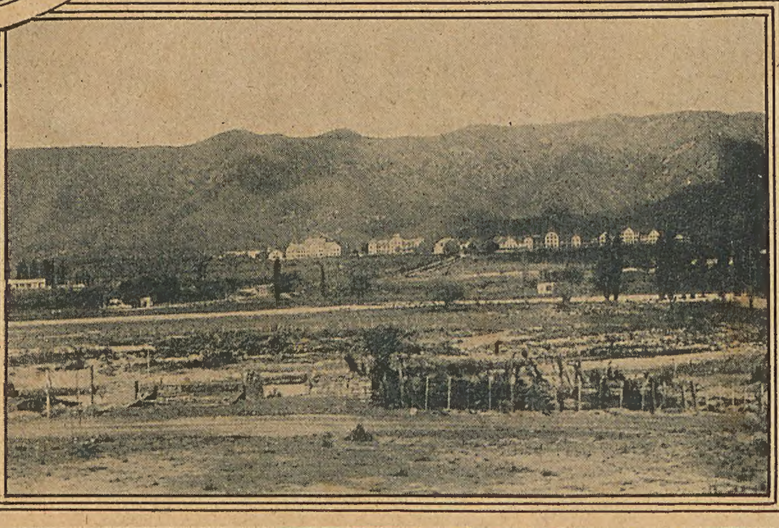
Un detalle del nuevo camino para automóviles que cruzará el cerro Pan de Azúcar. Es una de las obras más importantes de esas serranías, y que contribuirá a aumentar sus bellezas



Un bonito paisaje entre Calera y Córdoba, en donde la naturaleza ofrece a los ojos del turista los más diversos aspectos de sus maravillas



Vista del cerro Pan de Azúcar, con la entrada del nuevo camino para vehículos, entre Cosquín y Córdoba



El sanatorio Santa María, al pie de las sierras. Esta fotografía que da idea de su importancia, ha sido tomada desde el tren

Empresa Editorial Haynes Limitada S. A. — Nuestro Campo

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RÍO DE JANEIRO - 262
BUENOS AIRES
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 — DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"

AÑO XIV — BUENOS AIRES, ENERO 2 DE 1924 — NÚM. 676

ESPERANZAS DE AÑO NUEVO

Inauguración de talleres propios. — Homenaje a las provincias. — Para elaborar un porvenir seguro no nos debemos convertir en serviles imitadores del viejo continente. — América debe ser la patria de la paz, el asilo de todos los desheredados de la tierra. — Lo contrario fuera defraudar la más alta esperanza humana. — Hemos prohijado las fórmulas más generosas de derecho internacional y no debemos contrariar esta honrosa tradición. — Por otra parte, debemos elevar las condiciones de vida, harto precarias, del pueblo. — Nuestro ideal, como lo indicó el poeta, debe consistir en la realización en América de la eterna comunión de las naciones.

CON la aparición de este número extraordinario — extraordinario por la cantidad de páginas y por la tirada: doscientos mil ejemplares—celebramos un doble acontecimiento: el nuevo año y la inauguración de los talleres propios de nuestra empresa editorial, donde fué compuesto.

Es esta una prueba del vigor y prosperidad de nuestra empresa, favorecida por el creciente apoyo del público, por el cual no ahorramos esfuerzo por complacerlo, mejorando y ampliando nuestras publicaciones.

Dentro del rico material literario y gráfico que ofrecemos, hemos querido destacar el referente al conjunto de las provincias argentinas, con el fin de que el lector se forme una idea de su estado actual. Hijos prestigiosos de cada una de ellas las evocan en algunos de sus aspectos.

Este homenaje a las provincias argentinas cuenta como antecedente la preocupación preferente que nos merecen durante todo el año. Seguimos su desarrollo de cerca y señalamos las bondades y deficiencias que notamos, alentando a unas con el aplauso y tratando que las otras sean corregidas.

Tenemos todas las condiciones para cimentar una gran nación: raza, clima, suelo; todo concurre favorablemente en tal sentido.

Recibe nuestra república razas oriundas de las más diversas partes, y las funde en una unidad, que, aunque no definitivamente formada, presenta caracteres sobresalientes y revela cierta homogeneidad. Carecemos de las luchas étnicas que dan lugar en otros países a conflictos graves y cruentos.

Gozamos de un clima variado y excelente, y disponemos de un suelo fértil y sumamente extenso.

Para elaborar un porvenir seguro no nos debemos convertir en serviles imitadores del viejo continente; debemos imponer una selección conveniente de lo que Europa nos ofrece, y adoptar únicamente lo que puede ser entre nosotros simiente de adelanto.

América debe ser la patria de la paz. Europa se ha desangrado con las guerras, y ha caído en una situación tan terrible, que muchos desesperan de su salvación.

¿Habrán de entrar los países de este continente en el torbellino fatal que arrastra a las naciones del otro lado del océano? Tanto valiera como firmar la propia sentencia de muerte y defraudar la más alta esperanza humana.

América ha aplicado la fórmula del arbitraje con una amplitud ejemplar; los más graves conflictos de límites han sido resueltos bajo su égida. Y el único pleito pendiente entre naciones americanas ha sido sometido igualmente al arbitraje cuando la situación parecía no contar con otra salida que la del conflicto armado.

Hemos prohijado las fórmulas de derecho internacional más generosas. "La victoria no da derechos", dijo un argentino. "América para la humanidad", exclamó otro, contraponiéndola a la de "América para los americanos" de los estadounidenses; Sarmiento se gloriaba de haber dicho antes que un famoso lord inglés de que la misión de los ejércitos había terminado y que entraba a llenar la suya el maestro de escuela; en fin, ha sido un argentino quien elevó, en nombre del continente, su grito de protesta contra el cobro compulsivo de las deudas públicas, que constituye el azote suspendido sobre todos los países hispanoamericanos.

Es necesario consolidar esta tradición pacifista, altamente honrosa; es indispensable repudiar, por todos los medios, la paz armada, fuente de desgracias colectivas.

Lo que otros países gastan en costear enormes ejércitos y armamentos en cantidad, debemos gastar en elevar las condiciones de vida de los habitantes de América y en ofrecer a todos los hombres una tierra donde sólo se conozca el trabajo y la concordia.

Lo que otros destinan a multiplicar la muerte, destinémoslo a enaltecer y embellecer la vida. Como escribió Alberdi: preferimos al laurel de la guerra el olivo modesto de la paz.

Mucho tenemos que andar todavía hasta ver elevado el nivel de vida de la población argentina. El elemento criollo del interior se resigna con una situación harto precaria; se alimenta escasamente, viste y se aloja deficientemente; su cultura es rudimentaria.

En el norte es endémico el paludismo; diversas plagas han aparecido en todas las provincias; hasta el floreciente litoral indica una sensible disminución del vigor de la raza; pruebas fehacientes no permiten la duda al respecto.

Cifras oficiales demuestran que en estos últimos diez años se ha operado un peligroso descenso vegetativo; la proporción de nacimientos ha bajado en 1.2 por mil (de 32.2 a 31.0) siendo especialmente señalable el descenso en la capital federal (de 35.1 a 24.2), en la provincia de Buenos Aires (de 42.6 a 30.6), en Córdoba (de 55.4 a 35.9), en Mendoza (de 49.1 a 37.8), y en Santiago del Estero (de 46.1 a 31.1).

La nupcialidad ha descendido en la última década de 7.3 a 6.8 por mil. ¿Qué indica este descenso? Sencillamente: que la carestía de la vida ha llegado a ser tan tremenda que muchos renuncian a casarse. Se ha observado que la proporción de mujeres argentinas que quedan solteras es mayor que la de las mujeres extranjeras, y se ha explicado el fenómeno por la menor capacidad económica de la mujer criolla. He aquí un punto que no debería descuidarse: la educación de la mujer. Al mismo tiempo que urge ampliar sus derechos conviene ofrecerle mayores perspectivas económicas.

La mortandad ha aumentado de 13.3 a 14.7 por mil. Esto es lo triste; se celebran menos enlaces; nacen menos hijos y, en cambio, enferman y mueren las gentes en mayor número.

Tal la situación real, que necesita ser conjurada.

Estas cantidades son fácilmente eliminables con un poco de dedicación en las autoridades encargadas de combatirlas.

Estamos convencidos que empresas más arduas pueden acometerse en nuestro suelo, descontando su éxito.

Formamos un pueblo de sensibilidad fina y rápida, que asimila toda idea de progreso con maravillosa agilidad.

Estamos en condiciones de repetir en el curso de este siglo XX el milagro ascensional de los Estados Unidos, pero aprovechando la inestimable experiencia de los americanos del norte, y, por lo tanto, evitar los errores y las injusticias en que puedan haber incurrido, y que sus más preclaros estadistas y pensadores han denunciado en diferentes ocasiones.

Disponemos de todos los elementos necesarios para elaborar la grandeza de una nación y dar nacimiento a fórmulas de vida colectiva humanas y generosas de manera que ofrezcamos un ejemplo saludable y realicemos una experiencia social de verdadera trascendencia histórica.

Por eso, pese a todas las deficiencias que encontramos en nuestro suelo, nuestro optimismo es inquebrantable y hondo.

Ya los hombres del coloniaje abrigaron grandes esperanzas al respecto. En ellos era un rasgo típico el sentimiento de la grandeza futura de la Argentina y de la América en general. ¿Cómo ser hoy menos optimistas cuando algunas realidades dan a la esperanza sólidas bases y cuando el sangriento espectáculo del viejo continente señala a América un puesto de vanguardia en los destinos futuros de la humanidad?

Todo consiste en que sepamos elaborar una sana y alta cultura. Desgraciadamente, poco hemos hecho; pero haremos, tarde o temprano.

En una que otra provincia ha comenzado a reaccionarse; pero en las más no hay signo alguno todavía que permita suponer una pronta y radical corrección.

Elevación física, elevación cultural, elevación social del pueblo de la república: este es el programa por cumplir. Elevando a las masas se eleva el nombre de la república.

Las riquezas se centuplicarían y una corriente copiosa de inmigrantes sería atraída.

Nos convertiríamos de esta suerte en un país digno de ser imitado, y que concentraría la mirada del mundo. Habríamos realizado una experiencia colectiva de valor internacional. Diversos hechos demuestran, contra lo que se suponía, que el interior no es impermeable a esta divisa de progreso ni a ninguna idea moderna y generosa.

El ideal esbozado nos es tan caro que no nos cansamos de insistir sobre él; nos daríamos por satisfechos si en el año que se inicia algo se hiciera por traducirlo en una bella realidad. No ocultamos que ponemos en su difusión un poco de emoción hispanoamericana. Como que siguiendo esta senda de paz y de elevación general del pueblo vislumbramos que este continente realizaría, como lo cantó el poeta, la eterna comunión de las naciones.



AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

La sorpresa que Carlitos había anunciado para Año Nuevo, y el efecto que produjo a la familia la originalidad del "regalo", pues, por lo visto, se esperaba otra cosa

EL AÑO EN BROMA

POR **JOSÉ M. SIERRA**



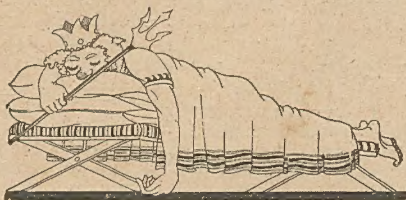
Se fué el año veintitrés
y aquí estamos medio locos
de la cabeza y los pies
porque dejó, como pocos,
vuelto el mundo del revés.
Y no he dicho una simpleza,
pues aunque alguien se figura
que la locura no reza
con los pies, que la locura
sólo ataca a la cabeza,
debemos considerar
que la moda de bailar
como las bestias, hoy es
lo que se puede llamar
la locura de los pies.
En época todavía
reciente, se conocía
la jota, el vals y otros muchos
bailes; mas, de animaluchos,
sólo el "can-can" existía.
Mas, surgieron de rondón
en estos últimos años
bailes de nueva invención,
haciendo la imitación
de los bichos más extraños:
del camello, la pantera,



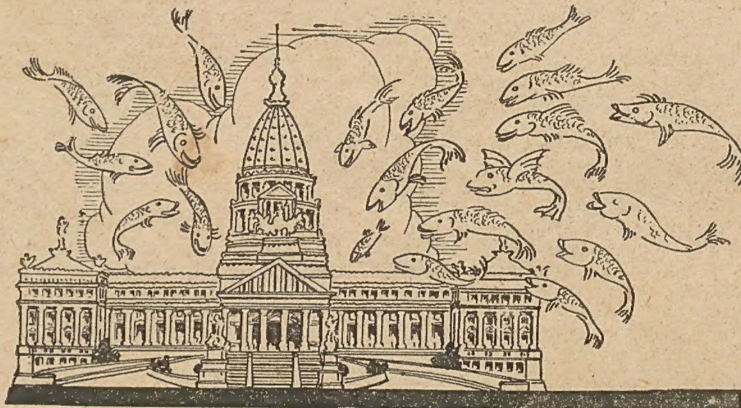
del oso, de cualquier fiera
(del burro, pongo por caso,)
la cosa es "hacer el paso"
de un cuadrúpedo cualquiera.
En otros tiempos, la gente,
con un criterio excelente,
corriendo al "galop" bailaba,
pero, en cambio, caminaba
al paso tranquilamente.
Hoy el orden se ha invertido,
pues el hombre, compelido
a no perder ni un segundo,
baila al paso, y por el mundo
corre al galope tendido.
Hasta en esto, como ves,
queridísimo lector,
está el mundo del revés,
pero ya verás después
que no es esto lo peor,
pues a nadie se le escapa
que no ha habido en otros años
esos trabajos de zapa
y fenómenos extraños
que nos han cambiado el mapa.
Hubo varios terremotos,
tormentas y maremotos,
y casi una inundación
como en los tiempos remotos
de Noé. Lo del Japón
ha sido muy sorprendente.
¿Cuándo se ha visto brotar
una isla de repente
y otra que tranquilamente
desaparece del mar?



La que desapareció,
isla "Oshima" se llamó,
y el abismo la atraería;
por eso, sin duda, un día,
diciendo: ¡Oh sima!, se hundió.
También ha ocurrido un hecho
tan sorprendente que espanta.
Se ha comprobado que el lecho
del Atlántico, en un trecho
junto al Cabo, se levanta.
Lo que no ha de sorprender
es que el lecho del mar bravo
fuera en el Cabo a crecer,
pues lo que ha de suceder,
es obvio, sucede "al Cabo".
Al levantarse el colchón
del mar, lo que va a pasar
seguramente, es que el mar,
aunque sea un dormilón,
se tendrá que levantar,
e inundará con su riego
salobre el Africa, y luego
cubrirá toda la tierra,
mientras, con desasosiego,
dirá el hombre: ¡La gran perra!
Como el lecho seguirá
creciendo, dicho se está
que en un porvenir cercano,
donde hoy duerme el Océano
nueva tierra surgirá.



Tendrán nuestros descendientes
que votar muchos millones
para las reconstrucciones
de los nuevos continentes
donde harán nuevas naciones,
mientras que, sin gran fatiga,
el pez que escapar consiga
de la red o los anzuelos,
contra nuestros rascacielos
se rascará la barriga.
¡Quién verá los tiburones,
las ballenas, los delfines,
los pejes y los salmones
recorrer nuestros salones,
nuestros teatros y cines!



Cuando llegue ese momento,
el Congreso asaltarán
los peces con gran contento
y en el Congreso estarán
los peces en su elemento.
Así, lector, como ves,
muy pronto estará cambiado
todo el mundo del revés,
cosa que ya se ha iniciado
en el año veintitrés.
Con motivo de la guerra
que dicen que terminó
(aunque no lo veo yo),
no hay nadie que esté en su tierra,
desde el Congo a Pehuajó.
Los suecos se han ido al sur,
al norte los africanos,
a Turquía los rumanos
y los franceses al Rhur
y a Grecia los italianos.
Aquí hay sajones, latinos,
eslavos y hasta "cretinos"...
Lleno está nuestro país
de todo, excepto argentinos,
porque se han ido a París.



En todo lo que ha pasado
y está pasando, se ve
que el mundo está trastornado
y no es, por lo que ha cambiado,
ni sombra de lo que fué.
La terrible conmoción
que al mundo dió vuelta así
tuvo su repercusión
entre nosotros, y aquí
va, para muestra, un botón.

(Botón, dije, y a fe mía
que decirlo no debía,
pues aunque hable de un cartel
del jefe de policía,
lo de "botón" no es por él.)



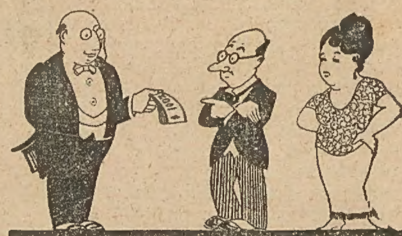
Un día la Jefatura
de policía, en señal
de cariño paternal,
dando muestras de ternura
colocó en la capital
carteles recomendando
precauciones e indicando,
sin olvidar ni un detalle,
lo que uno debe hacer cuando
vaya a cruzar una calle.
A raíz de esa medida,
sin duda alguna excelente,
se vió que muy poca gente
consigue llegar con vida
hasta la acera de enfrente,
y con la eliminación
rápida del peatón,
veremos, después de todo,
hecha la descongestión
del tráfico, de ese modo.
¡Todo ha cambiado, señores!
Ya no sucede, como antes,
en los años anteriores,
cuando algunos conductores
velaban por los viandantes.
Gracias a la policía,
hoy sabe, hasta el más incauto,
que cuando cruce una vía,
si no lo mata un tranvía,
lo hará pedazos un auto,
a menos que el peatón
arremeta con coraje
y dándole un empellón
haga trizas el carruaje
por falta de precaución,



que es lo que (según decía
el motorman de un tranvía)
sin duda alguna ha tratado
de evitar la policía
con el cartel ya citado.
El chofer y el peatón
han hecho mucho, en verdad,
con su colaboración
para la descongestión
del tráfico en la ciudad,
y, aparte de la limpieza
natural por accidente,
hubo este año mucha gente
que ha perdido la cabeza
con el fierro contundente,
con la pistola homicida
o con otra arma esgrimida
en continuos entreveros,
donde han perdido la vida
choferes y pasajeros.
Durante el año que acaba
de pasar, todo el que entraba
en un auto, con salud,
no sabía si tomaba
un auto o un ataúd.
Ni sabía el conductor
si el que iba en el interior,
de "pasajero", en el viaje
pensaba darle un "pasaje"
para otro mundo mejor.
En las modas se ha sufrido
también un cambio que ha sido
evidenciar que está loco
todo el mundo. Hasta hace poco,
las damas, como es sabido,
lucían alguna vez
sus formas, por la escasez
de telas, gracias a Dios,
pero hoy son los hombres los
que exhiben su desnudez.
Y me parece muy feo
que lo que hoy, por lo que veo,
prive aquí y en cualquier parte
sea el desnudo en el arte...
en el arte del boxeo.
Y si no, ¿a qué otra razón
puede haber obedecido
que un artista haya esculpido
a nuestro casi campeón
y al campeón casi vencido?



Pues aquí, en una vidriera
de una casa de primera
y que es de las más centrales,
los vimos hechos de cera
con sus pelos y señales.
En fin, lo bueno sería
que siguiera la manía
de darle la vuelta a todo
para ver si de ese modo
vemos llegar el gran día
en que hagan los diputados
leyes constitucionales,
trabajen los empleados,
estén bien remunerados
los maestros nacionales
y que con puntualidad
cobren, sin necesidad
de empréstitos; que haya plata;
que haga la vida barata
la Municipalidad;
que se halle, al fin, el camino
de lograr que el propietario
no cobre alquiler sin tino,
sino que él, por el contrario,
se lo pague al inquilino;



que la hacienda no esté flaca;
que emplee bien el gobierno
los impuestos que nos saca
y que cueste un bife tierno
algo menos que una vaca;
que haya, en lugar de porfías,
en el congreso agudezas
y no estén todos los días
las bancas y las cabezas
completamente vacías;
y en fin, que se haga posible
comer algo digestible
de lo, como tal, vendido,
y que se haga el embutido
con relleno comestible.

....

Estoy pensando ahora yo
que, al hablar del año, no
lo hice en broma. No es extraño.
¿Quién habla en broma de un año
que tanto nos embromó?



DIBUJOS DE VÍCTOR MACAYA

LA ESTRELLA DEL NIÑO DIOS

Así que la alegre fiesta de los cristianos se acercaba, renacían en el escaso vecindario de Huemul los recuerdos asustadores y tristes de la Nochebuena anterior.

Durante los diez años transcurridos desde que un destacamento de tropa nacional acampó en aquel lugar de la pampa, jamás la indiada había traído ataque más inesperado y desconcertante que el malón de aquella noche del 24 de diciembre.

Don Robustiano lo aseguraba y podía creérsele, ya que era poblador de los más viejos, después de haber sido milico de las primeras tropas llegadas.

No bien acampadas éstas, él ayudó a levantar los muros de adobe del fortín, y fué todavía soldado brioso. Pero concluyó quedando al arrimo del fogón, entreteniéndose en preparar cueros para componer recados y en responder a consultas de toda especie que el vecindario le hacía, pues, quisiéralo o no, fué teniéndolo por curandero y medio adivino.

A medida que avanzaba diciembre, notaba don Robustiano ese año que las consultas de las mujeres crecían y que casi todas eran pura excusa para conocer su agüero de Nochebuena.

—Yo no sé decir lo que ha de suceder, ña Fulana—les respondía a las averiguadoras.

Y no había una que no reparase:

—Así como lo supo antes, habrá de saberlo ahora...

Parecía que



ESTAS PLÁTICAS CON DON ROBUSTIANO CONSOLABAN A LAS MUJERES DEL ALEJAMIENTO DE SUS HOMBRES



se habían pasado la palabra. La general inquietud de las puebleras se explicaba, pues el viejo paisano había repetido hasta el cansancio:

—Este juego hereje traído por el finao Macario, va a acarrear nuevas desgracias.

Y el mal presentimiento se había cumplido con la última invasión.

El juego aludido fué tanto más disgustante para el viejo cuanto que éste, desde el primer año de campamento, había recordado la costumbre de izar candiles en Nochebuena. Durante siete años el uso no se alteró. Cada rancho levantaba su candil en la punta de una caña que se clavaba en tierra. De ese modo, en el aire sereno de la noche, la luz quedaba como otra de las tantas estrellas, pero más familiar, más humana que las del alto cielo. El primer año sólo fueron tres: la del fortín, levantada por don Robustiano, y la de dos ranchos; el segundo, cinco; el tercero, once... Ahora eran muchas.

Pero hacía tres años que no todas quedaban fijas: aquí o allá se veía de pronto moverse y salir corriendo alguna de esas luminarias, y en la corrida solía apagarse. En eso consistía la jugarreta introducida por Macario, a estilo, según decía, de sus pagos, allá por la Punta. Agregaba que de ese modo se conseguía tener despierta y sin aburrirse a la gente hasta medianoche, a la espera del nacimiento del Niño.

—A Dios gracias, nunca se necesitó de ese ardid entre nosotros—le había retrucado don Robustiano.

Pero el robo de los candiles, practicado entre vecinos, fué novedad bien recibida y dió origen a corridas de jinetes, que se llevaban la luz pillada de uno a otro extremo de la ranchería, no sin comentar de puerta en puerta, a risotadas y alaridos, la sorpresa de los despojados.

Apenas comenzara el primer nuevo año de los precedidos por tal diversión, cuando en la mañana del día de Reyes trajeron la noticia de que Macario había sido degollado por un indio.

De estas feas cosas no se hablaba hacía ya infinidad de tiempo, y por eso el horror, como un aletazo de pampero, pasó estremeciendo el alma de la población.

Buen boleador, el puntano jaranista se había alejado más de lo debido en persecución de gamas y avestruces, y así lo perdió su demasiada confianza. Dejó a una moza llamada Deidamia encinta y tan apenada que al verla llorar rompía el corazón

POR

Edmundo Montagne

DIBUJOS DE CONTRERAS

Deidamia, muy querida de todos por hacendosa y servicial, fué llamada desde entonces la Viuda de Macario, y se decía que quizá no habría enviudado si la misión religiosa que de tiempo atrás se anunciaba, hubiese bendecido a la pareja y a las muchas más que como ella estaban formadas.

Habría también cristianado en ese caso a buen número de muchachos e indios mansos.

Las mujeres compartían el parecer de don Robustiano: la llegada de la misión habría conjurado el mal. Y mayormente se aferraban en tal creencia, después de la segunda y mayor desdicha: la del malón del pasado año.

¿Cómo había sucedido eso? Aymán, cacique de la tribu de esa región, ¿no tenía hechas las paces con los cristianos y no se venía manteniendo fiel a lo pactado desde hacía ya largo tiempo?

Ciertamente que sí. Pero ignoraban en el fortín el alzamiento de Tunvulquén, hijo de Aymán y enojado con éste porque no quería llevar la guerra al "huinca" odiado. El joven era ambicioso. Capitanejo tan sólo de nombre, quería serlo por los hechos. Había dado muerte a Macario a fin de enconar al enemigo y moverlo en contra del padre. Pero no lo consiguió. Y transcurrieron dos años de reyertas domésticas entre él y su progenitor. Hasta que se alzó, y a poco de plantar con sus parciales toldería aparte, empezó a mandar espías al poblado, quienes, so pretexto de vender cueros o plumas al pulpero, se enteraron de la ausencia del jefe de la guarnición y aconsejaron a Tunvulquén dar el golpe en esa misma oportunidad.

Sabedor de la nueva distracción de los cristianos en Nochebuena, Tunvulquén vino con sus más bravos lanceros sobre el ranchería de Huemul a lo mejor de la fiesta. Los milicos, que con el largo asiento de la tropa eran todos pobladores y estaban a la caza de candiles, creyeron que otros vecinos, puestos, como ellos, a robar candiles, venían remedando esta vez al salvaje para alborotar mejor y hacer más sabrosa la jarana. Y así fué cómo pudieron ser sorprendidos y ultimados en gran número puebleros y soldados.

Al día siguiente, los sobrevivientes dieron sepultura a los muertos. Entre las cautivas hechas por el infiel se hallaba la Viuda de Macario.

Mientras se diera el asalto a la población, había sido arreada toda la hacienda de la Estanzuela del Mayor e incendiadas sus casas.

Tal fué lo sucedido en la Nochebuena anterior. Y si nada aconteció a don Robustiano durante la invasión, se debió a la circunstancia de que, notando cruzar velozmente venados y ñandúes desde el atardecer, previó que entrarían los indios; mas como no habría de ser escuchado por el negro sargento, único superior en la ocasión, no hizo sino retirar a la cincha el puentecito de sobre el zanjón que rodeaba el fortín, entonces poco menos que una tapera habitada solamente por el viejo, a causa, más que nada, de que se venía diciendo que de noche acudían allí las ánimas del Purgatorio.

Don Robustiano cargó aquella terrible noche algunos fusiles de chispa y se estuvo en lo obscuro, a la espera. Pero los indios, por no apearse o porque supieran que nada podían pillar allí y creyesen que ni hallarían por último al anciano a quien matar, el caso fué que no vadearon el zanjón.

Con la llegada del mayor, que trajo tropa y un ingeniero, fuéronse los milicos a construir una fortificación diez leguas más adelante, cercanamente a la toldería de Aymán, con la intención de echar finalmente a los indios, cualquiera fuese el resultado de la averiguación sobre quién había invadido, si el cacique o su hijo alzado.

En ese tiempo, las mujeres salvadas, pobladoras escasas del desolado Huemul, iban, como empezamos refiriendo, a consultar al adivino.

En llegando al puente, donde les salían los perros del viejo, se anunciaban con el "¡Ave María Purísima!", y entraban luego de oír el "sin pecado concebida" que les permitía pasar.

Se dejaban estar las horas largas, aquerenciadas junto al fogón, donde prendían el apagado cigarro. Alguna daba de mamar al pequeño que despertaba en su regazo. Y se lo pasaban recordando los sucesos de la invasión. Esta lloraba a su hombre, aquélla a

(Continúa en la pág. 47)

BUENOS AIRES

POR **RODOLFO MORENO (hijo)**

La provincia de Buenos Aires, por su extensión, población, cultura, industrias, comercio e instituciones, es, naturalmente, el más grande y más importante de los estados argentinos, y el que, además, pesa menos sobre el tesoro nacional. De acuerdo al estudio que de la provincia de Buenos Aires hace el doctor Rodolfo Moreno (hijo) — jefe del Partido Conservador de la provincia — en el presente artículo, fácil les será a nuestros lectores del interior y del extranjero apreciar su importancia. Nosotros, por nuestra parte, nos concretamos a recomendar a nuestros lectores el artículo que nos ocupa, que, por su gran interés, merece ser leído.

LA provincia de Buenos Aires es, por su extensión, población, cultura e instituciones, el primero de los estados argentinos.

Forma, con la capital federal, un solo territorio, y aun cuando políticamente su capital es La Plata, en el hecho es Buenos Aires el centro principal de sus actividades.

La provincia no se ha desprendido aún de su capital histórica, y como a ella convergen sus ferrocarriles y su comercio, la sede del gobierno provincial forma tan sólo una capital política. Esa situación, que resta fuerzas a la provincia y eficacia a su elemento directivo, impone una preocupación superior en los hombres de gobierno, que deben propiciar la coincidencia de los dos elementos hoy separados: la capital de hecho y la de derecho. El esfuerzo no deberá hacerse para aislar, sino para que la provincia desenvuelva su dirección en el centro que, por ley, se encuentra destinado a esos efectos.

Buenos Aires tiene las instituciones más adelantadas del mundo.

La constitución se apartó del sistema adoptado en el orden nacional que creara un ejecutivo fuerte, y confirió a diversos organismos la misión de vigilarse y completarse.

La Legislatura tiene un período ordinario, como el Congreso, pero los senadores y diputados pueden convocarse a sí mismos, para tratar los asuntos que deseen, sin intervención del Poder Ejecutivo. El Poder Judicial tiene atribuciones que aseguran la normalidad institucional.

Toda ley, decreto u orden contrarios a la constitución y al ejercicio de las libertades y derechos en la misma, no podrán ser aplicados por los jueces, quienes así deberán declararlo. Además de esta garantía general, que rige aun para la justicia de paz, la Suprema Corte tiene la facultad de declarar la inconstitucionalidad de leyes, decretos, reglamentos y ordenanzas. De manera que en Buenos Aires, la presencia de jueces cumplidores de sus deberes asegura las garantías y los derechos y detiene los avances de los otros poderes.

La Suprema Corte tiene facultades hasta para hacer cumplir directamente sus sentencias cuando condena al fisco a verificar pagos, pudiendo librar las órdenes del caso a la tesorería general, sin necesidad de los trámites comunes para la ejecución de bienes.

El sistema electoral de Buenos Aires es el más perfecto de los conocidos. Los constituyentes, para asegurar la representación de todos los grupos ciudadanos, instituyeron la proporcionalidad, la que permite, habiendo vida cívica, la presencia, en la Legislatura, de todas las opiniones.

El Poder Ejecutivo se encuentra sujeto a una fiscalización eficaz, no sólo por parte de las cámaras, sino de otros organismos. Desde luego, los funcionarios de importancia no pueden nombrarse sino con acuerdo del Senado y, en algunos casos, de la Cámara de Diputados. El tesorero y el contador general se designan por el P. E., de una terna que forman los senadores, y hasta los ministros necesitan acuerdo.

Las órdenes de pago emanadas del Poder Ejecutivo, están sometidas a un examen de la Contaduría, que puede observarlas, y todas las cuentas deben ser estudiadas, al terminar cada ejercicio, por un tribunal especial, que puede declarar responsables de las malas inversiones al gobernador y a los ministros. Además, el fiscal de Estado, representante no del Poder Ejecutivo, sino del fisco, aun contra el P. E., puede solicitar de la Corte Suprema la nulidad de los decretos que afecten al tesoro público.

En Buenos Aires la comuna es autónoma, y debe constituirse sin la intervención del gobierno central. Los municipios se dan su presupuesto, se ocupan de lo relativo a su régimen propio, tienen facultades políticas, hoy disminuídas por la ley de voto secreto y padrones; designan los alcaldes y forman las ternas para la justicia de paz.

Las comunas de Buenos Aires tienen verdadera importancia. El total de sus presupuestos llega a casi veinte millones de pesos anuales, y algunas de ellas, como La Plata, Avellaneda y Bahía Blanca, tienen una ordenanza de gastos y recursos mayor que el de varias provincias.

La educación común se rige también de manera autónoma. El director de escuelas se nombra con acuerdo del Senado y los consejeros con acuerdo de la Cámara de Diputados. Una vez designados, ejercitan sus funciones con independencia del Poder Ejecutivo, verificando los nombramientos directamente y a propuesta de los consejos locales, que se eligen popularmente.

La provincia gasta en educación común más de doce millones al año, manteniendo en su territorio escuelas donde reciben instrucción los niños.

El sistema de la constitución no ha sido ni es aplicado como debieron pensarlo los constituyentes. Las repúblicas ideales son perfectas mientras se mantienen en teoría, pero cuando se someten a la práctica y entran a la liza, los partidos y los hombres con pasiones e intereses, los enunciados se desnaturalizan. Un instrumento bueno y civilizador, sin embargo, como es el que rige a Buenos Aires, encauza y orienta, y como siempre hay ciudadanos o grupos políticos que bregan por su aplicación integral, manteniendo los ideales con la propaganda, gobiernos y pueblos se acostumbran poco a poco a usar y respetar el estatuto.

La provincia tiene también una notable legislación y una organización administrativa bien cimentada. El Código de procedimientos en lo criminal, promulgado en el último gobierno, es un modelo y asegura la libertad personal y las garantías individuales. El *hábeas corpus* se autoriza para múltiples casos, constituyendo un verdadero amparo, contra la arbitrariedad. En la Legislatura se encuentra sin embargo un mensaje del actual gobierno, solicitando su derogación.

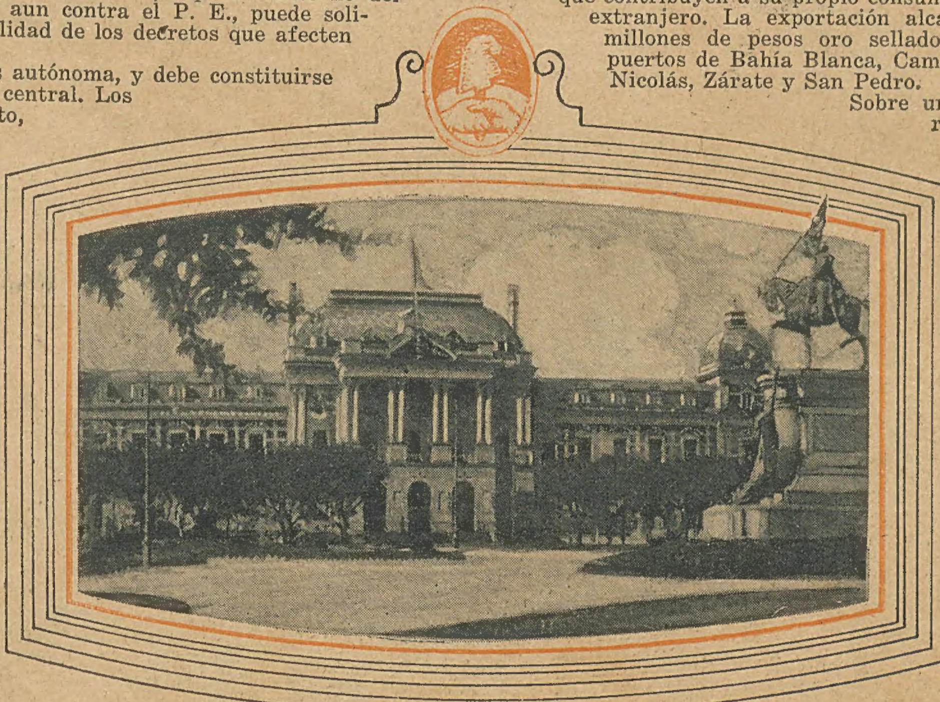
El Registro Civil, el de la Propiedad, la Dirección de Rentas, la Dirección de Sociedades Jurídicas, y el Registro de Marcas y Señales fueron perfectamente organizados durante el período anterior, dictándose para ello una serie de disposiciones administrativas. La intervención nacional destruyó uno de los organismos más civilizadores: el registro de identificación, creado por el último gobierno. Buenos Aires es la provincia que menos pesa sobre el tesoro nacional, no obstante ser la que más recursos le aporta. Y esto ocurre porque resuelve con sus medios propios las necesidades de su extenso territorio. Los caminos, salvo los de la ley Mitre, los puentes, las obras públicas en general se disponen casi siempre por el gobierno provincial. La preocupación gubernativa ha sido tan considerable que para reaccionar sobre el error de la venta del ferrocarril del Oeste, antes provincial, se ha construído la línea de La Plata a Meridiano V, la que se desenvuelve con relativa prosperidad, a pesar del inconveniente inexplicable de la trocha. Ese ferrocarril debe ampliarse, habiéndose dictado la ley que dispone los estudios y la construcción, durante la breve gobernación del señor Juan Ortiz de Rosas.

Buenos Aires tiene sus tierras entregadas a la industria privada, la ganadería y la agricultura en primer término. Se ha desprendido de la tierra pública, y, salvo algunos sobrantes, no cuenta nada más que con la de Patagones y el Delta. Las primeras se arriendan a particulares, y deberán ser objeto de obras de riego, ya estudiadas para incorporarlas a la riqueza pública. Las segundas son extensiones de islas, inundables, que aguardan las obras de drenaje o de endicamiento, también abordadas, pero no resueltas por los gobiernos anteriores.

Algunas cifras pondrán de manifiesto lo que representa Buenos Aires entre los catorce estados argentinos. Sus caminos generales amojonados pasan de 15.000 kilómetros, alcanzando el conjunto a más de 22.000, y sus ferrocarriles, contando las tres trochas, suman alrededor de 13.200 kilómetros.

La provincia tiene 15.000 establecimientos industriales de diversas clases, que contribuyen a su propio consumo, al de los otros estados y aun al extranjero. La exportación alcanza a sumas que pasan de 150 millones de pesos oro sellado anuales, realizándose desde los puertos de Bahía Blanca, Campana, La Plata, Las Palmas, San Nicolás, Zárate y San Pedro.

Sobre una extensión de 30.517.100 hectáreas, se destinan anualmente unos 9 millones a la agricultura, prefiriéndose entre todos los cultivos el del trigo. Las cifras aumentan año por año, lo que demuestra el progreso sólido y creciente del que se llama con razón el primero de los estados federales de la República Argentina.



PALACIO DE GOBIERNO, LA PLATA.

Esta provincia, la más extensa y más poblada de la república, está situada entre los 33° y 41° de latitud y los 56 2/3 y 62° de longitud O. de Greenwich, y tiene por límites: al norte, Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos; al este los ríos de la Plata y Paraná y el océano Atlántico; al sur el Territorio de Río Negro, y al oeste el mismo territorio y La Pampa.

Su superficie asciende a 306.830 kilómetros cuadrados y su población a 2.359.000 habitantes.

Hacer el elogio de esta provincia, la primera de la república en todos los sentidos, nos parece inútil por ser tan sabido.

CELEBRACIÓN DE LA NATIVIDAD DE JESÚS, TAL COMO SE REALIZABA HACE AÑOS EN TIERRA SANTA



EL GRAN PATRIARCA LATINO DE JERUSALÉN, CON SU SÉQUITO Y LOS REPRESENTANTES DIPLOMÁTICOS, DIRIGIÉNDOSE A LA GRUTA DE LA NATIVIDAD

DIME LO QUE COMES

POR CLEMENTE ONELLI

DEBIDO a las escasas ocho horas de trabajo, y debido a que el servicio doméstico no abre las puertas a la calle hasta después de las ocho, no hay necesidad de ser madrugador para convencerse de que la basura de Buenos Aires ha empobrecido de manera notable.

Puras cáscaras de papas y de bananas, pocas de huevos, y huesos bien peladitos.

Así se explica que también hayan disminuído los perros vagabundos y sus congéneres, los pobres atorrantes, que antes encontraban amplia cena y abundante desayuno en las costillas, todavía muy ricas de pulpa, y en las tiras de puchero de falda y en el abundante montón de fideos que, sin mesura, se arrojaban a la olla.

Yo hablo, naturalmente, del cajón de basura del pequeño burgués, del empleadito y de cierta clase de obreros, pues los pudientes queman los residuos en sus hornos, y algunos obreros, según sus cajones, ganan casi como un gerente de banco.

La basura, indudablemente, ha empobrecido por el enorme precio que por todo se paga, pero esos residuos demuestran claramente que, como hace treinta o cuarenta años, en Buenos Aires no se sabe comer...

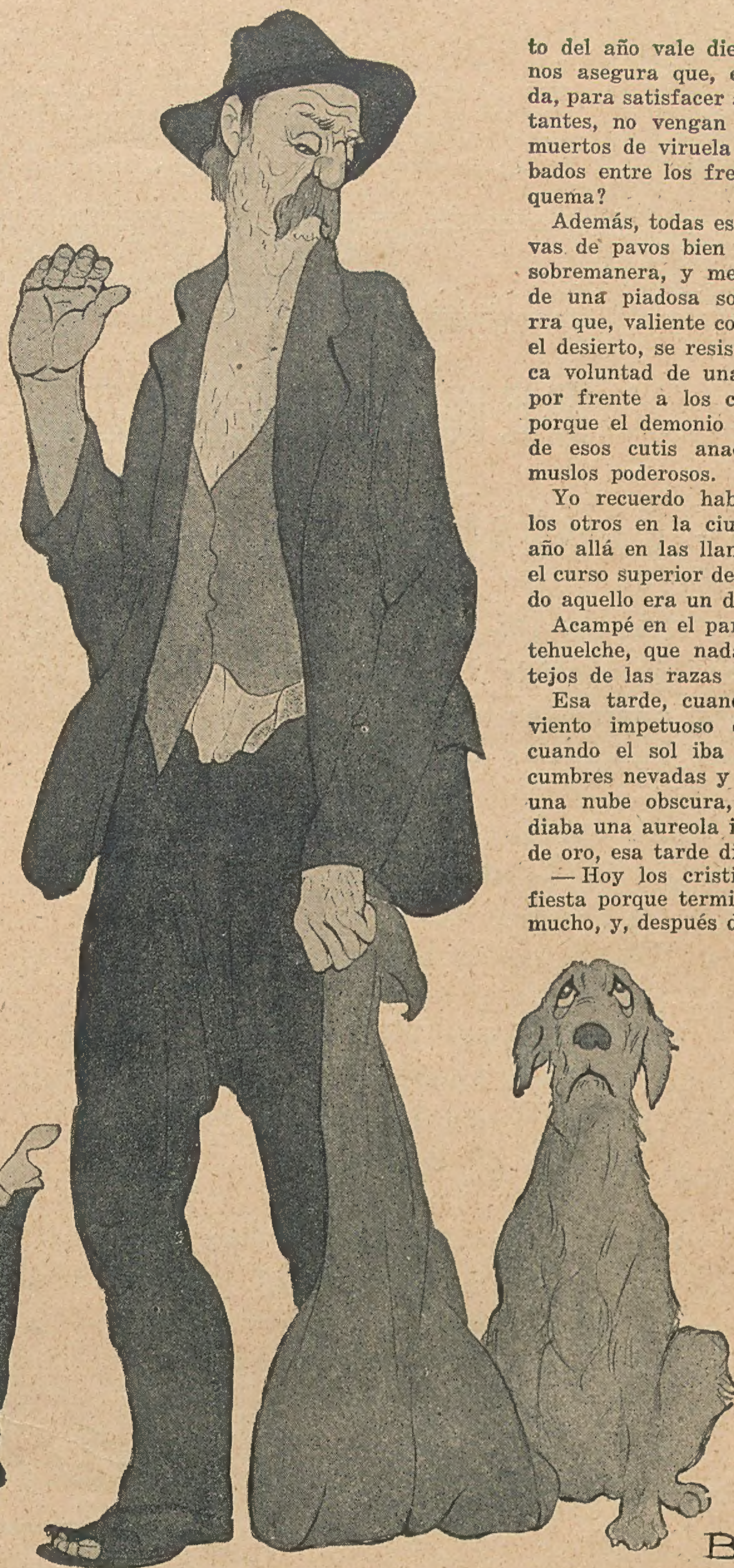
Siempre recuerdo la lección que un amigo mío, gran señor y de los pocos "gourmets" de Buenos Aires, dió, un día, a su primogénito, al llegar éste a la mayoría de edad:

— Cuando tus relaciones te obliguen a invitar a alguien a comer contigo en un restaurant, no te preocupes en preparar un prolijo menú, pues, fácilmente te sucedería que tus invitados, después de breve meditación sobre la lista, terminaran diciendo: "Mire, mozo; a mí déme un pejerrey frito y un buen bife a caballo."

Y cada día será peor la manera de cómo se coma, ahora que las hijas de las cocineras estudian para maestra normal o se emplean de dactilógrafas, y a las demás hijas de familia no les alcanza el tiempo para quedarse más en los cines, y las mujeres, en general, menos las más que modestas, creen un desdoro frecuentar el mercado y buscar allí aquellas cosas e ingredientes, que, preparados por ellas, harían para el marido, cansado del trabajo, más encantadora la cena del hogar.

La misma mujer europea, que es una admirable "menagère" en su país de origen, y que allá, con lo que ha quedado en la cacerola hace milagros de apetitosa transformación para la cena, llegada aquí se da cuenta que es desdoroso ir al mercado, que las galantinas y otros fiambres preparados por el choricero inmundo suplen a su eterna haraganería, y que las langostas y las ostras conservadas en latas, a pesar de que han producido la muerte de Harding, en cualquier momento pueden servirle para hacer preparar un plato distinto; y como los conocimientos de las maritornes que funcionan de cocineras están comprendidos entre el espumar de la olla hasta un poco más allá del asado al horno, no hay manera de salir del programa patriarcal: puchero, bife, pescado frito y, cuando repica fuerte, un pollo al "spiedo", de la esquina, y que a veces ha muerto tranquilamente en la paz del gallinero.

Pero, ahora recapacito: nada de eso me ha pedido MUNDO ARGENTINO, sino que escriba sobre los pavos y pollos que se consumen en Buenos Aires al finalizar el año, y que constituyen el ideal de la felicidad alcanzada, en esos días, por un millón de habitantes de los casi dos que habitan la metrópoli.





Yo no puedo hablar de eso: por mi propia voluntad formo parte de la otra mitad de la población que no quiere o no puede adherirse a esos ideales triunfadores de la barriga para festejar todos juntos, como carneros en crecido alfalfar, una fecha fija.

Para conmemorar la natividad del niño Jesús, me parece cruel producir esa hecatombe de millones de seres, como el sacrificio de los mejicanos de Moctezuma para agasajar a su Dios, y tampoco para que el puestero del mercado cobre veinte lo que en el resto del año vale diez. Además, ¿quién nos asegura que, en la gran demanda, para satisfacer a un millón de habitantes, no vengan también los pavos muertos de viruela y los pollos escarbados entre los frescos residuos de la quema?

Además, todas esas blancuras y curvas de pavos bien cebados me chocan sobremanera, y me traen el recuerdo de una piadosa solterona de mi tierra que, valiente como San Antonio en el desierto, se resistía con toda la terca voluntad de una histérica a pasar por frente a los comercios de pavos, porque el demonio la vencía al través de esos cutis anacarados y de esos muslos poderosos.

Yo recuerdo haber festejado, como los otros en la ciudad, el primero de año allá en las llanuras de Shezar, en el curso superior del río Deseado, cuando aquello era un desierto.

Acampé en el paradero de una tribu tehuelche, que nada sabía de los festejos de las razas civilizadas.

Esa tarde, cuando había cesado el viento impetuoso de todos los días, cuando el sol iba arrimándose a las cumbres nevadas y se ocultaba tras de una nube obscura, desde donde irradiaba una aureola inmensa de fulgores de oro, esa tarde dije al cacique:

— Hoy los cristianos hacen mucha fiesta porque termina el año, y comen mucho, y, después de haber comido, dicen como tu gente: "ahora, corazón contento."

Y al terminarse las últimas tiras del asado de potranca, saqué de mis petates la gran reserva: diez galletas y un salchichón.

Repartí aquéllas en pedazos y corté en gruesas tajadas el embutido, que no conocían.

Quilchamal, el cacique, vió, en su ración, dos gruesos granos de pimienta, y me preguntó qué era eso.

— Es la semilla, pero aquí no te va a prender, hace mucho frío.

ILUSTRACIONES DE BIONDINI

Córdoba

Don Arturo Capdevila — el notable escritor cordobés, — cuya labor literaria en prosa y en verso le ha colocado entre las más destacadas figuras de la intelectualidad argentina, nos brinda en esta página dos motivos de su tierra. "Campanas" y "Serranilla", pequeños poemas ambos, son, sin embargo, dos joyitas de valor inextimable, no sólo por el prestigio de la pluma que las escribió como por la emoción que emanan a través de sus ritmos. Ellos, en fin, son dos muestras de su valiosa labor de poeta.

REMEMBRANZA CORDOBESA

Por ARTURO CAPDEVILA

CAMPANAS

Claras, limpias, o roncas o graves,
en la mística tarde de invierno,
las campanas de Córdoba suenan,
las campanas de Córdoba al viento.

Las campanas de Santo Domingo...
(Y un toldo de estaño es el cielo.)
Las campanas de Santa Teresa...
(Y llueve en el aire ya negro.)

Las campanas de todas las torres,
con vago, con hondo, con vario lamento;
las campanas de todas las torres...
Y el mundo da miedo.

Y allá lejos, doblando tan tristes,
suenan fantasmales por el cementerio,
en la iglesia del santo Jerónimo
las campanas del último sueño.

SERRANILLA

Había en las sierras
un eco sagrado.
Brillaba el lucero,
del agua del alba mojado.

Se pintó una línea
en el horizonte.
Andaban ovejas y cabras,
camino del monte.

En el cielo de oro
se teñía un lampo.
Llenaba los aires
frescura de hierba del campo.

Borrosa en el alba,
la húmeda senda subía.
Por sierras de Córdoba,
mañana de gloria se abría.

Arturo Capdevila

DIBUJO DE V. GAMBARDELA

Córdoba, "la docta", es una de las más bellas provincias de la república. Enclavada en su zona central, su naturaleza exuberante y variada ofrece las más encantadoras perspectivas a los ojos que la recorren. Su clima sano y templado dijérase que constituye una promesa y una esperanza para las vidas amenazadas de muerte por el más doloroso de los males.

Además de otras obras notables, que no citamos por carencia de espacio, Córdoba puede sentirse orgullosa de poseer el famoso dique de San Roque, que es uno de los mayores del mundo; la célebre universidad, fundada en 1613 por el obispo de Tucumán, fray Trejo y Sanabria, y el histórico Cabildo, construído a principios del siglo XIX por el virrey Sobremonte.

V. GAMBARDELA

Tucumán

POR FAUSTO BURGOS



El señor Fausto Burgos, autor del presente artículo — que llamaríamos con más propiedad "apuntes de un viaje", — con su prosa sutil y su estilo ameno, parece llevarnos a través de la república a ese rincón apacible, rico en verdes cañaverales y en montes de laureles, que se llama Tucumán, y que en nuestra historia ocupa un lugar prominente, por ser allí donde se juró la independencia argentina, un inolvidable y glorioso 9 de julio. Como dijimos, siguiendo el curso de estas impresiones de "un viaje a Tucumán y de la estada de unos días en la floreciente provincia", casi podemos creer que vamos gustando las emociones de su autor, ya que, acompañados y bien orientados por él, visitamos la ciudad heroica y sus contornos, donde las riquezas naturales dan vida a una de las primeras industrias argentinas.

REMEMBRANZA

NOS hemos sentado en sendas butacas de un vagón de primera. ¡Oh, cómo cambian los tiempos!... Quince años atrás, veníamos arrinconados en un coche de segunda, en el cual teníamos nuestro comedor y dormitorio. Entonces, deseábamos llegar pronto a Buenos Aires, ciudad que nos atraía. Ya habíamos tomado en la memoria el plano de la gran metrópoli, conocíamos el nombre de los barrios principales. Viviríamos en Flores... Flores debía de ser un barrio apartado, con mucha arboleda y graciosos jardines. Los cocheros nos meterían miedo; alguien nos dijo que eran capaces de llevarnos al extremo opuesto a Flores, con el único fin de cobrarnos cinco o seis pesos más de lo convenido. No podríamos disimular nuestra traza..., los pícaros cocheros nos tratarían como a pobres diablos provincianos. Tarde o temprano, alojaríamos en una casa de huéspedes, y tendríamos en ella una pieza aderezada a la usanza porteña, con dos camas de bronce, un velador, una mesita con su carpeta flamante, sillas de roble, un armario de luna y un lavabo con su mesa de mármol. A las cinco de la tarde, una moza rubia nos vendría a decir: — Señores..., ya está servido el te...

Mario, a la sazón, había terminado sus estudios secundarios; yo, empezaba a escribir.

Nos hemos sentado en sendas butacas de un vagón de primera clase. Mario, acodado en la ventanilla, mira indiferente a los curiosos que pasean por el andén. ¡Cómo se pasa el tiempo!...

Este Mario de ahora, que tiene la mirada fría, los cabellos grises, es un caballero alto y recio; lleva el bigote recortado a la inglesa, las mejillas rasuradas, y gasta lentes con armadura de oro. También blanquean las canas en mis aladares, y mis ojos no miran serenamente como entonces...

El conductor toca el silbato. Hay en nuestros labios una sonrisa cariñosa. ¡A nuestro terruño!... ¡A Tucumán!... ¿Qué dirán nuestros parientes y amigos al vernos llegar?

Y mientras se aleja de Buenos Aires el convoy trepidante, evocamos aquel bullicioso y empolvado coche de segunda, en el cual tuvimos nuestro comedor y dormitorio.

EN EL TREN

ESTUVIMOS largas horas contemplando las llanuras inmensas de Buenos Aires, de Santa Fe, llanuras monótonas, tristes, vestidas de un pasto amarillento. De vez en vez, divisábamos el manchón negruzco de la arboleda de una finca, y un molino de viento.

Muchas estaciones quedaron atrás, estaciones donde vimos una hilera de paraísos sombríos y algún sauce desmedrado.

Ahora, el tren atraviesa tierra santiagueña. ¡Santiago!—repetimos.— Y evocamos el recuerdo de aquellos quebrachos corpulentos, de aquellos tunales de palas espinudas, de aquellos algarrobos cargados de fruta en sazón, que vimos en su pampa blancuzca, ardiente. Esta tierra santiagueña que atravesamos, es la de entonces: a los dos lados de la vía, altos y viejos quebrachos y gríseas chumberas. El calor africano de Santiago nos molesta. ¿Por dónde corre el Dulce de aguas tranquilas? ¿Por dónde el Salado hondo?... ¡Agua! ¡Agua!... Otra sería esta cálida tierra santiagueña si los ríos tucumanos la cortaran en varias direcciones, si el agua fresca corriera por largos canales e infinitas acequias. El calor africano de Santiago nos enciende en rubores. Deseamos mirar un callejón sombrío orlado de corpulentos pacaraes, de altos laureles, de copudos ceibos.

El bosque santiagueño se esfuma...; por él andará Zupay, el Malo, persiguiendo a las ligeras *tarucas* (1).

Acodados en la ventanilla, cabeceamos, indiferentes. A ratos, nuestra larga mirada perezosa atisba, allá en el horizonte, la curva azul de los cerros nativos.

En una de las estaciones santiagueñas nos apeamos. Algunas mozas piden agua al maquinista, y luego se la llevan, sobre la cabeza, en sendos cubos de latón. ¡El agua!... Cerca del andén hemos visto un árbol que crece también en las llanuras tucumanas: es un *churqui*, de cuyas ramas espinudas penden negros frutos maduros. Por la primavera, todo el churcal del *monte* se cubre de fragantes borlitas amarillas. Este churqui solitario, que crece fronterizo al andén, nos hace pensar en los bosques vírgenes de nuestra tierruca.

El convoy, trepidante, corre velozmente.

—¡Mira!—exclama Mario,—allá aparece...

Apenas se nota, en el confín brumoso, la silueta de los montes del Aconquija. Una infantil alegría se apodera de nosotros. Al tender los ojos, anchos, contemplamos una maravillosa llanura vestida de pasto verde. El aire cálido y húmedo, el cielo de índigo, la luz ardentísima, todo nos dice que estamos en tierra tucumana. Y esta alegría que se dibuja en nuestra mirada amable, en nuestra sonrisa franca, nos la comunican el aire, el bosque, el cielo.

El tren se detiene largo rato en una estación. ¡Estaciones tucumanas! ¿Dónde está aquel sauce desmedrado?, ¿dónde aquella hilera de paraísos sombríos? Aquí, una soberbia tipa nos ofrece su sombra; allá, un ceibo cargado de rojos cucuruchos; cerca, un pacará con la copa de hongo.

Los jefes que vimos pasar eran hombres blancos, de pelo rubio; este jefe de estación que nos mira con sus ojos negros y enérgicos, es un mozo moreno, flaco. Parece decirnos: — ¿De dónde sois? ¿Sois acaso tucumanos? ¿O sois de la pandilla de langosteros que nos manda el Gobierno?... ¿Sois porteños? Camináis como porteños, usáis gorrita y lo observáis todo... En cuanto nos oye hablar, este jefe de tez morena, nos mira con simpatía.

¡Cruz Alta!... Por fin vemos un ca-

Esta provincia, que pertenece al grupo de las centrales, está comprendida entre los 26° 11' y 28° de latitud sur y los 64° 35' y 66° 15' de longitud occidental.

Tiene una superficie de 22.836 kilómetros cuadrados. Limita al norte con Salta, al este con Santiago del Estero y al sur y al oeste con Catamarca.

Su población se eleva a 389.673 habitantes, por lo que resulta la provincia argentina más poblada.

Su aspecto es tan hermoso que se la considera la Suiza americana; no sin justicia Sarmiento la llamó "El Edén de América".

Se divide la provincia en 11 departamentos; su río principal es el Dulce, y su principal industria, la azucarera.

ñaveral... Un aire tibio mece blandamente las hojas largas de las cañas. A la hila de los surcos palean los gañanes, unos mozos trigueños que gastan ojotas montesas y que llevan los pantalones remangados. ¡Un cañaveral!... De buen talante iríamos a cortar una caña jugosa, dulce. La chuparíamos delante de míster Hárrison, nuestro compañero de viaje, un inglés que fuma su pipa sin decirnos palabra. Acaso, este buen caballero, no diría como unos muchachos que nos vieron chupar caña, allá, en Buenos Aires:—"Estos provincianos se han puesto a comer palo..." ¡Una caña dulce!... Se nos viene al magín el recuerdo de aquellas cañas indias que chupábamos cuando mozuelos. Apenas les hincábamos el diente, se nos llenaba la boca de agua almibarada. A veces, por no ir a un cañaveral, las robábamos en la estación. Ahora, nos contentaríamos con chupar caña Java, siquiera una de cinco canutos. ¿Por qué no una morada criolla? Nos han referido que actualmente hay poca caña criolla en Tucumán; la caña Java, aunque dura menos, soporta el frío y es dura y da buen rendimiento de azúcar.

A medida que el tren avanza, giran ante nuestra vista, innumerables cuarteles plantados de caña. De pronto, al mirar un ingenio, recordamos las altas chimeneas de los frigoríficos que vimos en el trayecto de Buenos Aires a La Plata. ¡Cuántas casitas blancas han construído cerca del ingenio!

El silbido de la locomotora nos anuncia que el tren va a cruzar un puente. Sacamos la cabeza. Se nos ocurre que el negro encatrado de hierro, viene hacia nosotros velozmente. Durante algunos segundos hemos fijado los ojos en un río de aguas sombreadas por laureles y yuchanes; es un río que allá en las cumbres lejanas se fatigó al chocar contra barrancos y pedrones. Veinte ríos como éste hemos de cruzar, ya en tren, ya montados sobre alguna jaca, ora a pie, arremangados hasta el remate de los muslos. Allá en las quebradas boscosas del majestuoso Aconquija, los ríos tucumanos nos regalarán con su agua cristalina y fría; allá arriba, donde se asientan lentamente los densos *nublados*, el agua canta su canción eterna.

Ya los cerros azules están próximos. Cuando niños los contemplábamos desde muy cerca. Su color maravilloso, los nubarrones, que parecían salir de sus crestas nevadas, cautivaron nuestra imaginación.

EN LA CIUDAD

AUMENTA el gentío. Ponemos pie en tierra. ¿Quiénes han venido a esperarnos? Cuando partimos, alguien nos despidió con un abrazo cariñoso.

Caminamos emparejados por el andén. Un mozo de cordel asió ya de nuestras maletas.

Los cocheros se pirran por una *changa*. Un muchacho moreno nos ofrece amablemente su coche de punto. Nuestro cochero no gasta gorra ni galerita.

—¿Al Savoy, *niños*?

—¿Cuánto cobran por día?

—Según y conforme, *niños*; dicen que hasta veinte y tantos pesos cobran...

Vuelve la cabeza, nos observa y piensa para sus adentros: — Estos *niños* son *doutores* tucumanos; los *doutores* tucumanos, cuando vuelven de Buenos Aires, traen gorra de gringos en la cabeza y unas valijas muy bien forradas.

—¿Cuánto nos cobrarán?..., ¿qué te parece?...

—Según y conforme, *niños*...

—Mejor sería que nos llevases al Frascati...

—¿Al Frascati?...

Apenas nos acordamos del hotel Frascati. El muchacho sonríe; su guisa de mirar nos es simpática.

—Bueno..., para mí es igual...

—Despacito, sin castigar a los rocines...

—Bueno..., a mí igual me da, *niños*.

Al llegar a una esquina de una calle orlada de tipas frondosas, le tiramos del saco.

—¿Conocís alguna casa donde vendan aloja?

—¿Aloja de algarroba?

—¿Y de qué ha de ser?...

—Los catamarqueños hacen aloja de molle; en Salta hacen aloja de maíz. Aquí, creo que hasta de chalchal hacen aloja...

—¿Conocís alguna casa dónde vendan aloja de algarroba?

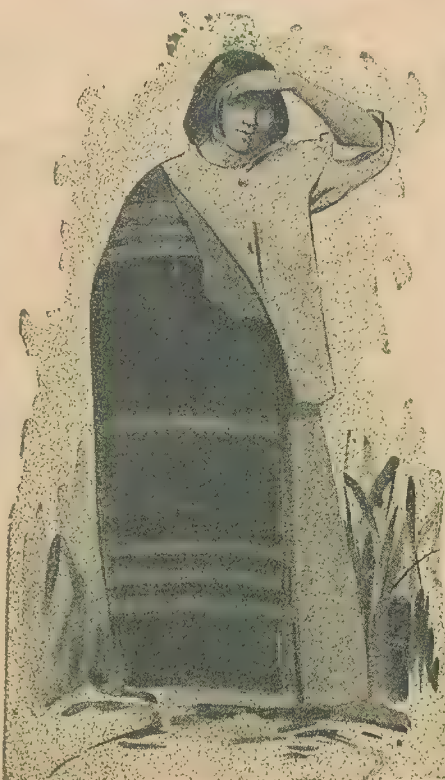
—*Nai* cómo no... En muchas partes venden... Los voy a llevar a la casa de la Santiagueña; ella sí que es *chura* para hacer aloja...; ¡hace una dulcecita picante!...

—¿Y la sirve ella?

—*Nai* cómo no, y también las hijas que tiene.

—¿Podremos mandar una botella de aloja de algarroba a un amigo que dejamos en Buenos Aires?... ¿Qué te parece?

—No ha de ser.



La aloja, con estos calores, madura pronto, y lueguito se echa a perder. Llegarán los vidrios, si mandan aloja en una botella... A los porteños les sienta mal la aloja de algarroba; a ellos sírvanlés refrescos de grosella y de limón o cerveza al hielo; *guarapo* y aloja..., ¡cuándo!... Una ocasión me ocuparon dos mozos porteños; eran de esos *langosteros* peores que las mismas langostas. Habían oído decir que la alojita de algarroba es el refresco más lindo que tenemos en Tucumán. Los llevé a la casa de la Santiagueña. ¡Pero que habían sido flojos!... Cuando me volvieron a ocupar me contaron que la alojita los había tenido al trote...

> Alojita!... de algarroba
> molidita en el mortero:
> te subís a la cabeza
> como si fueses sombrero...

....

Penetramos en un salón en el que hay hasta una docena de mesitas. Ahora, estamos pasando un rato agradable. Una garrida morena nos sirve aloja de algarroba; el líquido, color de ámbar, burbujea en los vasos cristalinos. Quisiéramos bailar, reír, cantar...

Doña Nicolasa, la Santiagueña, asoma la cabeza detrás de unas cortinas, nos clava los ojos y, se pregunta:—¿Serán santiagueños?... ¿Serán los guitarreros que llegaron en el tren de anoche?—Tras breve pausa les dice a sus hijas:—Juana, Rosita..., ¿y por qué no les ofrecen la casa? Tal vez quieran venir a tocar la guitarra...

Las muchachas sonríen.

—Rosita..., ¿quiere que bebamos a la salud de su mamá?...

—No..., no..., a mí no me gusta la aloja; ni siquiera puedo sentirle el olor...

—No diga eso, Rosita...; es que usted no quiere acompañarnos...

—¿Y por qué?...

—Mire que nosotros somos los guitarreros tucumanos, digo, santiagueños, que ustedes esperaban...

—¿Sí?...

—¿No lo cree?...

—Todo puede ser..., pero..., ¡quién sabe!...

—Llegamos en el tren de anoche...

—Así será..., no digo que no...

—Mire las manos, ¿tenemos o no manos de guitarreros?

—Buenas manos, tienen.

—Somos guitarreros santiagueños.

Mario se pone de pie, la *obliga* y le dice unos versos en quichua.

—¡Ajay! ¡Quichuistas habían sido!

Detrás de las cortinas se alboroza doña Nicolasa, la Santiagueña.

El cochero ha entrado en el salón.

—Me estaba asando y muriendo de sed... Aquí los esperaré. Yo no tengo apuro; tarde o temprano al Frascati hemos de llegar... Hacen muy bien, *niños;* beban aloja, somos tucumanos. Esta es una casa decente como para que vengan a beber aloja los *doutores* como ustedes.

—¿*Doutores*?—interroga Rosita.—Si nos estuvieron diciendo que son los guitarreros santiagueños que llegaron en el tren de anoche.

—Es que pueden ser *doutores* y guitarreros. ¿Acaso a los *doutores* no les puede gustar tocar una *chacarera*?

TUCUMÁN, la ciudad de hoy en día, es la Buenos Aires del norte. ¿Qué haremos en nuestra ciudad adornada de erguidos *tarcos* y de tipas sombrosas? No acostumbramos ir a la iglesia; en las confiterías, nos aburrimos; bostezamos en los teatros y nos dormimos en los cinematógrafos. Las ciudades populosas no nos gustan. No veíamos la hora de salir de Buenos Aires; éramos allí un manojo de nervios... ¡Cómo nos holgaríamos si encontráramos a Ramón, el ciego que tañía el arpa! Cuando le pedíamos el barato, nos miraba con sus húmedos ojos blancos, sonreía afectuoso, y sus dedos, jugueteando con las cuerdas, tocaban la *chacarera atamisqueña.*

Hemos visitado el Museo Colonial y fuimos a ver el trapiche viejo, que perteneció al célebre obispo Colombres. En el bello Chicligasta, donde nacimos, algunos trapiches muelen caña aún.

Acompañado de Mario, recorro calles y plazas. El día está caluroso, la luz muy ardiente. Nos aburrimos como en Buenos Aires. Al llegar a la casa de un amigo, nos ponemos a observar a una mujer arrebozada en un manto negro, que monta una jaca rosilla.

—Tamales..., ¡tamales calientes!—exclama.

Su voz delgadita nos recuerda otras voces familiares.

—¡Tamales calientes, señora!

¡Oh!, grato aroma, sabor exquisito de los *tamales* calientes, *chiripados* con chala humeante...

—¿No quiere tamales calientes, señora?

Mario me da el periódico que lleva bajo el brazo.

—¿Quiere venderme una docena?

—¿Son para usted los tamales?... Le voy a separar los más lindos.

—Son para nosotros.

La buena mujer se pone contenta. Ha venido desde lejos; anduvo por caminos polvorientos al paso cansino de su jaca.

—Velay... se los vendo toditos...; son siete pares y uno.

—Envuélvalos; los comeremos en el hotel.

—¿En el hotel?... Con razón me los compran...; los gringos del hotel no hacen tamales.

Apenas se va la mujer del rebozo negro, llega otra.

—¡Jabón de vaca, señora!...

—¿Jabón de vaca?

Destapamos el canasto.

—Este jabón es bueno para lavarse la cabeza, no hace caer el pelo. Cómpreme unos panes, *niño.*

—¿Y con qué los tiñó de verde?

—*Nai* con las hojas de la *hediondilla*...; la *hediondilla* es santo remedio para que el pelo no se caiga.

Andamos de un lado para otro; nos aburrimos como en la populosa Buenos Aires... ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?

Nuevo día. Cielo de índigo. La madruguera brisa nos regala con la grata fragancia de gardenias y diamelas. La ciudad está silenciosa.

—¿Vámonos al Parque?...

—Vámonos.

¡Al cerro!

Subimos en uno de los vagones enganchados a una maquinita, la cual silba y silba...

¡El Parque Aconquija! Al contemplar los cerros cubiertos de árboles milenarios, experimentamos un inefable gozo.

Nos quitamos el saco, el sombrero; deseamos andar por el camino de la quebrada.

Al pie de un laurel nos hemos detenido. En una tipa próxima canta un crespín; su canto, triste, de dos notas sostenidas, nos parece lejano.

¡AL CAMPO!

TRES días estuvimos en la ciudad. Si hubiéramos tenido la suerte de toparnos, al dar vuelta una esquina o en el andén de una estación, con Ramón, el tañedor de arpa, hubiésemos pasado tres días de bulla.

El cochero nos ha traído a la estación del ferrocarril, que conocíamos con el nombre de Provincial.

—¡"El Orden"! ¡"El Orden"! ¡"La Gaceta"! — vocean los *changuitos*. Estos rapaces vendedores de diarios, gastan gorra y fuman como los granujas porteños.

Pedimos dos boletos para Medinas. Somos medinenses.

Dos caballeros que se han sentado a platicar a nuestra vera dicen que la villa de Medinas parece un cementerio de vivos. Quisiéramos preguntarles muchas cosas. ¿Y nuestros parientes? ¿Y nuestros amigos?...

Hemos entrado en la maravillosa región de los cañaverales. La locomotora silba a cada rato; sus silbidos despiertan en nuestra memoria recuerdos de la niñez.

Los verdes y hermosos cañaverales, que llegan hasta la linde de un *monte* de laureles, pacaraes y talas, que trepan sonrientes por ondulantes lomas y que se detienen regocijados ante los boscosos y enormes paredones de los cerros, nos encantan.

En Famaillá, nos bajamos a comprar algo. Cuando partimos para Buenos Aires, hace quince años, también nos detuvimos un instante aquí. Entonces, muchas vendedoras acercábanse a los vagones. Eran mujeres del pueblo; vestían falda y blusa de percal y usaban rebozo negro. Cuando se nos aproximaban, percibíamos el olor de las apetitosas empanadas, el aroma de las botijitas llenas de arrope de tuna, el vaho de los quesillos envueltos en hojas de *achera*. ¿Dónde están ahora esas mujeres del pueblo, humildes y laboriosas, que venían a la estación fumando un cigarrito de chala, la batea sobre el *pachiquil* arrollado en la cabeza, y el canasto al brazo?

EL JUAN DE DIOS

HACE una mañana fresca. González, nuestro amigo, nos ha invitado a pasar un día en su casa de recreo.

Por los carriles orillados de *afatas*, nos echamos a andar.

—Buen día, señor...—dicen los gañanes que pasan chasqueando las ojotas montesas, cuando nos ven.

En un bivio, bajo una florida *pata de cabra* (2), está un hombre, el cuerpo apoyado en el pescuezo de su rocín.

—¡Adiós, *niños!* ¿Ustedes también van a la casa del patrón?

—Sí..., también...

—Espérenme un poco... ¡Chá, rocín malevo!..., te voy a hacer saltar los ojos con el cabo del rebenque... Ya sabís que es de guayacán, ¿no, trompeta?...

La jaca parece dormida. El hombre no puede poner el pie en el estribo. Suelta las riendas y se quita el sombrero.

—Espérenme, *niños*. Yo soy el Juan de Dios Orellana, el Yuto (3), el domador más *churo* entre los *churos* del Monte Rico.

Caminamos, dándonos prisa.

En el escritorio de nuestro amigo González, nos hemos puesto a fumar unos cigarrillos de chala, suaves, aromados de anís.

—Señor..., el Juan de Dios lo busca.

—¿Quién, decís?

—El Juan de Dios Orellana...

—¿Ha venido con la María?...

—Sólo anda, señor.

—Que pase.

El Juan de Dios camina haciendo eses. Ahora descubre la enmarañada cabeza y penetra en una de las piezas.

—¿Y si me topo con una de las niñas?—piensa. Y se arregla el pelo.

Aun no ha reparado en que nosotros estamos en el escritorio, sentados en sendas butaconas.

—Buenos días, patrón. Perdone si lo vengo a molestar.

—Mírame a la cara.

—*Nai* no puedo, patrón. Ya sé que soy el más inscrvible de tuitos sus peones. ¡Qué quiere que le haga! Salí a divertirme un rato, me topé con mi compadre y se nos acabó la plata.

—Mírame a la cara...

—*Nai* no puedo, patrón; también a los perros se nos sube la vergüenza...

El Juan de Dios mira al suelo...

—¿Con quién estabas por pelear?

—*Nai* con el Marcos, patrón. Siempre anda diciendo que los peones de usted somos unos asesinos y que porque usted es *doutor* y diputado, nunca nos llevan presos. *Nai* si no se hubiese metido por medio la María, su Juan de Dios, patrón, le hubiera abierto la panza al Marcos...

—El hombre ebrio no sabe lo que hace.

—Y si no estoy *machao*, patrón...; apenas alegrecito.

—¿Qué dices?

—Nada, patrón.

—Toma una silla y siéntate.

—Pa qué le voy a ensuciar las sillas, patrón...

—Escúchame, Juan de Dios. Yo sé que tú eres un muchacho fuerte, valiente, como buey para el trabajo, como negro para el sol y fiel como un esclavo. Yo sé que tú eres un muchacho que va adonde lo mandan, que come lo que le dan, que trabaja de sol a sol. Yo sé que tú conoces la sierra palmo a palmo, que eres capaz de arrear treinta vacas solito, que no te asustan las crecientes ni las mangas de piedra, que sabes amansar un potro, palear en los cañaverales, dirigir una yunta de bueyes, enlazar y voltear un toro y que de un solo galope andarías veinte leguas. Yo te conozco, Juan de Dios.

—Sí, mi patrón.

—Bueno, por eso quiero hablarte como a un pariente, como si hubieras vivido siempre con nosotros. ¿Quieres que te hable así?

—...

—Dime, Juan de Dios: ¿por qué te emborrachas los sábados y domingos? A veces, tu fiesta llega hasta el martes... ¿Por qué bebes tanto?... Morirás antes de tiempo. Ya ves cómo tienes la cara, los brazos, las piernas. No pasa un solo domingo sin que te encuentre en medio del callejón, peleando a cuchillo y con una botella en la mano. Y después de todo, en tu rancho, la pobre María anda descalza, el rebozo verde, el vestido lleno de hilachas. El Julio, el Martín, no tienen qué ponerse, parecen huérfanos. ¡Y tú, Juan de Dios, muchacho trabajador y valiente, le pegas a tu mujer!... Llegas ebrio, desenvainas tu cuchillo del catorce, encaras al mortero al horcón y empiezas a darles de planazos. Tus hijos se esconden en el último rincón; la María sale a calmarte y la recibes con el rebenque, la castigas y la corres como loco por el callejón... ¡Cuántas veces me ha pedido llorando que no te dé dinero! ¡Cuántas veces me pidió llorando que te aconseje! ¿Te falta en algo tu mujer?

—No, patrón.

—Claro que no... Yo la conozco bien a la María y le tengo lástima; la quiero como lo quiero al Juan de Dios Orellana. Yo sé que la María lava, plancha, prepara el amasijo, arma cigarros de chala y va también a los cañaverales con la pala al hombro. Y tú, Juan de Dios, muchacho fuerte, como buey para el trabajo, como esclavo africano para el sol, le pegas a tu mujer, los asustas a tus hijos y malgastas el fruto de tu trabajo en beber y tabear... Y tu mujer anda sin botines, no tiene rebozo...

"¿Qué haces a la siesta, Juan de Dios, cuando tienes apartadas para ti dos sandías? Comes una y luego te acuestas a dormir sobre los peleros de tu ensillado. Te duermes soñando con la otra sandía, y al poco rato, ya te la estás devorando... Con el vino te ocurre otro tanto: tras de una copa, otra y otras... Después..., no hay dinero con que comprar una silla, algunos platos, algunas sábanas, un poncho nuevo, frazadas, manto para la buena mujer, ropa para los hijos. En tu rancho tienes apenas un catre de tientos, una batea, un mortero, una *pirgüita* (4) para el maíz y un tronco de algarrobo para sentarse. En los días de lluvia, dentro de tu rancho llueve como afuera. Dime, ¿no tienes paja de arroz para techarlo? ¿No hay *suncho* en la orilla del río para componer la quincha? No plantaste un árbol en el patio de tu rancho... ¿Acaso no dan fruto las moreras, las limas, los naranjos, los duraznos? ¿Y qué cuesta plantarlos? Riego..., no necesitan; poda, tampoco. Algún día lo vas a voltear al pacará que te da sombra, con el pretexto de hacer una batea de su corazón... El pacará nació en el patio de tu rancho, porque el viento trajo la semilla hasta allí.

"¿Hasta cuándo, Juan de Dios? Mira..., hasta los perros que tienes, dan lástima. El Nerón, el Rompefierro, el Turco, andan llenitos de garrapatas, mostrando el esqueleto.

"Cuando te falta dinero y me encuentras de mal humor o no me encuentras en casa, lo vas a buscar al gringo Pietro, y delante de él te quitas el sombrero y le dices:—"Don Pietro, por favor, présteme un peso, que no tengo para la carne." Y Pietro es italiano, y tú, criollo. Él llegó acaso sin un centavo a esta tierra que es tuya, que es nuestra tierra; pero Pietro piensa en el mañana, trabaja honradamente y tiene en su casa un techo seguro, camas de hierro, una mesa, toallas, sábanas y mujer e hijos vestidos modestamente, pero limpios y sanos. Pietro no es capaz de trabajar como tú, de sol a sol, no va adonde lo mandan si adivina el peligro, no come lo que le dan; teme a las crecientes, no sale de su casa si arrecia la tormenta, ni sabe manejar el cuchillo, ni domar un potro, ni voltear un toro de una cinchada. Pietro no es tan fiel y obediente como tú. ¡Y tú tienes que mendigarle un peso!

—Es mi destino, patrón.

—El destino se lo hace uno mismo, ¡qué diablo! El hombre es lo que quiere ser... Una vez te conté lo que me ocurrió a mí... Hasta los diez y siete años, fuí peón como eres tú, calcé ojotas, dormí sobre la montura y fuí a los cañaverales con la pala al hombro. Anduve descalzo regando arrozales y aprendí a domar un potro, a enlazar un bagual y a plantar un árbol. Ahorré dinero y me fuí a Buenos Aires. Estudié en una escuela nocturna; fuí mozo de hotel, portero y estudiante. Después de cinco años de lucha terrible pude ingresar en la Universidad. Y triunfé. ¡Qué diablos! El hombre es lo que quiere ser.

"Juan de Dios: vete a tu rancho, cuida a tu mujer y a tus hijos y piensa en el mañana. Un muchacho fuerte y valiente como tú, es lo que quiere ser...

....

Y se le disiparon los vapores del mosto; y una mágica luz bañó su rostro exangüe, atezado, distendido...

CASITAS DE TABLAS

DIARIAMENTE salimos a recorrer callejones sombríos orillados de molles, pacaraes, talas, cochuchos y guaranes. Ocultos en las talas espinudas parlotean los loros *calancates*, musitan su queja las *pupas* y cantan los *chalchaleros*. Al caer de la tarde, nos bañamos en una acequia sombreada de altos helechos. En la punta del callejón hemos encontrado a Mercedes y a Rosa, cortando tunas con un *artificio*.

—¿Quieren que les ayudemos?

—Cómo no..., a ver..., tome la caña. ¡A que no sabe manejarla!...

—Creo que sé manejar un *artificio*. Cuando muchacho, me venía a estos mismos tunales con una caña al hombro. Hasta doce tipadas solía cortar; en casa, mis hermanas preparaban el arrope y la conserva.

—¡No ven lo que está diciendo!... Si será embustero...

Rosa sonríe y deja ver la graciosa ventanita de un diente perdido.

—Digo la pura verdad.

—Miente..., ¡no ven lo que dice!

Con la caña hueca, abierta en cuatro en uno de sus extremos, he bajado hasta una tipada de tunas gordas y maduras.

—Vamos a ver si se anima a tomarlas con las manos...

—¿Así como están?

—Así...

—Puede ser..., pero, ¡quién sabe!...

—¿No se anima?

—¿Y las *janas*? (5).

—Bah..., ¿les tiene miedo?

Rosa coge un manojo de afatas y comienza a barrer las tunas.

—¿Ha visto?... Así se hace para quitarles las *janas*.

Echamos mano al bolsillo y sacamos nuestros cortaplumas.

—¡Cuidado con comer muchas!...

—Nos *quisquiríamos*...

—¡Ajay!... Había sabido también eso...

—¡Hace tanto tiempo que no comemos tunas!...

—¿Mucho tiempo?...

—Quince años...

—¡Jesús María!... ¿Y que son porteños, ustedes?

—Somos de aquí.

—¡Qué embustero! ¡No ven lo que está diciendo!

—Somos de aquí. Mario es el hijo mayor de don José Antonio; yo, soy uno de los nietos de doña Adela.

—¿Sí?

Se arrebolan sus mejillas.

—Nosotras los conocemos a ustedes; vivimos en la casita de tablas que está en la punta del callejón...

¡Casitas de tablas! Hemos visto tantas casitas de tablas, recogidas a la umbría de negros naranjos y fragantes arrayanes, que no sabríamos decir cuál es la de estas muchachas.

—¿No saben cuál es?

—Sí..., ya sabemos.

—Es la casita de tablas que está en la puerta del callejón. A la puerta hay una mesita con mantel tendido.

—Sí, sí.

—Ayer llegaron ustedes a la hora de la siesta a comprar cigarrillos de chala, empanadillas y roscas. Nosotras armamos los cigarrillos y horneamos las roscas y empanadillas. ¿Quieren visitarnos?...

—Eso no se pregunta, Rosita. Ayer tuvimos deseos de pedirles permiso para pasar adelante y sentarnos a descansar bajo el naranjo del patio.

—¿Por qué no pasaron?... Mamá los conoce a ustedes desde chicos... ¡Cómo se alegraría si los viera llegar con nosotras! Ahora no está en casa; se fué a Yucuco a visitar a una comadre.

Ya divisamos la casita cuyas tablas griseas fueron rebozadas de cal, casita recogida a la umbría de arrayanes y naranjos.

—Adelante...

Paseamos la vista en todas direcciones. Al fondo, la hermosa quinta de negros y copudos naranjos, donde se arrullan las *urpilas* (6) y cantan los *pepiteros* y cardenales y *colcoles*; a la izquierda, el cañaveral vestido de eterno verdor; a la mano opuesta, un bosque de pacaraes y laureles y cochuchos. Nos hemos sentado a la redonda de un brasero, bajo el naranjo del patio. Mientras Mercedes adereza el mate, se difunde un grato olor de azúcar quemada.



Rosita, que ha ido al jardín, cuajado de flores blancas, torna trayendo un ramo de gardenias y otro de diamelas. ¡Oh gardenias nevadas! ¡Oh pálidas diamelas!... ¡Cuánto daríamos por conservaros siempre frescas, con las gotitas de rocío que la noche olvidó en vuestros pétalos!...

UN LABRADOR

UNCIÓ la yunta de barrosos cuando empezaban a cantar los madrugueros gallos. La Mercedes, su mujer, le cebó mate y puso en las alforjas coloradas algunas tortillas asadas al rescoldo y varios trozos de charqui de vaca. Salió contento de su rancho, un chozo con la quincha de suncho y el techo de paja de arroz, y en cuyo patio limpio, de afatas y *quellusisas* (7), hay un mortero de algarrobo o de cebil. Y se echó, cuesta arriba, caminito del cerro, con su *yuta* (8) tirada por sus lentos barrosos. No sabría decir cuántas veces vadeó el río, que corre cristalino por un lecho de guijas y pedrones. Apagó la sed con el agua que cogía en el negro hueco del sombrero. Sudando a mares, llegó a lo alto del cerro y miró contentísimo el bosque virgen con que había soñado. Cogió el hacha. Horas después, temblaba, caía, con gran estruendo, un cedro milenario. Durmió a ratos, ya en el bosque, ora bajo la yuta o junto a sus bueyes. Y labró el tronco.

Ahora torna a su rancho. ¿Quién le ayudó a colocar el enorme tronco labrado sobre la yuta?

Vinimos a la quebrada a juntar arrayán. El labrador pasa a nuestra vera, cantando, a media voz, una alegre vidala de carnaval...

CAMINITO DEL CERRO

CUANDO partimos ya se veía el largo rosario de cerros azules cortando el horizonte.

Anduvimos silenciosos por un camino de carros; pitábamos, cabeceábamos... El *farol* nos acompañó a trechos, aparecía, se apagaba; aparecía, se apagaba. No lo silbamos. El Juan José rezó credos y benditos para ahuyentarlo.

El viejo y sombroso camino de carros desemboca en la quebrada. Cerca, corre el río montañés, lo llaman el Colorado, porque sus aguas se encienden en los días de ventisca y llovizna.

Estamos en el Camino de la Cuesta, que empieza donde el río se divide en varios brazos. Cantan los zorzales, parlotean las cotorras, rompen a chillar las urracas azules, levántase la bandada de torcaces; su clarín ronco toca el cabizbajo *colcol*; un rojo carpintero abre su penacho de púrpura, y se queja el crespín errabundo.

Tipas, viraríes, horco-cebiles, cedros y horco-molles, medran al amparo del sol. He aquí un caminito ideal: es muelle, está orillado de majestuosos árboles, le cantan los pájaros y las aguas cristalinas y lo aroman las hojas de arrayán y de laurel.

LA MADRE DEL MONTE

EL caminito orillado de majestuosos árboles nos ha metido en el corazón del *monte*.

Es un día nublado.

Nos detuvo varias veces el río montañés; lo vimos, en lo profundo de la quebrada, remolinear y romper furioso sus cristales.

Caminamos a pie. Juan José ha desenvainado su cuchillo cañero y comienza a limpiar el paso. Las *trampas de tigre* nos harpan y nos queman las hojas de las ortigas bravas. En un *higuerón* canta un *colcol*.

A ratos, nos perdemos en un bosque de helechos.

Juan José nos dice que más adentro, más adentro, está la *Madre del Monte*, un laurel requeteviejo, cargado de parásitos.

Y andamos, andamos... Lejos que-

daron los arrayanes salpicados de rubíes.

—Ya está cerquita la *Madre del Monte*—dice Juan José.—Es un laurel requeteviejo, el más alto y viejo de los laureles del cerro. A ése no lo tumbará el rayo... Junto a su tronco encenderemos fuego.

De allí a poco, miramos un laurel enorme, cargado de parásitos. ¡*La Madre del Monte!* El viento de las cumbres arrastró la semilla, a la que cubrieron las hojas secas de tipas, viraríes y nogales. Y el laurel nació.

Juan José ha encendido fuego en una cueva que tiene el árbol en su tronco. Las lenguas rojizas lamen la madera dura. Por intervalos, parecen ascender por el tronco, pero, luego, una ceniza blanca cubre la parte ensangrentada.

He aquí un árbol bueno. Los parásitos no lo agobian; de su savia de árbol viejo, viven los verdes *cardos* escalonados en su tronco, las colgantes *suelda-suelda*, la *tunilla palma*, las *sacha-huascas* y otras muchas enredaderas. Su tronco da albergue a toda suerte de insectos; en sus ramas se posan los pájaros cantores. No lo volteará el rayo, no lo tumbará el huracán, ni lo inflaman las lenguas rojizas. Lo miramos amorosamente; arriba, en las ramas casi escondidas, el laurel viejo tiene, para nuestro regalo, un maravilloso tesoro de orquídeas azules...

ALEGRÍA CARNAVALESCA

TAÑEMOS de punteo la guitarra bajo un naranjo familiar.

La moza que nos sirve mate vuelve la cabeza, y con sus ojos negros llenos de fuego juvenil mira hacia el callejón.

—Ya se va don Marcos... ¡Dichoso de él!

Y está contenta, rebosa de júbilo. Sus labios encendidos esperan las caricias de unos labios bermejos.

—¿Lo acompañarías a Marcos?

—Yo..., sí.

Y no lo dice en broma. Está loca por ir a bailar a *Los Laureles.*

Marcos, un gañán viejo que gasta barbas chivas, se quita el sombrero y nos saluda.

—¿Ya se va al *Carnaval*?

—Ya, señor.

—Es temprano..., ¡eh!...

—*Nai* así es, señor; pero hay que llamar a la concurrencia.

Camina echado un poco hacia atrás; lleva un bombo, con el cual marcará el compás de gatos, cuecas y chacareras. ¡Cómo se alborozan las zagalas, los mozos, las viejas y viejos, cuando Marcos, el gañán de las barbas chivas, empieza a tocar el bombo!

De rato en rato vemos pasar mozos y muchachas a caballo.

—¡Dichosos ellos!...

—Pronto irás vos también. Y bailaremos juntos una chacarera.

—Y qué, ¿sabe bailar como los de aquí?

—Algo... ¿Tienes caballo?

—Desde muy *cuantua* está el *chesche* descansando en el potrero; ya está redondo de gordo...

¿Quién no tiene ahora un caballo brioso en que ir a pechar al *carnaval* de Los Laureles? ¿Quién no tiene ahora unas gafas de albahaca para adornar su caballo?

Hemos sentido un tropel. Salimos al callejón.

La Juana, mujer de Marcos, medio chispa, sobre un alazán cariblanco, viene a toda *vareada.* ¡Quién como ella para correrles a los *indios* del cacique Mardoqueo! Ha hecho rayar su caballo cerca de nosotros; una polvareda nos da en la cara.

—¡Hola!..., mis *niños.* ¿De dónde salen? ¿No se acuerdan de mí? Yo soy la Juana, la vieja Juana, la más vieja de las viejas de Muyo... A ver, hijos: denmé unos cigarritos; en la punta del callejón se me cayeron el tabaco y la chala... El Marcos ya se fué; yo también ya me voy.

—Sírvase, *ña* Juana...

—Gracias, mis hijos. Pa que vean que soy *chura* pa cantar, les voy a hacer oir una vidalita del carnaval de mis tiempos.

Al son de su caja, alegremente, entona una copla montesa:

Dicen que el carnaval viene
cerquita de Los Laureles;
aquí me quedo a esperarlo
con la caja y los claveles.

Por esta calle a lo largo,
juran que me han de matar
con un cuchillo de palo...
¡Quién sabe si cortará!

Ahora el alazán cariblanco corre mordiendo el freno. La Juana revolea su rebenque de cuatro ramales y grita regocijada al evocar sus juergas moceriles...

LOS indios de la comparsa del cacique Mardoqueo nos han tomado prisioneros. Estos indios llevan en la cabeza rojo plumero a guisa de gorro, visten pantalón y blusa color de sangre adornados de espejuelos y vistosa plumajería; tienen, atado a la muñeca, un espadín de madera y ciñen la cintura con las *tres Marías*, boleadoras de



potros. Llegaron en atrevido tropel sobre sus jacas enjaezadas con primor. Bajo el naranjo familiar nos han formado corro. Un brioso rasgueo de guitarras y un lindo son de cajas nos llenan de júbilo. ¡Y sentimos nuevamente aquel entusiasmo de los veinte años!...

Con la comparsa del cacique Mardoqueo, vinimos al carnaval de Los Laureles. Bajo unos laureles corpulentos, la gente baila, bebe y ríe. Los mozos y las muchachas, a caballo, se arriesgan en furiosas pechadas y se arrojan a la cara papel picado y almidón.

Y mientras Marcos, el gañán viejo de las barbas chivas, se aduerme acompañando con el bombo, invitamos a dos lindas mozas a bailar con nosotros una *chacarera*...

TUCUMÁN INTELECTUAL

YA en 1905, cuando partimos para Buenos Aires, nos deleitábamos leyendo los hermosos versos de Pedro N. Berreta y de Víctor Toledo Pimentel. Desde 1910, dos excelentes poetas se distinguen entre una pléyade de escritores jóvenes: Mario Bravo y Manuel Lizondo Borda.

Bravo, el autor de "Poemas del campo y de la montaña", el cantor de la tierruca, hace poco escribió para "La Nación" este primoroso poema:

EL NARANJO FLORIDO

1 — Junto al naranjo en flor la vida es buena,
Sueño la realidad, dulzor la amarga pena.

2 — A su divino amparo, si de azahar se viste,
Sólo es triste quien tiene por destino ser [triste.

3 — Vuela a su fresca sombra, si está cuajado [en flor,
El zorzal musical para cantar mejor.

4 — Languidece la noche, de azahar saturada,
Y de azahar perfuma sus senos la alborada.

5 — Cuando el naranjo en flor agita el viento leve,
De su follaje en flor nieve aromada llueve.

6 — Y en sus ramos aviva la prometida fiel
La emoción inminente de la luna de miel...

Lizondo Borda, el poeta laureado, publicó, además de su "Poema del Agua", "El Amor innumerable", espléndido libro de versos. En una tarde de estío, sentados sobre un tronco de árbol viejo, a la vera de un camino sombroso, quisiéramos leer esta su balada exquisita:

BALADA DEL ZORZAL QUE NO CANTA

I

Bulle la selva con su vida extraña,
que sueña y canta y ruge y se renueva,
pujante, como siempre... Y el zorzal
del gorjear gozoso y escondido,
sólo el pardo zorzal no canta ya...

II

En las mañanas, cuando el sol enciende
el vibrante chillar de las cigarras,
como una extraña orquesta colosal,
la selva toda, estremecida, canta
su vida milenaria como el mar.

III

Es la sonrisa de la primavera,
y vuelve el tronco muerto a retoñar;
el árbol nuevo, florecido, deja
su espíritu oloroso andar errante
y perfumar, jugando, el abrojal...

IV

La calandria, silbando cadenciosa,
salta de rama en rama; la torcaz
da su eterno lamento en la espesura;
sólo el cantor gentil de los boscajes,
sólo el pardo zorzal no canta ya.

V

Todo canta el amor, canta la vida,
como ayer, como siempre ha de cantar;
sólo el zorzal ardiente y escondido,
como una sombra por la selva vuela...
¡Sólo el pardo zorzal no canta ya!...

Modernísimos escritores tucumanos son: Raúl Paverini, Miguel C. Agüero, Juan Carlos Frías, M. Alurralde, José M. Ponssa, Octavio Lobo, José Luis Torres, Valentín de Pedro, Alberto Mendióroz y Luis Eulogio Castro, talentosos escritores que mantienen el prestigio de las letras del terruño. Luis Eulogio Castro es el autor del poema que copiamos y que nos gusta mucho más que el de Magallanes Moure, el célebre bardo chileno:

LOS BUEYES

I

La ronca carreta de ruedas chirriantes
se aleja, cansada, por la carretera,
y los tardos bueyes, sudosos, jadeantes,
pasan añorando los días distantes
de su primavera...

II

Envueltos en gasas de polvo, los vientos,
en vertiginosos, locos remolinos,
danzan en su torno por los polvorientos
y largos caminos,
mientras a lo lejos gime sus lamentos
la dulce guitarra de los campesinos.

III

Y los mansos bueyes, desde los rastrojos,
ven pasar los vientos libres por el prado
con una infinita nostalgia en los ojos
que lloran y sueñan el tiempo pasado...

IV

Monte fresco y virgen; valle floreciente;
sol pródigo en oros; poderoso río.
La vacada joven que amorosamente
bálaba en el seno del bosque sombrío.

V

Y en las borracheras del sol del verano,
luchas, luchas, luchas de jóvenes toros:
recias embestidas, sangre por el llano,
clarín de triunfales mugidos sonoros.

VI

La tarda carreta chirría, chirría
monótonamente rumbo a la alquería,
con su dolorosa, triste letanía,
que es como un lamento de aquella sombría
pareja de bueyes que en la pradería
marchan agobiados de melancolía.

TUCUMÁN tiene hijos ilustres: Ricardo Rojas, nuestro maestro, eximio historiador, insigne crítico y poeta; Juan B. Terán, admirable prosista; Maximio Victoria, erudito y filósofo; Miguel Lillo, sabio naturalista; Lola Mora, la que infunde eterna vida al mármol, y Gramajo Gutiérrez, el gran pintor del alma campesina y a quien Lugones llamó "El pintor nacional".

(1) Voz quichua. Corzuela.
(2) Caoba.
(3) Voz quichua. Perdiz. Por extensión, a los que no tienen apellido. Hijo natural.
(4) Hórreo.
(5) Espinitas.
(6) Voz quichua. Palomitas.
(7) Voz quichua. Flor amarilla.
(8) Carreta de dos ruedas.



ILUSTRACIONES DE MARTÍNEZ JEREZ

Cómo se celebra la Navidad en el mundo

LA NAVIDAD EN SEVILLA

POR RENÉ MAIZEROY

De un extremo al otro del universo, por doquiera haya pasado la leyenda cristiana, la Navidad, al llegar la fecha tradicional, se expande enlazando al mundo entero con una guirnalda de flores...

Alegrías más o menos exuberantes, más o menos reconcentradas—¡todo un arco iris de alegrías!,—simbolismos más o menos complejos o perfilados, costumbres diferentes, gustos diversos, caracteres antagónicos—¡qué importa!,—los corazones juveniles se sienten inundados en todas partes de un sentimiento de fraternal cariño en ese día que es el atardecer de un año al que se aúna la esperanza de la aurora de un nuevo año.

Veamos algunas de esas fiestas de Navidad, tan diferentes y tan parecidas, sin embargo, en las distintas regiones del mundo, donde en unas se ignora todo de las otras y tratemos de sorprender lo que tiene de exquisito y de poético la celebración de la fiesta tradicional. Y hagamos con estas Navidades un ramo universal con ramas de abeto, muérdago y acebo, con rosas y lirios místicos de leyenda y de fe, floración magnífica de la piedad que es, para los niños, la verdadera primavera del año, como ellos lo son de la vida.

Los niños son los héroes de la poética ceremonia. Ellos son, a imitación de Nuestro Señor el niño Jesús, pequeños dioses. Para ellos es la fiesta de las fiestas y es de ver con cuánta seriedad siguen las fases de la ceremonia. Y en verdad, lo que nosotros consideramos sus juegos, ¿no son graves preocupaciones para los niños y no es verdad también que sólo las personas grandes son las que juegan?...

RECUERDO una canción de ofrenda tan suave, tan tierna, tan cálida, tan dolorida que me emocionaba hasta el llanto, hasta mecerme en ensueños..., una sencilla canción de gitana que me fuera dado oír, hace tiempo, en Sevilla la noche santa de Navidad.

Fué en no sé ya qué calle humilde y lejana del viejo barrio de la Macarena. El cielo extendíase y ampliábase entre las calles, espléndido cual una nave de catedral donde titilaran innumerables cirios. La luna oscilaba en el cielo su concha de nácar y plata cual un maravilloso exvoto. El oficio nocturno recién terminaba. Las veinticuatro campanas de la Giralda repicaban sin tregua, sembrando alegría y quietud sobre toda la ciudad de fiesta.



Con paso rápido e impaciente, riéndose y gritando, asomando los ojos bajo la mantilla, con gestos elocuentes, las parejas, el libro de misa en la mano, se apresuraban a ocupar las mesas de la cena de medianoche. Brillaban las ventanas, el humo se elevaba sobre los tejados, azotado por el viento, y deshacíase en volutas de plumón. El aire fresco y ligero estaba cargado de olores persistentes de pavo asado, de frituras al aceite y ajo, de tomates y de naranjas.

Y como yo pasara frente a la puerta abierta de un miserable "cabaret", vi a obreros endomingados que bebían en jarras un vino espeso como si fuera tierra mezclada con sangre, y recostada a un tabique, la mirada como en éxtasis, impregnada de dolor, junto a un guitarrista que la acompañaba con sordina, una cantante joven y bonita. Tenía el cabello del matiz de las hojas muertas, la expresión sumisa y de pasión angustiosa que hacía pensar en una rosa delicada que se hubiese pisoteado. Arrullaba su voz extraña, aguda como un grito de sufrimiento, lánguida como una confesión adorante:

"Al abrir sin precaución
Tu carta, mi bienamado,
Dejé caer tu corazón
En mi seno emocionado.
En él abrigo le he dado,
Mas, no cabiendo dos allí,
con el tuyo me he quedado,
Y allá va el mío para ti."

¡Oh, esa canción de enamorada herida que dominaba el entrechocar de copas y el rumoreo solemne de las campanas de paz y de esperanza!

CASA AMERICA

San Luis



POR J. W. GEZ

Las riquezas naturales de esta provincia fronteriza al desierto "están latentes — según nos informa el señor J. W. Gez, autor de este artículo; — pero les faltan los estímulos del capital y del brazo experto que se resuelvan a explotarlas". Y así es, efectivamente. San Luis, para los porteños, es un estado argentino casi olvidado o muy insignificante, lo que no es motivo para reconocer que en un día ya lejano esta provincia fué escenario de grandes acontecimientos cívicos. No vamos nosotros a prodigarle elogios en estas breves líneas, pero no vamos tampoco a restarle las bellezas y la importancia que tiene en todos los aspectos de su vida. San Luis, por sus rentas, su despoblación y la falta de crédito, no es, no, lo que debería ser, lo que será, sin duda, un día, para orgullo de la nación entera.

LOS grandes acontecimientos del civismo argentino han puesto de relieve el espíritu viril y el abnegado desprendimiento de que dió tantas pruebas la población de San Luis, en todas las épocas de su existencia.

Establecida allá, en la *Punta* agreste de su escarpada sierra, fronteriza al desierto y a la entrada de la gran travesía, tuvo, desde sus principios, una vida de continuas zozobras y la ardua misión de vigilar el camino que unía a Cuyo con el antiguo Tucumán y el litoral rioplatense. Desde entonces fué el antemural contra el avance del salvaje, cayendo cien veces herida en la cruenta lucha, pero levantándose de nuevo con mayor pujanza para sostener aquel reducto de vida civilizada, punto de apoyo de la seguridad general, en la despoblada región puntana.

Sus habitantes se formaron en la dura escuela de las privaciones, del aislamiento y del peligro. Así se explica que fueran también vanguardia en la campañas de la libertad, a las cuales prestaron el concurso valioso de su sangre y de su fortuna sin tasa.

Allí están los testimonios irrefutables de esos rasgos prominentes de su belleza moral.

Estos sacrificios significaron para toda la provincia su despoblación y su agotamiento, permaneciendo estacionada durante muchos años y viviendo apenas la existencia precaria e incierta de su triste soledad. Sólo en los últimos tiempos la expansión del progreso general extendió hasta allí algunos pocos beneficios, estimulando modestas empresas que determinaron un relativo bienestar. Ya era algo para seguir viviendo con la ilusión del porvenir. Sin embargo, la nación ha podido hacer un poco más para saldar la deuda de gratitud que tiene con San Luis, dándole los elementos indispensables que le permitan levantarse a la altura de su destino, en el concierto de la prosperidad general del país. Y sólo recurro a la nación porque la provincia no podría realizar las iniciativas y obras trascendentales y de urgencia, dada la exigüidad de sus rentas, su notoria despoblación y la falta del suficiente crédito.

Sus riquezas naturales están latentes; les falta los estímulos del capital y del brazo experto que se resuelvan a explotarlas.

Las zonas más características de su producción están bien determinadas. La parte sur, por sus excelentes pastos y el fácil cultivo de la alfalfa, es la más adecuada para la ganadería; los extensos valles, por la posibilidad del riego, son la parte más indicada para la agricultura; el centro y el norte son las regiones de las minas de oro, wolfran, cobre, ónix, pizarra, mica y otros productos de gran aplicación industrial y, finalmente, los senos y faldas de las hermosas serranías son las más aptas para el cultivo de la vid, el olivo, manzano, nogal, duraznero y otros árboles frutales de gran rendimiento comercial. Casi sería innecesario decir que las zonas intermedias se prestan a todas esas producciones, en mayor o menor escala, desde la extensa llanura hasta las amplias altiplanicies donde también el ganado se multiplica fácilmente y es de excelente calidad; pero hemos querido señalar la porción territorial que, por las condiciones naturales, puede arraigar una labor intensa, de grandes y seguros resultados. En el conjunto, sólo tomo en cuenta lo que puede ser un factor ponderable en la mayor producción y, por consiguiente, en la mayor riqueza.

Otros elementos valiosos dignos de tenerse presentes, en esta gran labor, son la sobriedad de la población nativa y las bondades del clima, de una privilegiada salubridad.

Ahora bien, si existen tan valiosos elementos en la naturaleza y en el hombre, ¿qué necesita San Luis para combatir su pobreza y despertar a la vida fecunda del trabajo? Lo que ya dijimos y que no está de más repetir: la necesaria ayuda de la nación. Este poderoso concurso debe ser algo así como una habilitación temporaria hasta que pueda encaminarse con paso más seguro hacia las conquistas del trabajo.

Y debe exteriorizarse, ese auxilio valioso, en obras de embalse de las aguas fluviales, obras modestas como las que ya han sido proyectadas y estudiadas, porque dada la constitución geológica del suelo, de otro modo no podría asegurarse el agua; con la colonización a base de la ley del hogar, que es la que atrae y arraiga el trabajador; con el crédito bancario en condiciones que permitan el desenvolvimiento del trabajo y de los negocios sin las ansiedades apremiantes del momento; con la vialidad general que facilite el transporte rápido y barato, y, por último, con la educación profesional en los centros urbanos y las escuelas granjas en la campaña, para formar hábitos de trabajo y de acción útil en las nuevas generaciones, esterilizadas allí por falta de una conveniente dirección educativa.

Hay que combatir los prejuicios y los atavismos de otras épocas, tan contrarios al espíritu de la vida moderna y a sus múltiples necesidades.

Todo cuanto se haga para remover estos obstáculos al progreso y al bienestar general, será obra de alta y patriótica previsión.

Esa gran implantación del trabajo inteligente va a despertar, en virtud de la correlación de todo esfuerzo colectivo, otras actividades y a crear otros organismos de la industria local.

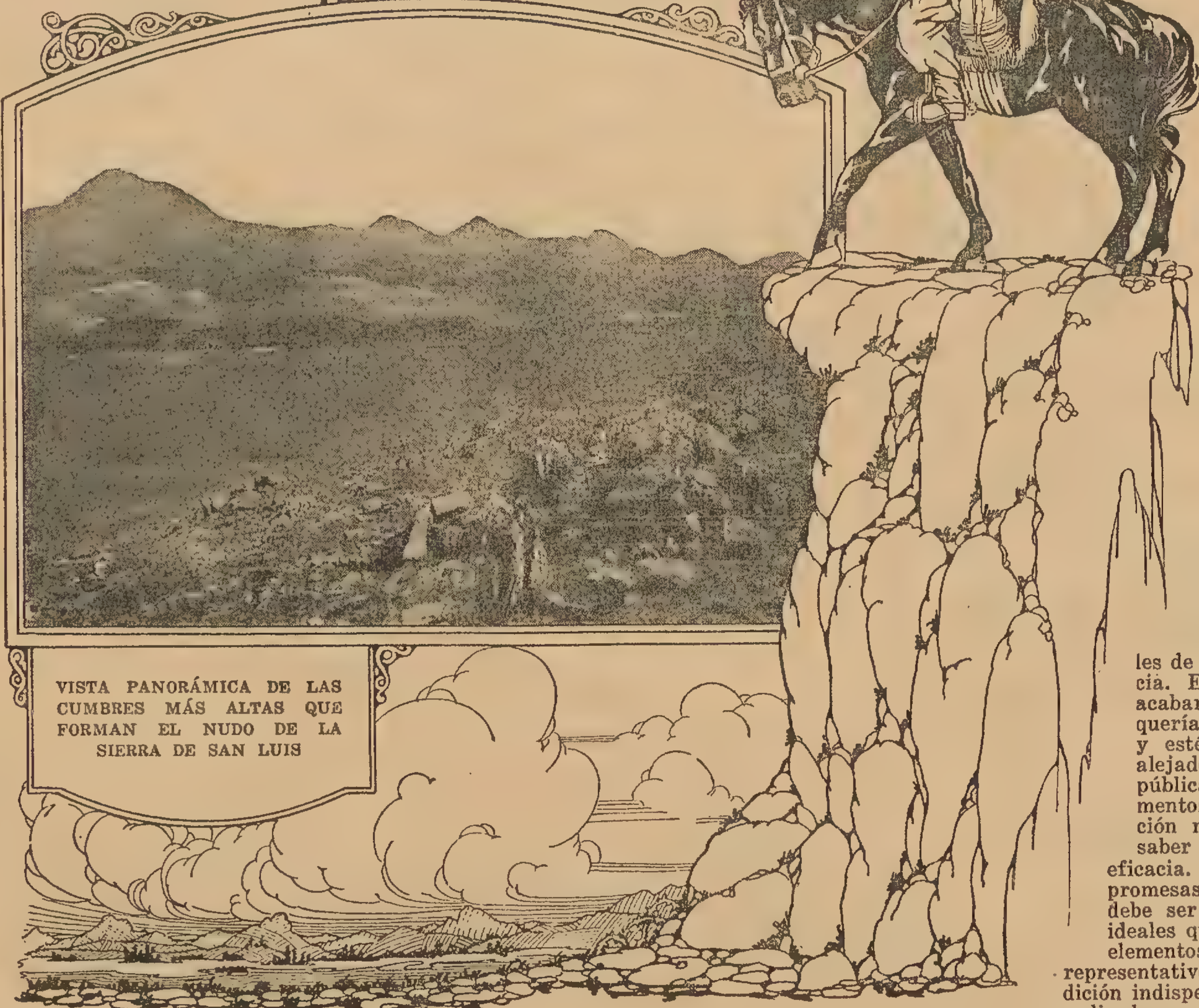
Así, por ejemplo, refiriéndome a la cuestión vital para San Luis — el embalse de las aguas, — al extender y asegurar el riego y los productos de la agricultura, podría brindar, en un porvenir cercano, la energía potencial de las grandes caídas, transformadas en fuerza y en luz.

A la fuerza barata debe la Italia septentrional su prosperidad general, y nada tan adecuado como la topografía del suelo puntano para utilizar ese poderoso agente de la maquinaria moderna. ¿A cuántas industrias derivadas de la agricultura y la ganadería no daría lugar esta fuerza motriz, tan fácil de obtener y de utilizar?

No creemos que se puedan hacer milagros para implantar de pronto esta vasta labor, pero sí estamos convencidos de su posible, paulatina y metódica realización. Para acometer esta empresa necesitamos una renovación de valores morales que permita llevar al gobierno los mejores y más legítimos prestigios, genuinos representantes de los intereses vitales de nuestra provincia. Es tiempo ya de acabar con esa politiquería local, estrecha y estéril, porque ha alejado de la gestión pública a muchos elementos de ponderación moral, de vasto saber y de probada eficacia. Esta era de promesas reparadoras debe ser propicia a los ideales que acarician los elementos más cultos y representativos, como la condición indispensable para sacudir la apatía y marchar con el progreso del país.

Debemos consolarnos pensando que no habría un solo puntano bien inspirado y capacitado para el gobierno que

(Continúa en la pág. 30)



VISTA PANORÁMICA DE LAS CUMBRES MÁS ALTAS QUE FORMAN EL NUDO DE LA SIERRA DE SAN LUIS

Esta provincia, perteneciente al grupo de las centrales, está comprendida entre los 32° y 36° de latitud sur, y los 65° y 67° de longitud occidental, limitando al norte con La Rioja, San Juan y Córdoba, al este con Córdoba, al sur con La Pampa y al oeste con Mendoza, separada de ella por el río Desaguadero o Salado.

Su población asciende a 116.266 habitantes y su superficie a 72.219 kilómetros cuadrados. Su orografía pertenece al sistema central o de Córdoba principalmente, y su aspecto general es atrayente.

Sólo tres ríos de alguna importancia cruzan su territorio; son estos: el Desaguadero (que al sur toma los nombres de Salado y Diamante), el Quinto y el Conlara.

La provincia está dividida en ocho departamentos, en ella existen magníficas canteras de mármoles y ónix de los más variados colores.

La vinicultura es una de las ramas importantes de su comercio, como asimismo la industria ganadera y el laboreo de las minas.



Santa Fe

Por **Carlos N. Caminos**

El señor Carlos N. Caminos — a quien no ciega el amor al pedazo de suelo donde nació — hace en el presente artículo un estudio de su provincia natal, en que pone de manifiesto las bellezas que encierra y los males que la minan. Escrito en forma amena y en estilo pulcro, este artículo del señor Caminos, creemos que impresionará favorablemente a nuestros lectores, precisamente porque es un compendio de la historia, la vida y el desarrollo de ese estado argentino, enclavado en la región central de la república.

LECTOR, si me leyeres, créeme, porque mi lengua es verídica... Cuando remonto la corriente del río y cierro los ojos, veo a la ciudad de Santa Fe sosegada e indolente, como era en los días de mi infancia. Limitada al oeste por el río Salado, al sur y al este por un brazo del Paraná, y al norte, en gran parte, por la laguna de Setubal o de Guadalupe, podía ser aquélla la ínsula donde Sancho pretendió cimentar su república. Floridos cercos festoneaban sus arrabales; y el sol calcinaba sus aceras polvorosas. Llegando al centro, descubríase el trazado originario de la "villa", con sus calles rectas, sus manzanas uniformes, sus casas bajas, de amplios portales y ventanas enrejadas. Era la clásica ciudad española, reconcentrada en sí misma, trasuntada de derecho canónico y de rencillas domésticas. Conventos e iglesias — San Francisco, Santo Domingo, La Merced, La Matriz, Nuestra Señora del Huerto, El Carmen...,— asilo de diversas cofradías y órdenes religiosas, mantenían vivo, con la aparatosidad de la liturgia, el celo de un catolicismo intolerante, mientras la atmósfera se embalsamaba con el aroma de los narajanles, y el río pasaba sonriendo sin que nadie interpretara su idioma. Años más tarde, libertado el espíritu, leía en un cronicón americano esta fiel pintura de la ciudad de Cuenca: "Para ayuda del pasto espiritual, demás de las tres parroquias que son la de la Iglesia Mayor, la de San Blas y la de San Sebastián, tiene la ciudad las religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y la Compañía de Jesús que las sirven de adorno, asilo y consuelo. La religión de la Merced (los mercedarios) sólo ha conseguido hospicio para los suyos, y los Bethlenmitas tienen por ahora a su cuidado el Hospital Real y la cura de los enfermos... Hay también dos conventos de monjas: el de Nuestra Señora de la Concepción y el de Nuestra Señora del Carmen." (1). Como se ve, la historia reproducíase sin variantes a través de los siglos. De ese modo, bajo la vigilancia avizora de los pastores de almas, la vida transcurría sin graves preocupaciones. Las generaciones pasaban por aquel rincón del mundo como efímeras sombras. Con todo, las clases sociales estaban bien diferenciadas. El pobrerío de los suburbios manteníase de la caza y de la pesca; y los hombres de pro, semejantes a sutiles pavesas, divagaban en las tertulias del club o de los comités partidistas, cuando no malograban sus actividades en disputas estériles o en las inacabables reyertas del foro. Sólo alguno que otro "gringo"—ajeno a las tramoyas locales — ensayaba tal o cual industria embrionaria, dando pábulo con sus trajines a las habladurías de los holgazanes. El trabajo material comportaba un desmedro.

Este núcleo típico de población, cuya fisonomía vemos renovarse en las demás capitales de provincia, da a nuestro federalismo sus relieves característicos. En la provincia de Santa Fe, principalmente, es causa determinante de los actuales antagonismos de carácter político o económico. Las instituciones, las leyes y el criterio de los hombres — empequeñecidos por el medio — aparecen vaciados en un molde de obscura estrechez...

Rumbeando hacia el norte o hacia el oeste, encontrábanse las "estancias de los presuntos hidalgos—los cuales prolongaban hasta el latifundio incultivado la raíz de su abolengo. La casa de adobe con su corredor de tejuela; la ramada para refugio de los peones, y el corral de postes de algarrobo, constituían el "casco" del establecimiento. En el campo erial, pastaba a sus anchas el ganado criollo, que a veces se tornaba "chúcaro" cuando frecuentaba el monte; y algunos perros flacos — pues eran proverbiales la tacañería y la escasez— hacían guardia permanente, afirmándose en la tranquera para ladrar constantemente.

Contrastando con la incuria de la ciudad colonial y con la rutina de los terratenientes nativos, empezaron a florecer los primeros centros agrícolas— *las colonias*, — cambiando muy pronto profundamente, la topografía económica y el valor étnico de la región. Los "gringos" hicieron patria... y con el tiempo descollaron en posición y en prestigio sobre los mismos nativos que les prestaron su franca ayuda...

II

AL sur de la provincia, la vida presentó, desde un comienzo, aspectos distintos. Considerado Rosario como puerto de ultramar por el gobierno de Urquiza, su importancia comercial acrecentó su desarrollo urbano. La pequeña villa — modesto caserío en los comienzos de la emancipación,— convirtióse en el foco de actividad de hombres de razas diversas, venidos de lejanas tierras a la conquista del Vellocino. Procediendo de mar afuera, ningún prejuicio lugareño les preocupaba. No empuñaban la espada de los Adelantados, y desconocían la hipocresía taimada de los teólogos. Así, imprimieron a la nueva ciudad un sello saludable de liberalismo de puertas abiertas que contrastaba con el aire meditabundo y el catolicismo encapuchado de la capital.

De hecho, pues, la provincia — aun cuando aparecía como una entidad federativa — quedó dividida en dos zonas, políticamente adversas: la del norte—la zona de los grandes latifundios, —sometida a la tutela espiritual de Santa Fe; y la del sur, dependiente del poderío económico de Rosario. Reavivados enconos ahondaron esta separación, poniendo cierta ironía cáustica en los episodios de la lucha. Intereses locales crearon bandos irreconciliables. Los caudillos del norte olían a sahumerio y jactábanse de una heráldica entroncada con el Cid o con Guzmán de Alfarache; los del sur trascendían a alquitrán, y sus más distinguidos antecesores eran algún marino genovés o algún acaparador de cereales. Conviene consignar aquí que los extranjeros representan en Rosario el cuarenta por ciento de la población absoluta del departamento, y los italianos el cincuenta por ciento de la población extranjera (2).

El antagonismo regional llegó a su máximo cuando se constituyó como partido político la Liga del Sur, dirigida por un hombre de fuerte energía. Sus procedimientos nuevos, su programa concreto, su acción constante, dieron a la Liga ruidosa notoriedad, mientras sus adversarios, acostumbrados a la zancadilla encubierta o a la maniobra clandestina, buscaban inspiración en los claustros. Tomás de Aquino prestó el filtro de sus silogismos a los continuadores de Rozas... Y ahí están reinando en inefable maridaje.

III

MAS, a pesar de las discordias domésticas, que concretan la vida cotidiana de nuestro federalismo, y de la desorientación gubernativa, Santa Fe ha evidenciado progresos considerables, merced a las condiciones de su tierra privilegiada y al trabajo proficuo de los extranjeros. En su territorio de 135.000 kilómetros cuadrados, existe una población de un millón de habitantes. La agricultura y la ganadería son las industrias madres. Los primitivos núcleos agrícolas se han convertido hoy en ciudades florecientes. Esperanza, Rafaela, Villa Constitución, son centros urbanos en creciente prosperidad. Reconquista, afirma en el bosque chaqueño el dominio definitivo del hombre blanco. El Paraná, con sus puertos de cabotaje, es la vía natural del comercio; y 5.000 kilómetros de líneas férreas facilitan, dentro de la provincia, la comunicación entre los puertos y las poblaciones interiores.

(Continúa en la pág. 46)

Enclavada en la región central de la república, esta provincia está comprendida entre los 59° y los 62° de longitud occidental y los 28° y 34° de latitud sur, y sus límites son: al norte el Chaco, al sur Buenos Aires, al este el río Paraná y al oeste Córdoba y Santiago del Estero.

Su clima es templado y sano y la temperatura media es de 15° a 20° centígrados. Su población asciende a 1.000.000 de habitantes y sus 19 departamentos abarcan una extensión de 135.000 kilómetros cuadrados.

Baña a esta provincia el río Paraná en una gran parte y es cruzada por infinidad de ríos y arroyos de poca importancia, pero que, sin embargo, contribuyen a fertilizar su suelo.

Santa Fe, la capital de la provincia, fundada en 1573 por don Juan de Garay, y la ciudad de Rosario, son los centros industriales y comerciales más importantes de la provincia, sin dejar de reconocer que en toda ella la producción es abundante y valiosa.

SANTIAGO DEL ESTERO



POR

G. CARAVAJAL

Santiago del Estero, ciudad de estirpe indiana, varonil y pujante, es también ciudad de héroes y cuna de beneméritos ciudadanos, a los que la patria debe muchas de sus glorias. Don Guillermo Carabajal, el ilustre cronista, a cuya pluma se debe el articulo presente, más que cronista se ha sentido poeta evocando las belleza y la grandeza de ese pedazo de tierra.

INVOCACIÓN

... a todo lo puro, lo bueno y lo noble que aun conserva la raza...





UN ASPECTO DE LA PLAZA LIBERTAD

CIUDAD de las abuelas legendarias y honestas, que fueron dejando en las arenas de los jardines de tu historia, virreinal y piadosa, una perfumada huella de romances...

Ciudad de estirpe indiana, varonil y pujante, en cuya alma — pórtico de gloria — se oye aún el rumor de las construcciones épicas — viento de epopeya batiendo la selva legendaria — y el palique insinuante de la raza en diálogo con el porvenir, Príncipe Azul, apetecible y tirano, que aun no se atreve a emprender la obra que sólo puede salir de sus manos sacrílegas y crueles...

Ciudad de mi niñez, con noches de conseja, con venerable silencio de claustro y sagrado perfume de "Mes de María".

Ciudad de héroes aguerridos y de ínclitos ciudadanos beneméritos: de Lorenzo Lugones, de J. Francisco Borges y de Antonino Taboada. Salve...

PERDÓNAME que desde lejos me atreva a echar mano al sagrado rosal de tus tradiciones — heroicas en la austeridad cristiana; heroicas en la austeridad patricia — y que pretenda, con el cariño menos que con el pensamiento, tomar la mejor flor — tu alma — y diluirla en mi copa rebosante de bondad y alzarla en tu nombre, en el brindis glorioso a que obliga la Hora, que une como dos banderas desplegadas sobre un ara, el Pasado con el Presente, dos entidades históricas inseparables ante el recuerdo como ante la severa disciplina del raciocinio...

SANTIAGO DEL ESTERO... Tu nombre es una síntesis, aunque no definitiva. Surgiste en el seno del Polear, y, virgen, adolescente aún, no pudiste fijar tu planta sin coturno en una tierra donde el *abrojo* y la *islua* entretejían sus ramas para formar un tapiz demasiado punzante.

De frente al Sol, tu padre — *Ynta Yaya Yantarihuay,* — te alzaste desde el seno perfumado de los *afatas* y *palam-palanes,* y, auscultando sus ojos, supiste su designio, a través del alba azulada de su bondad previdente y misericordiosa.

Y, desde ahí, seguiste paralelamente a El — como el viajero y su sombra; como dos alas de un mismo cuerpo — su trayectoria gloriosa, atravesaste la selva, y, allá, en la tarde, flordelisada como tu frente, el monarca de los cielos — tu padre — *Ynta Yaya Yantarihuay* — echó sobre la margen derecha del río Dulce su manta, cobijándote, fijándote, como en la Egloga, a la Aeda tropical y fecunda, en la Arcadia... Era la tarde, flordelisada como tu frente, del año del Señor 1553. Flor silvestre, creciste así, bajo la fronda rumorosa de los *chañares*, acariciada por la mano callosa de los *mistoles* y protegida por la lanza irreducible e inquebrantable de los *quebrachos*... Eras tan hermosa, tan pródiga en alma, que, como en el cuento — Midas en su jardín señorial, — convertías en oro la flor de cualquier planta que tocabas. De ahí las *tuscas* con el galardón de sus botones de oro finísimo, cincelado. Desde entonces tu vida se difundió en la vastísima división



LA CASA DE GOBIERNO Y LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA

geográfica del Tucumán, y, el Derecho — doctor en jurisprudencia — vino a definir con el libro — la Ley — tu concepto como entidad política dentro de la Capitanía. Y, de pastora, te convertiste en matrona, y, como Temis, alzaste con una mano la Balanza de la Justicia y con la otra ceñiste la espada, y definiste de un tajo la suerte institucional de Catamarca y La Rioja.

Tal la epopeya de Vargas...

(Continúa en la pág. 45)

SANTIAGO DEL ESTERO



MAPA DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

Pertenece al grupo de las provincias centrales y está situada entre los 25° 35' y 30° 41'20 de latitud sur y entre los 61° 39' y 65° 34' oeste de Greenwich. Limita al norte con el Chaco y Salta, al este con el Chaco y Santa Fe; al sur con Córdoba y al oeste con Tucumán y Catamarca.

Tiene una superficie de 145.670 kilómetros cuadrados y una población de 261.678 habitantes, siendo su aspecto en general bastante seductor.

Sólo tiene dos ríos de regular importancia, que son: el Salado o Juramento y el Dulce o Saladillo, y tres sierras de poca elevación y también poca importancia, denominadas: Guasayán, Sumampá y Ambargasta.

Sus industrias principales son: los obrajes, carbón de leña y molinos; la fabricación de tejidos y la elaboración de miel y cera.

Se explotan también el yeso, la cal y el granito.

La provincia se divide en 26 departamentos y 117 distritos.

CAPITAL FEDERAL

POR MANUEL UGARTE

DIBUJO DE C. DÍAZ

La pluma sutil de don Manuel Ugarte — el poeta galano y el escritor vibrante que hoy ocupa en nuestra literatura uno de los puestos más prominentes — describe en el presente artículo la evolución estupenda de aquella aldea insignificante que el 11 de junio de 1580 fundó don Juan de Garay, sin la más remota idea de que al correr de poco más de tres siglos, sería ella la populosa y magnífica urbe que admira a tantos. Remontando el pensamiento a los límites de nuestra memoria, en medio de la actual vorágine, no podemos menos que asombrarnos de la metamorfosis que se opera en nuestra gran ciudad. No tenemos más que comparar los soberbios edificios de hoy, que parecen querer clavarse en el cielo por su altura, con las humildes y patriarcales casas sombreadas de verdes parras, de ayer; las hermosas y amplias avenidas arboladas, y llenas de jardines algunas, con aquellas calles sin empedrar y sin veredas, que eran poco menos que intransitables; el ferrocarril potente que en la actualidad acerca la capital al resto de la república, sembrando la vida y la prosperidad a su paso, con aquel primer tren grotesco que sólo llegaba hasta Flores... Hechas estas comparaciones, la ciudad de Buenos Aires de hoy resulta una maravilla. Don Manuel Ugarte, en su interesante artículo, nos lo hace ver así.

COMO un corazón sano y pletórico que centraliza y regula las palpitaciones de la savia nacional, dando unidad y ritmo al organismo enorme, se abre la capital del sur, frente al océano, aspirando el oxígeno de Europa para transmitirlo después, por las vías férreas, hasta los últimos confines de la república.

Origen y resultante de un vasto movimiento civilizador que se ensancha y se multiplica, germen y síntesis de la grandeza común, confunde el esfuerzo y la recompensa en un empuje triunfal que es a la vez luz y reflejo de la vitalidad y del encumbramiento colectivo.

Ciudad entre las ciudades, erizada de torres que se afanan por superarse en la improvisación jactanciosa de los éxitos, mezcla en la arquitectura los estilos como mezcla en la sangre del país todas las razas, exhibiendo en su rápida evolución, superada y doblada de año en año, el museo mismo de la historia, desde la remota vivienda colonial, que perdura como reliquia en lo que antes fuera el brote primero de la comuna inicial, hasta los férreos y gigantescos palomares que superponen los cuadriláteros de sus ventanas por encima de los campanarios de las iglesias, en un delirio fantástico de especulación y de orgullo.

Desde el observatorio más alto dominamos la urbe populosa y atormentada, fiebre y humo, actividad y ambición, gama de vapores, que parece como una cortina gris sobre los altibajos de los edificios extendidos hasta el límite y tajados por calles estrechas, plazas floridas o vastos bulevares repletos de vehículos y de transeúntes que una mano misteriosa empuja y arremolina en el vértigo de la actividad incesante.

De día, bajo el cielo diáfano que extiende sus banderas argentinas sobre la victoria pacífica de la tierra nueva; al anochecer, en la feria oriental inverosímil de los millones de luces que ponen en el cielo una vislumbre roja, la metrópoli parece hacer flotar sobre la grandeza imponente de su oleaje, como comunión del alma colectiva, el alarido imperioso de voluntad creadora que domó la naturaleza, avasalló los desiertos y trasplantó la civilización de un mundo a otro, triunfando una vez más en los siglos contra la ignorancia y contra la sombra.

Los innumerables exploradores de la fortuna que vienen continuamente en los grandes trasatlánticos, envueltos en los vastos aportes de inmigración, deben tener, al llegar de Europa, ante el pórtico suntuoso del enorme puerto, la sensación de lo que la nueva patria les ofrece: los trigales, las estancias, las industrias, las prosperidades múltiples, cuya suprema esencia afluye y se condensa en la ciudad fantástica que con sus millares de barcos en las dársenas ensordecidas por las sirenas y acribilladas de mástiles, sirve, por así decirlo, de puente entre América y el mundo.

Y las esperanzas, las ambiciones, los ensueños de los conquistadores de oro han de haberse sentido magnificados ante la superposición de improvisaciones que supone en el trabajo, en la riqueza y en el porvenir el nacimiento y el desarrollo de una nueva nación capaz de dar vida a tan poderoso centro, capaz de volcar sobre una playa tan fastuosa acumulación de prosperidades.

En medio de la vorágine actual rememora el nativo las etapas y las fase de la metamorfosis, la Recoba, el Cabildo, el primer tren que iba hasta Flores, la casa patriarcal con sus parrales, el mate, la retreta, los serenos; luego, la evolución estupenda que quintuplica el valor de los solares, el primer proyecto de avenida, los trabajos del puerto, las nuevas casas de seis pisos, hasta llegar a la vida europea de nuestros días, en los que el subterráneo acerca a los barrios más distantes y en que por las enormes estaciones de los ferrocarriles entran y salen diariamente enjambres de viajeros que con el resplandor de la metrópoli hacen la prosperidad de los pueblos vecinos.

El cosmopolitismo creciente, que tanto ha contribuído al auge europeo de la población grandiosa, no ha borrado, sin embargo, las características esenciales que perduran como eje central alrededor del cual se agrupan los componentes nuevos y hay un color local tan inconfundible, una personalidad tan segura, un poder de captación tan hondo, que los aportes más diversos se aúnan y se funden sin violencia en la modalidad definitiva. Un sentimiento de superioridad invade a los recién llegados, un hálito de renovación los separa gradualmente del país de origen, y la ciudad, más fuerte que el hombre, más fuerte que el instinto, más fuerte que el recuerdo, lo asimila, lo modela, lo aspira, adhiriéndolo a su monstruosa rueda en marcha con

(Continúa en la pág. 84)

EL AÑO TEATRAL

La temporada teatral de 1923 ha tenido características especiales de distinto orden, como no las ha tenido ninguna de las anteriores.

Cuantitativa y cualitativamente, Buenos Aires no sólo ha marcado este año el índice más alto, sino qué, quizá, por mucho tiempo no llegue a tener la diversificación y categoría artística de espectáculos que alcanzó en la temporada recientemente finalizada.

Es preciso confesar que, como negocios, el año no ha sido de lo más brillante para las empresas, pero ello se debe a la saturación del punto de capacidad que puede dar la primera plaza teatral argentina y a otros factores de carácter económico, a los cuales no es ajena la crisis por la cual atraviesan nuestras industrias agropecuarias. La mayoría de los abonos se cubren, generalmente, por las familias de la aristocracia porteña, y los teatros que han tenido como base los abonos se han visto frente a verdaderas angustias financieras. La empresa del Colón, en primer término.

Luego, como decíamos, hubo un exceso de compañías, y con las localidades a precios elevados, todo lo cual explica cómo espectáculos que fueran negocios pingües en 1922, en 1923 tomaron caracteres alarmantes para las empresas que repetían la suerte.

Financieramente, no ha existido más que un éxito: Zacconi. Pero es necesario hacer constar una circunstancia que ha venido a facilitar ese éxito. La empresa que contrató al eminente trágico italiano, con un criterio que a la postre hubiera podido resultarle equivocado, pensó establecer el precio de la platea en diez pesos, y en relación a este precio el de las demás localidades. Zacconi exigió que la entrada a sus representaciones estuviera al alcance de la gente de pueblo. Y ahí está, a nuestro juicio, el secreto de la fortuna de este negocio. Rara ha sido la representación de Zacconi en la cual la sala del Nuevo no se viera abarrotada de público.

Esto ha demostrado una vez más la verdad del refrán que es en suma un principio de mecánica: "Quien mucho abarca, poco aprieta".


ERMETE ZACCONI, el notable trágico italiano, que constituyó el éxito artístico del año


La eminente actriz doña MARÍA GUERRERO, que nos visitó este año, mereciendo, como siempre, el aplauso del público y de la crítica.


ERNESTO VILCHES, el conocido actor español, que estrenó el nuevo teatro Sarmiento, durante su última interesante temporada, realizada con buen éxito.


MARÍA MELATO, la celebrada actriz italiana, que actuó en el Politeama con éxito


VERA VERGANI, la simpática actriz italiana, que realizó con éxito su segunda temporada en el Cervantes


MARGARITA XIRGU, que actuó en el San Martín con una compañía dramática bajo su dirección

GABRIELLE DORZIAT, la notable actriz francesa, que inició la temporada teatral porteña


Mlle. PARISYS, la otra "vedette" de cabellos rosados, que no logró alterar la impasibilidad porteña, "malgré" los esfuerzos realizados


PINA GIOANA, la "soubrette" italiana, que se caracteriza por sus "toilettes" elegantes y sus graciosas actitudes


Mlle. MISTINGUETT, la "vedette" que, a pesar de sus 49 años, llamó la atención con sus medias y sus extremidades inferiores

EL TEATRO EXTRANJERO

Jamás visitaron Buenos Aires tal cantidad de elencos extranjeros; buenos algunos de ellos, malos los otros.

Entre estos últimos se llevaron la palma las compañías españolas, pues si exceptuamos al de Vilches-Heredia, los demás se caracterizaron por su desoladora mediocridad.

Y preciso es hacer notar, para propia satisfacción, que Buenos Aires supo distinguir perfectamente dónde había relación entre el precio de la localidad y la bondad del espectáculo.

El teatro español nos envió este año a las compañías Guerrero-Díaz de Mendoza, Cobeña-Oliver, Margarita Xirgu y Vilches-Heredia. La última de las nombradas fué la única que despertó interés.

Francia ocupó su lugar con Gabrielle Dorziat, y aun cuando financieramente la distinguida actriz no obtuvo el éxito que habría sido de desear, la colonia residente fué la que demostró más su indiferencia. Preciso es declarar que ello fué inmerecido.

Las compañías de revistas del Casino de París y Bataclán, fueron más afortunadas, aunque tampoco para éstas el negocio resultó muy brillante y acaso sea preciso mencionarlo con honor para nosotros. Madame Rasimi, que en el año 1922 llevó a su regreso 500.000 pesos de beneficio, esta vez, según se asegura, apenas ha logrado cambiar su dinero.

El teatro italiano ha sido el triunfador de este año.

Después de diez años, tras una jira mundial de consagración definitiva y universal, Buenos Aires albergó a la gran figura escénica italiana: Ermete Zacconi.

El gran trágico, que ya no veremos más, pues es su propósito retirarse de las tablas una vez finalizada la jira,

QUE FINALIZA por MIGUEL F. OSÉS

nos proporcionó, durante su estada, las más estupendas fulguraciones de su genio creador. Todo Buenos Aires vibró con sus interpretaciones de "Otello", "Rey Lear", "Pane altrúi", "Lorenzaccio", "Hamlet", "Spettri" y otras maravillosas encarnaciones de las más grandes obras. Noche a noche, enormes masas de público le aclamaron delirantemente en la sala del Nuevo, consagrando la gran figura del actor, que perdurará por muchos años en la memoria del pueblo, que con él palpitó momentos de intensa emoción.

María Melato, una de las figuras del teatro italiano moderno, nos visitó, ofreciéndonos las obras del repertorio mundial, que en Italia obtienen la sanción de sus públicos. Temperamento extraordinario y talento indubitable, la gentil actriz obtuvo la aprobación que era de esperarse, máxime cuando el conjunto que la acompañaba fué digno de ella. Destacáronse, sobre todo, dos actores, que la crítica unánime recibió con plácemes: Ernesto Sabatini y Augusto Marcacci.

El comediógrafo Darío Niccodemi nos visitó nuevamente con un elenco tan bueno como el que trajo en 1922, encabezado por la actriz Vera Vergani.

LA OPERETA Y LA REVISTA

El género estuvo bien representado, por cierto. Madame Rasimi hizo del escenario de le Opera campo de sus creaciones fantásticas, de luz y color. Mistinguett, la famosa "vedette" parisiense, con un sueldo estupendo, cuarenta y nueve años y su cartel a base de ropas de fabulosos precios, no logró poner a Buenos Aires a sus pies, como lo esperaba. Nuestra buena sociedad la acogió con un poco de escepticismo y la dejó regresar a su país sin haberse desprendido de él. Mademoiselle Parisys, otra "vedette" de cabellos rosados, pasó también por la retina pública como una visión fugitiva. El "Made in París" nos resultó tan atrayente como una muestra de botones o un juguete nuevo. Tres días después de desembarcar, Mistinguett y Parisys eran artistas tan atrayentes como cualesquiera de nuestras "etoiles" de género chico, o menos.

Con la opereta italiana, la compañía Bertini-Gioana logró imponernos algo: un "shimmy" de "La danza de las libélulas", de Franz Lehar, que aun hoy nos lo sirven hasta en el desayuno. En una noche se le llegó a ejecutar en la capital, 1.165 veces por las orquestas, bandas y cuanto aparato musical existe en Buenos Aires. Sin mencionar los de las transmisiones radiotelefónicas.

LOS CONCIERTOS

Buenos Aires ha alcanzado un límite cultural honorísimo en lo que respecta a la música. Recordamos los sinsabores del maestro Ferruccio Cattelani para sostener un conjunto orquestal, con el cual iniciara una serie de conciertos. Fracaso tras fracaso obtuvo su esfuerzo tesonero durante muchos años.

Hoy, Buenos Aires es una de las plazas que codician los concertistas del mundo entero, y el señor Grassi Díaz, director de la empresa Quesada-Grassi, que es la única promotora de los más calificados conciertos, ha traído este año a los más afamados ejecutantes del orbe: Borowsky, Hübermann, el Cuarteto de Londres, y otros cuyas audiciones se han visto concurridas por un numeroso y selecto público.

Un gran conjunto orquestal, que ya se había formado el año anterior por la Asociación del Profesorado Orquestal, repitió este año sus conciertos, con el mayor éxito, distinguiendo su masa de ciento veinte ejecutantes.

La Filarmónica de Viena actuó en el Colón, siendo dirigida por el celebrado compositor Ricardo Strauss, director de la Opera de Viena, autor de "Salomé", que estrenó entre nosotros su ópera "Electra".

La Asociación Wagneriana extiende asimismo la cultura entre el pueblo, en forma realmente plausible. En el recitado, la señorita Berta Síngermann ofreció algunas audiciones en el Odeón, partiendo luego en jira por los países del Pacífico, con intenciones de llegar hasta España. En los países que visitó, el juicio crítico reconoció nuevamente las excepcionales condiciones de nuestra compatriota.

EL TEATRO NACIONAL

Temporada lamentable en todo sentido la del teatro nacional. Financieramente, ha sido acaso la peor, desde algunos años a esta parte, y artísticamente, no recordamos otro igual. Se dijera que hemos retrocedido a épocas de iniciación, si en la iniciación no estuviera el esfuerzo más ponderable de la producción. Hemos descendido. Esa es la palabra.

¿Se debe esto al alejamiento de las actividades de aquellos autores que hasta 1920 marcaban la pauta en la producción teatral? Acaso haya algo de eso. De estos hombres, algunos han estrenado tal o cual pieza, sin mantener el esfuerzo. Otros, se han llamado a



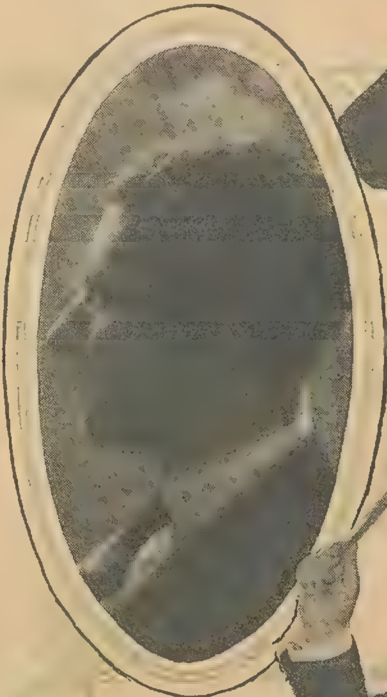
ALBERTO VACCAREZZA, el popular sainetero nacional, cuyas obras suelen alcanzar las cien representaciones consecutivas, ha estrenado en el año fenecido la pieza "Juan Moreira", con cuya figura legendaria quiso hacer un D'Artagnan de poncho y facón



BERTA SINGERMANN, la recitadora argentina, que ha emprendido una jira por el Pacífico, que terminará en España



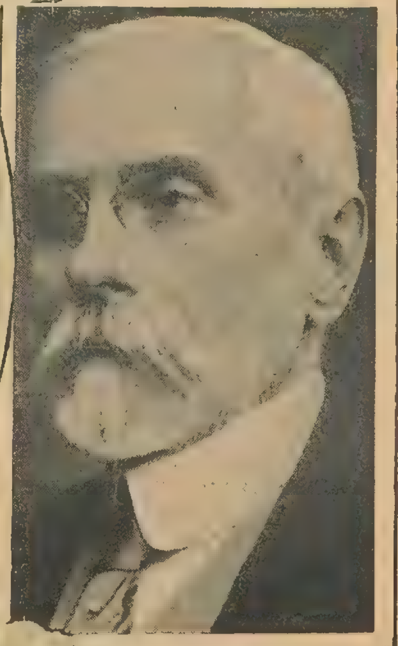
MANUEL ROMERO, el autor que estrenó mayor número de piezas con "cabaret", en los diversos teatros de la capital



YAMANDÚ RODRIGUEZ, el poeta uruguayo, autor de "El Matrero", poema gauchesco que obtuvo gran éxito



BELISARIO ROLDÁN, el poeta trágicamente desaparecido, cuya obra póstuma, "La Virgen de la Pureza", se estrenó en la temporada



PAUL GROUSSAC, padre espiritual de "La Divisa Punzó", la obra en tres actos que público y crítica acogieron con el verdadero y franco entusiasmo que despiertan las buenas obras.

BERTINI en "La danza de las libélulas", cuyo "famoso" shimmy fué la obsesión musical del año. ¡Con decir que en una sola noche fué ejecutado mil veces en la capital.





MARIO FOLCO — ARMANDO DISCÉPOLO

Autores, respectivamente, de "El casamiento de Chichilo" y "Mateo", las dos piezas en un acto que obtuvieron mayor número de representaciones consecutivas, pasando ellas de doscientas

silencio. Martínez Cuitiño, Pico, González Castillo, Eichelbáum, Martínez Payva, González Pacheco, Escobar, Novión, Sánchez Gardel, Defilippis Novoa y otras firmas prestigiosas permanecieron ausentes de los carteles, o han realizado una tarea mínima.

El "cabaret" con el eterno patotero, la "milonga" con ciertos ribetes de Margarita Gautier, la orquesta típica, el tonto desarrapado que es blanco de las pullas, y las bofetadas, han sido el ve-



PABLO PODESTÁ, una de las más grandes figuras de nuestra escena, que falleció después de sufrir más de dos años de enajenación mental.



BLANCA PODESTÁ, en un momento culminante de "La madre del cardenal", del doctor David Peña



RICARDO STRAUSS, uno de los más afamados compositores y directores de orquesta, orgullo de la Opera Real de Viena.

nero de inspiración de los autores que se pudieran considerar cotizables en la temporada.

Las obras se han "quemado", como se dice en el vocabulario teatral, y, con todo, el público ha demostrado su indiferencia por el teatro.

Poco puede decirse de obras estimables: "Mateo", "La mala siembra", "En un burro tres baturros", "Máter dolorosa", "La samaritana", "El reo de la familia", "La divisa punzó", "El matrero", "El mundo está perdido", "El origen del hombre", "Toda una vida", "El alemancito", "La virgen de la pureza", "La madre del cardenal" y alguna que otra que no recordamos en este momento. El índice común ha estado en el sainetón burdo, la pieza de cabaret, la gran mayoría de una factura lamentable.

Se ha industrializado el teatro y a pesar de ello ha sido una industria en quiebra.

En el año 1920, el boletín de la Sociedad Argentina de Autores arrojaba las siguientes cantidades en concepto de derechos percibidos por los autores:

Florencio Parravicini. . . .	$ 55.566.94
Alberto Vaccarezza.	„ 55.168.16
Luis Bayón Herrera.	„ 44.437.54
Alberto Novión	„ 41.648.40
Julio F. Escobar	„ 37.489.10
José González Castillo . . .	„ 25.629.20
Francisco Collazo	„ 24.214.25
Federico Mertens	„ 22.403.72

Hubo una obra en el año precitado: "Tu cuna fué un conventillo", de Alberto Vaccarezza — artísticamente, la que menos lo merecía, — que llegó a 702 representaciones.

En 1921, el señor Vaccarezza fué el autor que más derechos cobró (pesos 70.000), y le seguían en orden don Luis Bayón Herrera y don Manuel Romero, con pesos 60.000. Este año, difícilmente alcanzarán los autores a percibir sumas que lleguen a pesos 40.000, y eso, muy pocos.

Verdad es que con motivo de la división en que permanecen societariamente los autores, la percepción de derechos en el interior es poco menos que nula, ya que la gravitación de la fuerza social que antes representaban es hoy mínima.



"EL SEÑOR CABALLO", actor que adquirió una destacada personalidad con la pieza "Mateo", a la cual da su nombre y sirvió de motivo para su realización



ERMETE ZACCONI y FLORENCIO PARRAVICINI, dándose un abrazo fraternal ante los dos mil actores que asistieron a la función que en su honor ofreció el genial trágico italiano

Sin embargo, en este año puede señalarse un hecho auspicioso que acaso tenga como consecuencia la primitiva unidad societaria tan beneficiosa para todos: El cartel libre, en teoría por lo menos, es un hecho. Vale decir que hoy cualquier autor puede estrenar en cualquier teatro.

Es de esperar que se produzca una reacción saludable para la temporada que se inicia. El público ha respondido ampliamente a las más calificadas compañías extranjeras y ha permanecido ausente de los espectáculos nacionales.

Es preciso que se comprenda ya la necesidad de levantar el nivel artístico de la producción y que en los actores deje de tener ese afán inconmensurable de ser cabeza de compañía. Los elencos, en general, son deficientes por la causa apuntada.

Doloroso es decirlo, pero muchos de los que hoy están figurando como cabeceras de carteles, empleando un poco de lógica, figurarían operando en un plano muy inferior en cualquier buen elenco. Empresarios conocemos que se escudan en las exorbitantes pretensiones de los actores para disculpar lo mediocre de sus elencos, y hay mucho de verdad en ello.

Por lo demás, obras son amores. En este año hubo una compañía que hizo una corta temporada en un teatro central. La temporada fué desastrosa. Al volver de una jira la obra estrenada produjo entradas suculentas. No obstante, la persona que figura en la cabecera y da su nombre a la compañía, no se cansó de decir que el público respondía a "su arte", olvidando que tres meses atrás "su arte" era el mismo y el teatro estaba vacío.



JERÓNIMO PODESTÁ, el tantas veces aplaudido actor gauchesco, fundador del teatro nacional, que también falleció en el curso del año.



CAMILA QUIROGA, la distinguida actriz, en su papel de Manuelita Rosas, de "La divisa punzó", con el que obtuvo uno de sus mejores éxitos de interpretación

Una de las causas de estas temporadas lamentables consiste en las direcciones artísticas de las compañías, a cargo, generalmente, de primeros actores que escriben "aser" por *hacer* y conocen de teatro tanto como de gramática. Sin embargo, se colocan como árbitros frente a autores con un caudal de conocimientos, para adquirir los cuales los árbitros necesitarían una vida más.

Es necesario reaccionar también por ese lado. Antes, al frente artístico de los elencos se colocaban hombres como Sánchez Gardel, Méndez Caldeira, Pacheco, García Velloso, González Castillo. Significaban autoridad.

En el año se han producido pequeños episodios dignos de ser tenidos en cuenta. Por



CARLOS GRASSI DÍAZ, uno de los propulsores de la cultura musical en nuestro país. A él debemos la visita de todos los principales concertistas extranjeros

(Continúa en la pág. 32)



Salta, que contribuyó heroica y pecuniariamente durante la guerra de la independencia, y dió a la revolución tan grandes figuras como las de Arenales, Güemes, Gorriti y Alvarado, será con el tiempo uno de los más importantes estados argentinos. A estar a lo que en el presente artículo nos relata Juan Carlos Dávalos — el escritor salteño de mayor reputación, — Salta, realizados el ferrocarril a Chile por Huatiquina, la prolongación del Central Norte por los valles del sur, y la canalización del Bermejo hasta Embarcación, y establecida una prudente distribución de las aguas de regadío, no cabe duda que se hallaría en condiciones de abastecer con sus inagotables riquezas naturales a una gran parte de Chile y de Bolivia y todo el nordeste argentino.

POR **JUAN CARLOS DÁVALOS**

DIBUJO DE C. DÍAZ

TENTADO estoy de comenzar este artículo diciéndole al lector metropolitano que voy a hablarle de Salta, provincia argentina situada al norte de Tucumán, y comprendida entre los grados tales y cuales de latitud y los tales y cuales de longitud. Suele ser condición de las grandes capitales ignorar la existencia de ciertas provincias o tener respecto de ellas el vago concepto que los antiguos tenían de los hiperbóreos. El ciudadano de Buenos Aires conoce mejor la historia y la geografía de Francia, por ejemplo, que la de Jujuy, Catamarca o Salta. Después de todo, si hay ciudades del interior que ni truenan ni suenan, es porque, realmente, quedan tan lejos, son tan obscuras y tan pobres, y permanecen tan rezagadas del impulso progresista del litoral, que poco o nada pesan en la balanza económica de la república.

No faltan en Buenos Aires gentes instruídas y hasta universitarios que ignoran cándidamente la existencia de mi provincia entre los estados argentinos. Un profesor de la Facultad de Medicina le preguntaba no ha mucho a un amigo mío:

—¿Usted es de Salta?

—Sí, señor.

—¿Entonces usted es boliviano?

Buenos Aires, el monstruo, devora no solamente los pocos miles que los buenos provincianos van a gastarse en el parque Japonés, el Colón, la Avenida o los grandes almacenes. También se engulle talentos y famas de personalidades eminentes, que, claro está, no serían tales famas ni tales talentos si jamás hubiesen salido de su pueblucho mediterráneo. Así la gran ciudad se asimila todo lo bueno que le llega del interior, realizando, fatalmente, como una función orgánica, la unidad nacionalista.

Casi todos los presidentes argentinos, desde el general Mitre (1862-68), con don José Evaristo Uriburu, hasta el doctor Roque Sáenz Peña, con don Indalecio Gómez, el general Vélez y Carlos Ibarguren, tuvieron colaboradores salteños en su gabinete.

Pocos sabrán en Buenos Aires que el señor Lezama, que donó a la comuna el parque de su nombre, era salteño. Salteños fueron el doctor Cleto Aguirre, el mejor oculista de su tiempo; don Francisco Uriburu, aquel "pioneer", creador de millones, como es salteño el doctor Luis Güemes, cuya reputación de sabio clínico nadie discute. Y añadiré que, aunque mucho se ha dicho que el doctor Victorino de la Plaza es oriundo del Imperio del Sol Levante, los salteños tenemos muy en cuenta que nació, ¡quién sabe cuánto ha!, en las palúdicas orillas del río Arias.

No hay a qué recordar la valiosa contribución heroica y pecuniaria de Salta durante la guerra de la Independencia, la tradicional cultura de su buena sociedad, y los grandes hombres que dió a la Revolución, entre los cuales se destacan las figuras patricias de Güemes, Alvarado, Arenales y Gorriti.

Yo tengo fe en que Salta será un día, si no el más rico, por lo menos uno de los más importantes estados argentinos. Todo es cuestión de población y, por lo tanto, de tiempo.

Seguramente, no existe comarca argentina que contenga entre sus límites mayor diversidad de climas y mayor variedad de riquezas naturales. Bastaría dar impulso a las obras de riego y a las vías de comunicación para hacer de Salta, más pronto, lo que forzosamente será en lo porvenir: un emporio formidable. Realizados el ferrocarril a Chile por Huatiquina, la prolongación del Central Norte por los valles del sur, y la canalización del Bermejo hasta Embarcación; y establecida una prudente distribución de las aguas de regadío, mediante un sistema fiscal de diques y canales, Salta se hallará en condiciones de exportar, y proveer con sus inagotables recursos a una gran parte de Chile y de Bolivia y a todo el nordeste argentino.

Las industrias agropecuarias, actualmente en pañales, cobrarían un impulso incalculable.

Hoy por hoy, en Campo Santo, una hectárea de tomates produce cinco mil pesos anuales.

Y ese solo departamento, sin obra alguna de riego, produce todas las hortalizas y todas las frutas de los climas tropicales. Cuenta con un ingenio azucarero, el más viejo del país, fundado por don Antonino Cornejo, con plantas traídas a lomo de mula desde el Perú. Allí se cría ganado, se cultivan el arroz, el algodón y la mandioca, y se explotan quebrachales y maderas de construcción.

En los valles occidentales se desarrollará la industria vinícola, la explotación de minerales de toda especie, la fabricación de tejidos de llama, de oveja, de cabra y de vicuña, la preparación de frutas en conserva. En los inmensos llanos de la región templada del centro prosperarán todas las ramas de la agricultura y de la ganadería. Desde luego, las suelas del valle de Lerma son las que obtienen mejor precio en la plaza de Buenos Aires.

En los inconmensurables bosques del este y del nordeste, hasta Orán, se explotarán las doscientas y tantas especies de maderas útiles que allí crecen, desde el quebracho durísimo y el férreo guayacán, hasta el palo santo

(Continúa en la pág. 48)

Perteneciente al grupo de las provincias del norte, está situada entre los 22° y los 26° 25' de latitud sur y los 62° y 66° 57' de longitud occidental. Limita, al norte con Bolivia y Jujuy, al este con el Chaco y Formosa, al sur con Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca, y al oeste con Jujuy y la gobernación de Los Andes. Su superficie es de 126.578 kilómetros cuadrados y su población de 140.927 habitantes.

Su suelo puede dividirse en dos regiones diferentes, montañosa la una y la otra casi llana.

Sus ríos principales son el Salado y el Arias. Posee fuentes de aguas termales, siendo la más importante la de Rosario de la Frontera, y grandes bosques de diversas maderas, importantes minas de cal, laja, plata, plomo, cobre, oro, etc.

Sus principales industrias son la agricultura y la ganadería, comerciando principalmente con Chile, Bolivia y las provincias limítrofes.

Esta provincia está dividida en 21 departamentos.

CATAMARCA

POR **GUILLERMO CORREA**

Catamarca, la pequeña y graciosa Golconda del Norte argentino, que descansa en los faldeos orientales de la cordillera de los Andes, es digna de ser cantada por los bardos melodiosos, y puede con justicia considerarse una de las más pintorescas de la república. El artículo que a continuación publicamos, debido a la pluma del notable escritor catamarqueño señor Guillermo Correa, así nos lo revela.

ES un nombre.

El Parnaso, el Limbo, también son nombres.

Y la ingenuidad admite que es aquél un estado argentino del norte lejano, situado en los faldeos orientales de la cordillera andina. Se le atribuyen algunas virtudes, y entre ellas, la de la pobreza, diadema de los humildes. Supónesele habitado por una raza casi autóctona, despojada ya de plumas, arco y flechas, con instituciones de comarca civilizada, costumbres apareadas a las europeas y un rotundo sentido religioso.

La geografía política y comercial le asigna la posesión de líneas telegráficas y vías férreas que permiten su comunicación interna y externa.

Sin embargo, cuanto más inquiero el testimonio de mi conciencia impersonal, mayor es el grado de mi duda, pues, viene afirmándose en mi espíritu la idea de que Catamarca es, simplemente, una fábula de poeta rudo.

Verdad es que numerosas fábulas pasan hoy en concepto de hechos o cosas reales. La "Ilíada", de Homero, sin ir más lejos, habla de una "Guerra de Troya" que duró diez años, término excesivamente breve, un suspiro, dada la inmortalidad del poema épico extraído al drama ficticio de aquella lucha.

¿No será Catamarca algo así como el famoso "Jardín de las Hespérides", ya que sus naranjales lucen tantas manzanas de oro, al decir de los cronistas?

Pero, ¡cómo inventan los poetas! ¡Ellos nos obligan a recibir sus fábulas, admirar sus cuadros descriptivos, gozar y padecer con las alegrías y amarguras de sus personajes, sin más carne y huesos que los de la fantasía!

La historia misma, carcelera incorruptible de la verdad, abre su seno a las creaciones de la imaginación artística y también a otras de origen menos elevado. Alguna razón debieron tener Volney y Juan Jacobo Rousseau para profesarle, el primero, tan crudo escepticismo, y decir de ella, el segundo, que es el arte de elegir entre muchas cosas falsas, la que más se parece a la verdad.

Sabido es que Schlégel, apartando los ojos del grave rostro de Clío, echó al fuego sus manuscritos, debido a una decepción del testimonio humano.

Por otra parte, en orden a cosas mitológicas, nadie sería osado a poner en duda la existencia misma de la fantasía. Así, "La expedición de los argonautas", "La guerra de los siete jefes", "Los dientes del dragón convertidos en soldados", siendo pura fábula, se hallan dotados de una existencia más segura que la de los nacimientos y matrimonios pasados por el registro civil.

Yo no sé si Catamarca es verdad o es mentira, inclinándome a creer lo último, por muchos motivos (que tal vez tuviera tiempo de decir) y, a pesar de que el historiador afirma la realidad de su existencia, llegando hasta hacerle figurar como décimocuarto estado en la formación de la nacionalidad jurada por el Congreso de Tucumán, es decir, *le quatorzième*, del famoso banquete de la independencia, en cuya mesa se le dió asiento al sólo efecto de conjurar el temor supersticioso de la Cena y los trece apóstoles.

En París, *le quatorzième* es personaje anónimo, listo para cenar dondequiera, cuando no son más que trece los comensales.

Tengo para mí, entre ceja y ceja, que la idea de Catamarca es una creación mítica de los diaguitas o los calchaquíes, y la historia, conforme con su oficio de recoger todo lo que encuentra a su paso, sea cierto o incierto, dice que esta graciosa Golconda fué fundada en 1633 y refundada por Fernando de Mendoza Mate de Luna en 1683, con el nombre de "ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca", con sitio para iglesia, convento y casa consistorial, después de lo cual corrieron días larguísimos de notable ineptitud.

En ellos, con todo, resonó el grito de Mayo, como sonoro Olifante a través de los llanos y montañas, se decretó luego el mes de América y, mientras los aniversarios patrios festejáronse a medias con el onomástico de "nuestro querido y venerado rey don Fernando", Belgrano batía a Pío Tristán, el 24 de septiembre de 1812, y San Martín preparaba en Mendoza el golpe aterrador de Chacabuco. Entretanto, Catamarca seguía dependiendo de Tucumán, asistía con Acevedo y Colombres a la *gran declaración* y continuaba sus días obedeciendo a la ciudad de San Miguel, sin haber fijado un signo de su personalidad. ¡Cosas de la mitología!

Así estando, eclosionaron los pujos libertarios del desorden. Tucumán se declaró república independiente; Santiago del Estero hizo otro tanto, y el contagio prendió con tan buena suerte que transformó a Catamarca en república, el 23 de agosto de 1821. Todo esto lo afirma la historia: puede que sea verdad.

Yo creo en Orestes, hijo de Agamenón, y en Clitemnestra, la esposa adúltera, castigada por el furor de su hijo; creo también en don Roldán, su Durandal y Roncesvalles; en el templo del Sol y sus doce Incas, cual otros doce pares de Francia, de modo que no me cuesta aceptar la fantasía relacionada con la existencia de esta mísera Arcadia que infunde amores y entusiasmos, propios de los tiempos heroicos.

Pero lo curioso es que yo me siento catamarqueño, a despecho de la ficción, como si en realidad existiera esta pequeña patria, dentro de la gran patria argentina, al igual y con la convicción del fanático que, por sus creencias o sus gustos, siéntese ultramontano o librepensador, partidario de los aliados o germanófilo, monarquista o republicano.

Yo soy catamarqueño, según me lo dice a grito límpido la conciencia, y respondo a la pregunta incógnita como Don Quijote, contestando al duque sobre si Dulcinea es o no una dama fantástica: "Sobre esto habría demasiado que decir; Dios sabe si existe o no en el mundo Catamarca y si es o no fantástica. Son cosas que no es menester examinar demasiado a fondo. Yo no la he engendrado, ni dado a luz, pero la veo y contemplo en mi espíritu tal como conviene que sea para reunir las virtudes que pueden hacerla famosa entre todas las provincias argentinas."



Nadie me pregunte más sobre este particular, porque aparte de no haber faltado nunca modos de justificar un amor que muerde el alma, milita en mi caso el hecho de ignorar cuándo tomó sitio en mi corazón aquella dulce fantasía.

Conozco, además, tantos amores inexplicables, tantas Venus adoradas en su increíble fealdad, tanta pasión hirviente aplicada a tristes objetos, que me siento cómodo, feliz en mi amor abstracto.

Cada uno ama como lo dicta su sangre, y así las personas, las cosas, las ideas, van haciendo nido en las intimidades del espíritu, como el pájaro en el follaje del árbol, que es todo su universo.

No puedo decir por qué vivo prendado de Catamarca. Si en el mito son bellas sus serranías, verdes sedales plegados a la corona de plata del Aconquija, y sus valles de una serenidad que sus bardos habrían elegido para cantar dulcemente, mentiría si dijera ser esa la causa de mi afición. ¿Sería, acaso, por sus personajes épicos, como Aquiles, Artus o Rolando? ¡No!

La tradición recuerda de un cierto fray Mamerto Esquiú, y aunque ello fuese una realidad autenticada por los sellos latinos de la oratoria sagrada, en modo alguno explicaría la causa de mi adhesión, mucho más inclinada a encenderse al influjo de las cosas humildes que al de la vanagloria alegre y bulliciosa.

Vuelvo la mirada hacia adentro, donde siento agitarse la comezón tierna y misteriosa que es claro rumor de alma enamorada, y procuro descubrir qué imán, qué galvanismo me apega a Catamarca, experimentando la humillante decepción de mi ignorancia. No lo sé, ni lo comprendo.

Si nunca tuvo héroes en su leyenda, ni artistas, ni riquezas deslumbrantes; si el progreso no se detuvo a surtir sus fuentes; si la libertad pasó, como golondrina veraniega, sin plantar morada; si la ciencia, Ashaverus de los pueblos y los mitos, no dejó caer uno solo de sus granos de oro sobre los campanarios vecinos de las madrugadas; si no hay un rin-

(Continúa en la pág. 48)

Esta provincia, cerrada entre la cordillera de los Andes y la sierra de Aconquija, presenta, en general, un aspecto montañoso.

Limita, al norte con la gobernación de los Andes y Salta, ál este con Tucumán y Santiago del Estero, al sur con Córdoba y La Rioja, al oeste con Chile, separada por la cordillera andina.

Su población asciende a 100.391 habitantes y su superficie a 78.162,188 kilómetros cuadrados, divididos políticamente en 15 departamentos.

Su clima es cálido y seco en los valles, templado en las alturas y frío en las mesetas andinas.

Entre los ríos que lo cruzan, merecen citarse por su importancia el Santa María, el Belén y el Colorado.

En esta provincia hay valiosos yacimientos de estaño y minas de hierro, azufre, mármoles, platino, plomo, níquel, oro y plata.

La producción, tanto animal como vegetal, es regular, debido a la escasez de transportes.

ILUSTRACIONES DE CONTRERAS

Según el señor Evar Méndez — el reputado escritor que firma el artículo que ocupa la presente página. — Mendoza podría dividirse en cuatro grandes períodos históricos, a contar desde su fundación en 1561, por el llamado "muy magnífico señor Pedro del Castillo, Capitán Teniente General" en las provincias de Cuyo dependientes de Chile, hasta el malhadado y memorable día en que el terremoto de 1861 arrasó la ciudad y acabó con sus moradores. Mendoza, como es sabido, es una de las provincias que más destacada actuación tuvieron en la historia, considerándose una de las más ricas en agricultura, industria y comercio.

MENDOZA

POR EVAR MENDEZ



LA CIUDAD DE MENDOZA EN 1860

TARDA en escribirse la historia de Mendoza, país ilustre, heroico entre todas las regiones argentinas. Sus glorias, sus títulos magníficos, duermen un sueño que ya es de siglos. En las vidas de hombres próceres, en las páginas de historia nacional, apenas se esboza el carácter de su tierra, la índole y el mérito de sus hijos, sus acciones gloriosas, y no está fijado ni se concreta aún en el espíritu nacional el criterio con que habrá de juzgarse su particular grandeza y su contribución a la grandeza de la patria. Permanece Mendoza desconocida cuando no calumniada. Se ignora comúnmente los orígenes y las transformaciones de este pueblo, que atravesó las mayores vicisitudes. Y no existió, en verdad, ningún otro más castigado por los hombres, extranjeros y nativos, y por las ocultas fuerzas naturales, ni país argentino de más enérgica vitalidad, puesto que se reconstruye sucesivamente en sus trescientos sesenta años de existencia; se rehace y se supera; y su capital rivaliza en riqueza, progreso, civilización, con todas las capitales provinciales.

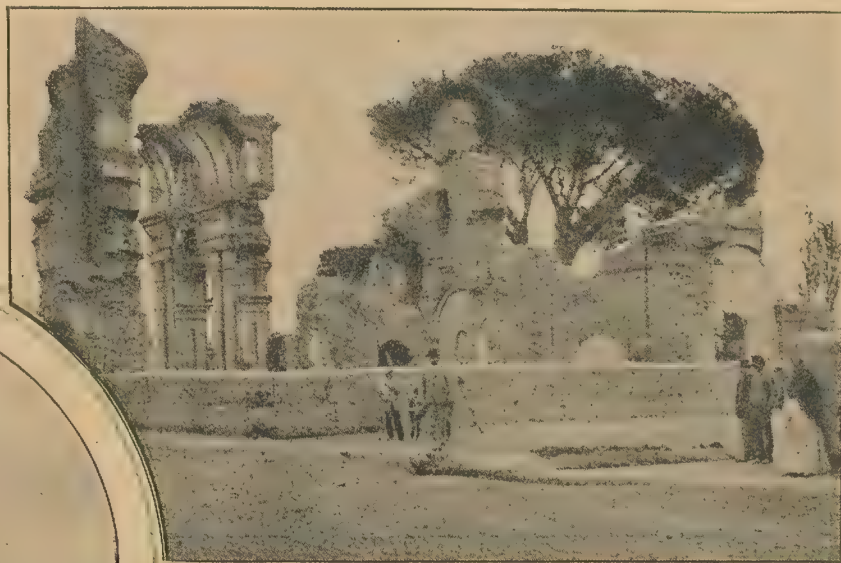
Su vida pudiera dividirse en cuatro grandes períodos históricos: poco más de dos siglos de conquista y coloniaje, a contar desde la fundación, en 1561, por el llamado "muy magnífico señor Pedro del Castillo, Capitán Teniente General" en las provincias de Cuyo, dependientes de Chile; medio siglo desde la dependencia del Tucumán: vida colonial, más organizada, rudimentario desarrollo agrícola y comercial, época de la revolución de Mayo, militarización de su pueblo, era de San Martín, Mendoza heroica; otro casi medio siglo de anarquía, barbarie y regresión, en que toda aquella grandeza rueda deshecha por obra de la guerra civil, terror de la tiranía rosista, torpezas del fraile Aldao, cuando se elige su suelo para combates de las montoneras de Facundo, el Chacho, las tropas rebeldes o reaccionarias de Lamadrid, Acha, Benavídez y tantos otros jefes militares y caudillos, hasta el día fatal en que el terremoto de 1861 acaba con la ciudad y sus pobladores, y que habría de inspirar una augusta elegía a Olegario Andrade, el primero y más alto cantor de Mendoza, y de sus cóndores, que anidan en los Tupungatos y Aconcaguas familiares, y las proezas de sus hijos, que tuvieron por escenario las gigantescas montañas.

Mendoza se hundió en las tinieblas —y de aquí partiría el cuarto y último período,—mas para surgir de nuevo, con una belleza y un poder distintos. De aquella capital histórica de Cuyo, la vieja ciudad de San Martín, sólo quedarán algunas ruinas, las de los seculares conventos de San Agustín y Santo Domingo, en medio de las cuales todavía se eleva un alto pino tricentenario, frente a la Plaza Mayor — hoy Constitución, — donde juró la bandera el Ejército de los Andes.

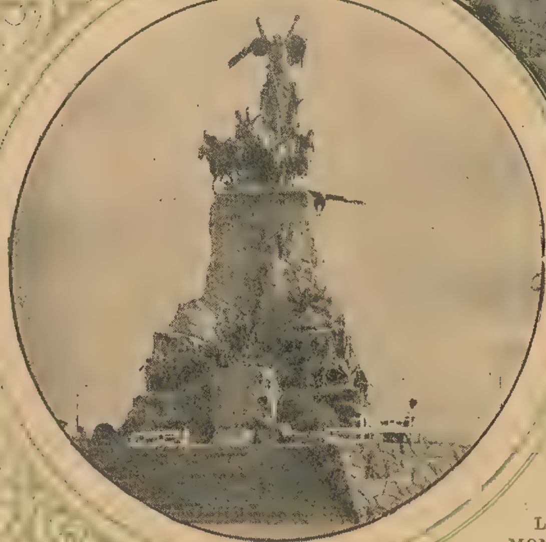
Esta Mendoza, que data de poco más de medio siglo, alejada de la antigua, que ahora es suburbio y barrio viejo, hacia el oeste — primeras planicies de la distante cordillera, muralla azul a lo lejos, sobre la cual se dilatan los más maravillosos crepúsculos,—es la actual. En cincuenta años organizó su vida, transformó su existencia anterior, desde las raíces de su población hasta la menor de sus instituciones. Es la Mendoza moderna, digna de la metrópoli porteña en sus costumbres civilizadas, su cultura, sus gustos y en su orientación hacia un porvenir de mayor progreso y prosperidad, más brillante todavía: tal es la fe que inspiran su naturaleza pródiga, las entrañas de su suelo, que entregarán a quien quiera tomarlos los minerales rutilantes, como entrega ahora savia en raudales a las vides, en cuyo fruto moreno o blondo se concreta la esencia misteriosa de la tierra y el sol fecundante, fuente de vida y alegría inagotable, venero de oro.

Mendoza agrícola, industrial y comercial de ahora, se respalda en un pasado admirable que pocos conocen y nadie recuerda. No se sospecharía ni se concibe frente a la paz inmensa de sus pueblos y sus campiñas, donde los viñedos fructifican, una antigua Mendoza rebelde, tumultuosa, gestadora de hazañas las más heroicas y grandes de que haya memoria en América. Sus anales registran el grito de libertad y la acción de rebeldía contra el dominador español más antiguos en el Nuevo Mundo. Los indios huarpes, nativos del territorio, aquellos altos y velludos aborígenes, pacíficos, industriosos, orfebres, mineros o pastores, que pintábanse de verde el rostro barbado, adoraban el Sol, el Dios de las Tempestades, y eran dados al culto fálico, después de cien años de trato bestial e inicua explotación de los encomenderos, se alzaron contra el opresor. Rompieron la aciaga sumisión, uniéndose para guerrear fieramente con las tribus del norte hasta los calchaquíes, en 1632, verificando un gran levantamiento, no para vengar el despojo de sus tierras, que buenamente entregaran, casi cien años antes, los caciques Ocoyunta y Allalme, en el sitio que se llamó antaño Güentota y hoy Mendoza, sino para hacer cesar los crueles tratos, los rudos trabajos, la forzada expatriación que obligábanles a cruzar a pie los Andes, para ir a servir a amos desconocidos, verdaderos martirios que extinguían la raza. Esta primera tentativa americana de expul-

(Continúa en la pág. 34)



RUINAS DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO



CERRO DE LA GLORIA. MONUMENTO AL EJÉRCITO, EN LOS ANDES

Pertenece al grupo de las provincias andinas y está situada entre los 32° 19' y 37° ½ de latitud sur y 60° ½ y 70° ½ de longitud occidental.

Limita al norte con San Juan, al este con San Luis, al sur con la Pampa y el Neuquén y al oeste con la cordillera de Los Andes, que la separa de Chile.

Tiene una población de 292.717 habitantes y una superficie de 185.046 kilómetros cuadrados.

Su orografía la constituye el "sistema andino". Por su aspecto esta provincia se asemeja a todas las de la región, siendo maravillosa por sus encantos naturales.

Divídese en diez y siete Departamentos y Distritos; cuenta con ríos tan importantes como el Desaguadero, el Grande y el Colorado, y se distingue, lo mismo que San Juan, por su producción de vinos.

Entre sus principales fuentes merecen citarse las de Puente del Inca y las de Villavicencio.

CÓMO SE CELEBRA LA NAVIDAD EN EL MUNDO

LA NAVIDAD EN BRETAÑA

POR JULES CLARETIE

Es en Bretaña. A la pequeña iglesia del pueblo ha acudido la buena gente, pescadores la mayoría de ellos, para celebrar la Natividad y escuchar, entre los modestos exvotos, la misa anual de medianoche.

Ruge, quizá, el mar afuera. Ráfagas de viento, encajonándose, hacen gemir las voces metálicas del campanario que, gris en verano, tiene esta noche, sin duda, su blanco atavío de nieve. Y tal vez la nieve golpee en los "vitraux" engastados en plomo.

Los marinos no oyen, no sienten la amenaza de la tormenta en su cólera invernal. La voz del órgano los tiene encantados, el altar iluminado con cirios los hipnotiza.

Y las mujeres rezan por el regreso de los zagales que han partido, por que los que han ido a Terranova vuelvan a ver los campos cubiertos de retamas doradas del país.

Brizeux ha cantado esta Navidad de Bretaña que el artista contemporáneo evoca con el mismo encanto del poeta de "María".

Él ha sentido en los labios agrietados de los pescadores las palabras de esperanza y de ternura, el grito de amor que se extiende a través de los tiempos:

"¡Paz sobre la tierra a los corazones de buena voluntad!"

Al claror de la luna pálida, por el camino helado — y para encontrar en el sitio de costumbre a su María con la cofia blanca y a Jesús en su pesebre, — ha seguido a través de los eriales el largo cortejo de pescadores que se dirigen, linterna en mano, a la misa de medianoche, y esta visión de la modesta iglesia llena de pobres gentes que inclinan sus desnudas frentes, esta escena de conmovedora intimidad, el poeta la ha observado, la ha notado llorando, porque en esta noche de Navidad buscó en vano a la joven de Pont-Kerlo entre los fieles arrodillados.



Su ensueño ha terminado...

El sueño para los pescadores de Armórica recomienza todos los años, y todos los años, allá, en la pequeña iglesia, Yann y Gand, las bienamadas de Loti, rezan juntas por el reposo de los viejos, por el alma de los difuntos, y saludan el pesebre donde el Niño, venido al mundo para salvar a los hombres, les sonríe tendiendo hacia ellas sus pequeñas manos pletóricas de esperanzas.

La esperanza, el viático de la humanidad en marcha.

Y todos nuestros recuerdos de la infancia se reaniman a la vista de este cuadro de los humildes. En Périgord o en Limousin vese la larga caravana de gente que se dirige a la misa donde están marcados en los bancos de familia los nombres de los ancianos.

Y el cántico se eleva, la tradicional Navidad del paisano:

"¡Ha nacido el Niño divino!"

el canto de advenimiento de Aquel que dará su vida por el mundo.

Es también el saludo al Año Nuevo que se aproxima, a los días más largos que llegan: "A Nataud, d'un pêi de jand..."

En Navidad, los días se alargan, el gallo canta más temprano.

Y sus estridencias parecen cantar al Año Nuevo con el grito jubiloso del país de Gales.

Las Gobernaciones

Para los extranjeros y aun para muchos argentinos, las gobernaciones, tanto las del norte de nuestra república como las del sur, significan inmensas selvas vírgenes, o por lo menos inhabitables para el hombre civilizado, o si no grandes llanuras, ya de arena, ya de nieve. Sin embargo, nada más erróneo; es verdad que nuestros territorios tienen sus grandes bosques y sus grandes llanuras inhospitalarias, pero ya hace mucho tiempo que ha llegado a ellas la civilización, con sus correspondientes adelantos. El presente artículo del señor Ernesto Mario Barreda es una breve historia de nuestras gobernaciones.

POR **ERNESTO MARIO BARREDA**

LAS gobernaciones han constituído por largo tiempo una región hasta cierto punto legendaria.

Si era en el norte, nuestra imaginación se poblaba de bosques vírgenes, donde moraban los salvajes entre insectos dañinos y reptiles venenosos.

Si era en el sur, se nos ocurría pensar en grandes llanuras, ora de arena, ora de nieve, que las tropas de guanacos recorrían y los turbiones del viento convulsionaban. Y aun parecía resonar en ellas el alarido del indio, con el trágico resplandor del incendio y el pillaje...

Después, hemos oído hablar de ferrocarriles, de estadísticas ganaderas, industrias poderosas, huelgas... Toda una vida moderna, casi avanzada. Razas exóticas venían a mezclar su esfuerzo y su sangre con la vida ruda y primitiva de las regiones; idiomas extraños, portadores de la más progresista civilización, resonaron en las soledades; hombres de ojos azules, hombres de ojos negros, roturaban el desierto, cultivaban la selva, taladraban las entrañas de la tierra, para descubrir el yacimiento...

Las gobernaciones empezaron a surgir bajo un nuevo aspecto, siempre legendario si se quiere, pero distinto. Evocaban ahora visiones del Far-West—Californias y Oklahomas—con sus mineros, leñadores, vaqueros, gente toda aventurera y de gran temple, que llevaba la civilización con el arado y el hacha del colono, la piqueta y la pala del cateador, y el largo caño de sus revólveres...

Así también lo hemos tenido en nuestra tierra, y las noticias del telégrafo, que nos hablaban de explotaciones petrolíferas, del cultivo del algodón o de la instalación de un frigorífico, también nos han conmovido relatando algunas sublevaciones de presidiarios, o una persecución de bandidos, con visos espeluznantes de cinematógrafo...

Han pasado muchos años, y uno se pregunta: ¿Ninguna de estas gobernaciones ha llegado aún a la mayor edad? La carta orgánica, que les fijó sus condiciones para ingresar en la categoría superior, ¿por qué no se cumple, si ya se han llenado tales exigencias en alguna de ellas?

En realidad, no sabemos si la felicidad de esos territorios depende de su exaltación a un rango más elevado. Comparando la pecuaria paz de la Pampa, la arborícola quietud de Misiones, con el perpetuo caos de algunas provincias, uno se pregunta si el ideal político del país no sería más bien hacer de cada provincia una gobernación.

Mientras tanto, el progreso avanza en ellas y sus riquezas ganaderas suman ya millones de cabezas; sus industrias forestales nos hablan de grandes cultivos de yerba mate, de algodón; el petróleo de sus explotaciones mineras mueve hoy casi toda nuestra fuerza motriz que hasta hace poco marchaba al vapor; y las frutas, pieles, maderas, producen allí sus ejemplares más raros y preciosos.

¿Cuál es la más poblada de ellas? La Pampa, con 120.000 habitantes. Es la hermana mayor. Su riqueza ganadera y agrícola extrae toda su fecundidad de la tierra cultivada. Sus enormes rebaños, sus grandes alfalfares, cubren la interminable llanura, sólo interrumpida a ratos por el achaparrado bosque de caldenes o el médano arenoso, que los vientos remueven y cambian de lugar. Ella constituye lo que se llama la "pampa central" y hace rato que, de acuerdo con la Constitución, podría ser provincia. Dejémosla así, con sus dos millones de hectáreas cultivadas, sus tres millones de cabezas de ganado y sin emisiones clandestinas...

PINTORESCA VISTA DE UN PLANTÍO DE FRUTALES, EN CIPOLLETTI (RÍO NEGRO)

FRONDOSOS Y GIGANTESCOS ÁRBOLES DE LAS REGIONES BOSCOSAS DEL NEUQUÉN

DIB. DE VÍCTOR MACAYA

La primera en extensión es Santa Cruz, aunque en población es casi la última. Sus 243.000 kilómetros cuadrados la aproximan a Buenos Aires, y la hacen mucho mayor que cualquiera otra provincia. Tan enorme territorio cuenta poco más de diez mil habitantes. Un desierto... Por él vagan las incontables manadas de guanacos que, al bajar desde la cordillera en busca de mejores pastos, hacen retemblar la llanura con su acompasado galope. Allí los grandes bosques de robles, de cedros, en la región de los lagos más pintorescos. Bajo el rigor de los fríos intensos, su llanura, que en invierno se cubre de nieve, es propicia para la cría del ganado lanar, que cuenta con 5.000.000 de ovinos, cuya lana da un vellón de mucho valor. Posee, en la costa, varios frigoríficos. Últimamente fué agitada por conflictos obreros, sofocados por el máuser del gobierno federal.

Misiones, en cambio, tiene la capital más poblada: Posadas, con 20.000 habitantes. Territorio de ingentes riquezas vegetales, en su zona, subtropical, se dan con gran exuberancia la yerba mate, el tabaco, las frutas. Y en sus bosques hay preciosas maderas de construcción. Y la naturaleza le ha dotado de una maravilla: las cataratas del Iguazú, fantástico despeñadero de aguas, donde pinta el sol múltiples arcoíris entre nubes de mariposas. Y de un pasado histórico: las misiones jesuíticas, que aun muestran la ruina de sus templos, agrietando lentamente los muros caducos, por donde se reatan lianas trepadoras y se abren paso los troncos seculares.

Centro de gran actividad comercial, sus yerbales, sus obrajes, mueven capitales poderosos, ponen en acción gran cantidad de brazos, y hacen cada día más numerosa la corriente humana que se mueve hacia allí, atraída por el reflejo del "oro verde", o estimulada por los encantos del turismo.

Lindando con el Paraguay y el Brasil, la gobernación de Misiones es el centinela avanzado del noreste, que custodia los límites de la república.

Las gobernaciones abarcan en conjunto una extensión de 932.326 kilómetros cuadrados y tienen una población de 207.963 habitantes.

De todas ellas, la más destacada por su población y su comercio es la de La Pampa, a la que siguen las de Neuquén y Río Negro.

En cuanto a los territorios, éstos abarcan un espacio de 218.800 kilómetros cuadrados, con una población de 176.563 habitantes, estando, por la proporción de su territorio y su población, en mejor situación que las gobernaciones.

¿Quién al pronunciar la palabra Chaco no ha sentido su imaginación poblada por regiones pantanosas, bajo un sol de fuego, atormentadas por nubes de mosquitos y hostilizadas por la flecha del toba?

Por largos años, el Chaco guardó su misterio. Desde la conquista, aventureros españoles y portugueses trataron de penetrarle, buscando sus tesoros tan difíciles como quiméricos... Y entre nosotros aun está fresco el final trágico de Ibarreta. Otros exploradores le han recorrido buscando bosques de quebrachos, y después de una terrible travesía por los esteros y lagunas, un grupo de hombres escuálidos, agotados por la fiebre, martirizados por los jejenes, han aparecido para contar historias vagas.

(Continúa en la pág. 35)

EL DEPORTE EN EL AÑO 1923

POR LUIS DEL VALLE

LA AFICIÓN DEPORTIVA EN NUESTRO PAÍS

UN brillante año deportivo ha sido en la Argentina el que fenece.

Hace no muchos años, la afición por el deporte se manifestaba entre nosotros casi exclusivamente en el "foot-ball". Actores y espectadores fueron por largo tiempo en nuestro país los más numerosos y entusiastas los dedicados, en el que por cierto hemos contado valiosos campeones; y hoy mismo, por razones fáciles de comprender, sigue siendo el "foot-ball" el que mayor cantidad de aficionados reúne, no habiendo logrado desalojar de la atención popular los últimamente introducidos y también interesantes, como el "basquet-ball" y el "rugby".

De un tiempo a esta parte, la afición deportiva argentina se ha extendido a muchas otras manifestaciones, lograron sobresalir hasta en juegos que, como el "tennis", el polo o el "box" no parecían adecuados a nuestra idiosincrasia; y hoy, puede decirse que todos los deportes nobles son practicados aquí, y todos con inteligencia y eficacia.

EL PROFESIONALISMO EN EL DEPORTE

AUNQUE no nos proponemos dar una estadística detallada de la práctica de los deportes en 1923, que estaría fuera del carácter de esta revista, deseamos hacer mención, siquiera, de los principales acontecimientos deportivos del año entre nosotros; pero antes, no estará demás acaso que nos refiramos a dos cuestiones importantes que preocupan a todos los interesados en la buena marcha del deporte.

La primera cuestión es la del profesionalismo, suscitada principalmente entre los boxeadores. No quisiéramos pecar de candidez censurando sin más toda clase de actuación profesional en el deporte. Lo ideal tal vez fuera el hombre que se gana la vida en ocupaciones comerciales, industriales, oficinescas, etc., y el domingo practica por mera diversión un juego deportivo. Esto es, por lo menos, lo que anhela la moral corriente. Pero a tal hombre, entregado durante la semana a otros quehaceres, fácilmente se le opone otro que con especialidad, si no por entero, se dedica a practicar el mismo juego y lo vence, y es natural entonces que por emulación surja el profesional que hace del deporte su ocupación única y su medio de vida.

Quiere decirse, pues, que el profesionalismo es fatal, desde el momento en que la eficacia se mide por los resultados. Sin embargo, también tienen razón aquellos a quienes el puro afán del lucro en los deportistas, les causa repulsión. Se ha hecho de muchos deportes un negocio lucrativo, y esto es innoble. Lo que correspondería, para conciliar la necesidad y la moral, sería, no combatir el profesionalismo, sino adecentarlo. ¿Cómo? Esto ya sería asunto de educación individual.

LA DISCORDIA ENTRE LOS "FOOT-BALLERS"

EN el "foot-ball", como decimos más arriba, hemos tenido destacados jugadores que han hecho un papel airoso ante buenos jugadores extranjeros. Actualmente, los tenemos también. Sin embargo, en conjunto nuestros equipos no suelen dar resultados que correspondan a la competencia individual. La causa, ya se sabe, es la división reinante entre ellos, agrupados en dos asociaciones. Para que las dos asociaciones subsistan, se requiere la formación de muchos "teams", y la numerosa formación de "teams" dispersa las fuerzas.

En el transcurso de 1923 se ha hablado, al parecer con fundamento, de una probable unión de las dos instituciones del "foot-ball" argentino. Si tal objeto se lograra, lo que la práctica de este juego mejoraría entre nosotros sería considerable. Es de esperar, pues, que de ambas partes se depondrán resistencias y que, al fin, unidos, nos depararán verdaderos torneos en que se pongan de manifiesto el arte y la cultura propios del noble deporte.

LOS CAMPEONES DE NATACIÓN

EN 1922 tuvimos la sorpresa de los jugadores de polo: cuatro argentinos, de excursión por Europa y Norte América, practicaban ese juego hasta entonces escasamente difundido en nuestro país y batían a los campeones mundiales.

Poco más o menos por el mismo tiempo tuvimos la sorpresa de los nadadores: un criollo puro como Maciel, batía tres "records" mundiales de natación: resistencia, permanencia y distancia. Bastante más que el polo se había cultivado ya la natación entre nosotros, y es de estricto deber recordar en este instante a Tiraboschi, verdadero propulsor de la natación en Buenos Aires y a quien nuestra juventud debe las mejores enseñanzas en este deporte. Con todo, no éramos, por así decirlo, país de nadadores. No tenemos costas pesqueras en el tradicional sentido del término, y en la costa más poblada la afición a nadar no es naturalmente intensa. Fuera de Maciel, que desde niño vivía en el agua en su Corrientes, los demás campeones con que contamos son producto de vocación provocada y de educación. No exageraremos si en general decimos que nuestros nadadores han aprendido su arte en piletas bajo techo. ¿Cómo era, pues, que así, de pronto, aparecían tan excelentes campeones?

Pero 1923 todavía nos deparó mayor sorpresa al ver en él superadas las hazañas de natación del año anterior. En febrero, Vito Dumas, habiéndose lanzado al agua en la Colonia, acompañado del subteniente Luis F. Garramendi y del uruguayo Elio Pérez, que resistieron menos, se mantuvo nadando veinticinco horas y diez y siete minutos, con lo que conquistó el campeonato mundial de permanencia y casi logró atravesar el río de la Plata, como era su propósito. Cuatro días después, el santafesino Pedro A. Candioti mejoraba la hazaña, manteniéndose a nado veintiséis horas en agua del Paraná.

Y más sorprendente aún es que a estas pruebas masculinas siguieron muy de cerca las de mujeres en el mismo deporte. En efecto, por los mismos días de las hazañas de Dumas y Candioti, la señorita Lilian Hárrison, en recorrido de Zárate al Tigre permanecía veintiuna horas y veinte minutos en el agua, lo que ya era "record" mundial femenino, y al mes siguiente, la señorita Ana Gutbrod, nadando en el Paraná, desde Canal Arias al río Luján, alcanzaba a sostenerse veintiuna horas y cincuenta minutos.

Se trata, como puede verse, de triunfos que enaltecen tanto las condiciones físicas como morales de nuestra juventud.



VITO DUMAS, NADADOR ARGENTINO, QUE ACTUALMENTE DETENTA EL "RECORD" DE PERMANENCIA EN EL AGUA



SRS. LUIS LACEY, JUAN D. NELSON, L. MILES Y JUAN B. MILES, QUE CONSTITUYEN EL EQUIPO CAMPEÓN DE POLO, Y QUE OBTUVIERON EL AÑO ANTERIOR GRANDES TRIUNFOS EN INGLATERRA Y NORTE AMÉRICA



EL TEAM CONSTITUÍDO POR D. CALDANO, R. CASTAGNOLA, J. VAN KAMENADE, E. MATOZZI, G. RONZONI, L. MONTI, A. CARRICABERRY, L. ACOSTA, P. OCHOA, M. SEOANE Y R. ORSI, DE LA ASOCIACIÓN AMATEURS, QUE CLASIFICÓ A LOS PORTEÑOS CAMPEONES ARGENTINOS DE FOOT-BALL



ENRIQUE TIRABOSCHI, EL NOTABLE NADADOR ARGENTINO, QUE TRAS LA SERIE DE TRIUNFOS OBTENIDOS ENTRE NOSOTROS, REALIZÓ, A MEDIADOS DE ESTE AÑO, LA TRAVESÍA DEL CANAL DE LA MANCHA, CON EL MAYOR DE LOS ÉXITOS

EL "FOOT-BALL"

HA sido un año rico en acontecimientos para nuestro "foot-ball" también. Fuera de los partidos jugados en disputa por los campeonatos nacionales de las dos asociaciones, nuestros "foot-ballers" se han medido sin desventaja con dos equipos europeos: escocés el uno y genovés el otro. La presencia de los genoveses, sobre todo, en nuestras canchas, ha sido novedosísima, pues era la primera vez que veíamos actuar a estos reputados jugadores.

Los acostumbrados encuentros con equipos uruguayos, en los que la victoria suele alternar equitativamente, podemos considerarlos como encuentros entre los de casa.

Fué novedad grata asimismo en el año 1923 la reaparición del famoso Alumni primitivo, no por cierto como reaparición de competidores, sino de figuras próceras de nuestro "foot-ball".

EL "BASKET-BALL"

HASTA hace tres o cuatro años, sólo en algunas instituciones deportivas se jugaba en la Argentina el "basket-ball". Hoy está sumamente difundido. Existe una liga especial de "basket-ball", con su campeonato anual, y hay algunos clubs destacados,



SEÑORITA JULIETA EZCURRA Y SEÑOR CARLOS DUMAS, NOTABLES JUGADORES DE "TENNIS", QUE HAN CONQUISTADO EL TÍTULO DE CAMPEONES DEL AÑO

con excelentes jugadores, como el Indú y el de la Asociación Cristiana de Jóvenes.

EL "WATER-POLO"

CORRELATIVAMENTE con la natación, va desarrollándose este deporte, también de reciente introducción y ya con buenos equipos, como el del Club de Gimnasia y Esgrima y la Y. M. C. A.

EL REMO

DESPUÉS del "foot-ball" es el deporte que más aficionados atrae en nuestro país. En los domingos de temperatura apacible, ningún espectáculo tan hermoso como el que ofrecen las aguas del río Luján o Santiago, con su multitud de embarcaciones de remo tripuladas por vigorosos jóvenes que disfrutan, llenos de regocijo, del aire y del sol. Ninguna fiesta deportiva tampoco como las que se realizan con ocasión de las regatas nacionales e internacionales en el Tigre.

El cultivo del remo, en 1923, nos dió la victoria llamativa sobre los valientes remeros uruguayos. Como se recordará, en las regatas internacionales de Montevideo, celebradas en marzo, sobre ocho carreras del programa, siete fueron ganadas por tripulaciones argentinas.

AUTOMOVILISMO

SE practica asimismo con gran entusiasmo en la Argentina. Las famosas carreras Buenos Aires-Rosario-Buenos Aires, y Circuito Morón, congregan a los más diestros volantes y mantienen vivo el interés general. En la primera resultó vencedor este año Guillermo Burke, y en la segunda, la pareja E. Blanco y T. Taddia.

EL "TENNIS"

A pesar de la difusión que este deporte ha adquirido en nuestro ambiente, es por ahora el que más ajeno se mantiene al profesionalismo, sin duda porque la mayoría de sus aficionados son gente pudiente y también, quizá, porque en él intervienen en mayor número que en los demás las mujeres. El "tennis" sí puede decirse que es un juego para domingos y festivos. En el año 1923, sus campeones argentinos han resultado ser la señorita Julieta Ezcurra y el señor Carlos Dumas.

EL "GOLF"

HE aquí el más recatado de los deportes. Como debe practicarse en regulares extensiones de tierra desiguales, si es posible con montañitas y bosquecillos, no hay probabilidad de que atraiga un público numeroso. Es, en substancia, un intento de excursión al campo dentro de la ciudad, y rodearlo de espectadores implicaría una contradicción. Por eso, en general, nuestro pueblo no está enterado realmente de que también aquí se practica el "golf". Lee las noticias que de los partidos y jugadores dan los diarios, y sigue creyendo que se refieren irónicamente a esas caricaturas de graves señores con gorra, "breech" y polainas que, acompañados de un pilluelo con cilindro lleno de palos a las espaldas, aparecen en las revistas inglesas.

Sin embargo, el "golf" se juega también entre nosotros con gran entusiasmo y habilidad. Su campeón en el año que fenece ha sido el Sr. J. J. Cruickshank.

I. COMAS, J. GIL, J. C. DE LA RIVA, R. GIANAZZA Y A. ERRECALDE, REMEROS DEL CLUB DE REGATAS LA MARINA, QUE SE ADJUDICARON LA COPA AMÉRICA

ATLETISMO

LA intervención airosa en cualquier prueba atlética importa una dedicación más constante y metódica que en los juegos deportivos. Tal vez por esta causa, nuestra juventud, más dada al impulso entusiástico que a la tenacidad constante, no se destaca en las pruebas atléticas a la altura de los juegos deportivos, a pesar de poseer el campeonato sudamericano de atletismo, obtenido en las olimpíadas del Brasil.

Así y todo, tenemos individualmente algunos atletas de primer orden, entre los cuales merece mencionarse con especialidad Jorge Llobet Cullen, que en 1923 superó su propio "record" anterior de lanzamiento del martillo, con un alcance de 42,03 metros.

EL "BOX"

Y concluiremos con el deporte que, merced a Firpo, nos deparó en 1923 más intensas emociones. Numerosísimos han sido los "matches" entre boxeadores argentinos y de otros países sudamericanos que se efectuaron aquí en este año; pero todos palidecen con sus actores ante los combates sorprendentes de Firpo en Estados Unidos.

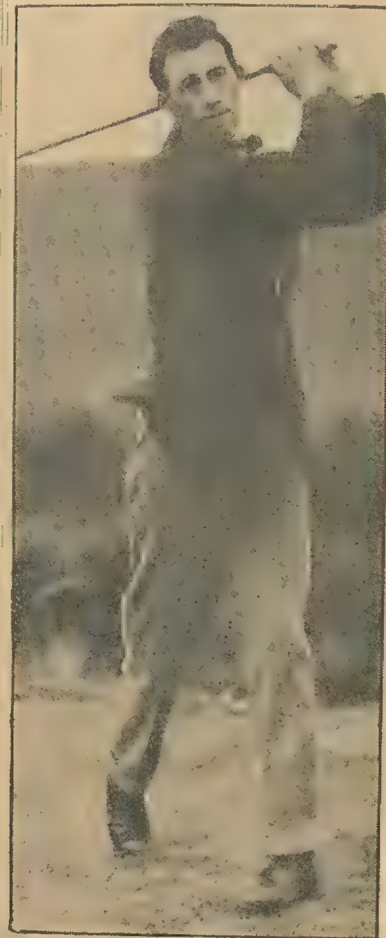
El "box" es acaso el deporte de que antes de la aparición de Firpo menos podíamos sospechar que llegásemos nosotros en breve plazo a contar con cultores de primera línea. En general, había la convicción de que ningún latino, no ya un argentino ni un sudamericano sólo, podría competir con los anglosajones en este juego, extraño por naturaleza, parecía, a las características de nuestra raza. La derrota de Carpentier en 1922 había venido a ahondar esa convicción.

Pero he aquí que cuando menos lo pensábamos, surge ese formidable muchachón de Firpo, surge de un pueblo de provincia, argentino y de padres latinos, se lanza resuelto hacia Norte América, hacia el centro mismo de los campeones mundiales, nunca vencidos por extranjeros; pelea con cualquiera que se le pone por delante; los vence a todos uno por uno, de una manera terminante, que no deja lugar a dudas, y llega a enfrentarse con el tremendo campeón.

Cada pelea suya era un nuevo motivo de incertidumbre. En las dos más importantes que realizó antes de tomarse con Dempsey — la de Brennan y la de Willard, — se temió que quedase cortada su fulminante carrera. No podíamos creer todavía que sus puños estuviesen destinados a competir con los del campeón mundial, que, por añadidura, era el campeón más fuerte y diestro que se vió nunca en los "rings".

Sin embargo, en cada una de esas circunstancias Firpo nos sacó de la incertidumbre con la victoria más resuelta.

Por fin, llegó el combate con Dempsey. Fueron momentos inolvidables de conmoción popular en el país. No exageraremos un ápice si decimos que en ese día 14 de septiembre no hubo en la Argentina un alma que permaneciese ajena al "match" entre los dos hombres de hierro. El que no se había tomado un interés directo, no había podido evitar el contagio del interés común. Francia, pueblo más culto que el nuestro y próximo todavía a la gran tragedia nacional de la guerra, no se conmovió menos que nosotros cuando su Carpentier se midió con el campeón.



SR. J. J. CRUICKSHANK, NOTABLE JUGADOR DE "GOLF", QUE HA SIDO CLASIFICADO CAMPEÓN "AMATEUR" DE "GOLF"

SEÑOR JORGE A. LURO, QUE SE ADJUDICÓ EL 7º CAMPEONATO LIBRE DEL KILÓMETRO



EQUIPO DEL "HINDÚ CLUB", QUE HA SIDO DECLARADO CAMPEÓN NACIONAL DE "BASKET-BALL" DE 1923

Cómo se celebra la Navidad en el mundo

LA NAVIDAD EN LA ETIOPIA

POR HUGUES LE ROUX

CON devoción extraordinaria espérase la celebración de la Navidad (en lengua amara: "lidette"), en la planicie etíope. Entre los siglos III y IV fué cuando Etiopia se convirtió al cristianismo. Y como su nueva religión le viniera de Bizancio, recibió piadosamente todos los ritos bizantinos y los adaptó a su simplicidad de tierra africana.

La fiesta celébrase en enero y dura ocho días. El emperador, sus "ras", sus "gratzmatchs", sus "dedjazmatchs", dirígense a la iglesia en gran atavío de guerra. Si bien es cierto que en el desfile los guerreros hacen conducir por un paje, ante ellos, una rodela de hipopótamo incrustada con láminas de oro o plata, también es cierto que a sus hombros llevan apoyada una carabina moderna, generalmente la Lee-Metford.

Los monjes y los religiosos conducen las imágenes santas tres veces alrededor de la iglesia y hacen besar estos iconos a la gente joven y a los devotos. El emperador da el ejemplo.

La ceremonia más característica de la Navidad etíope es el baño en los torrentes y en los ríos. Después de haber sido bendecidas las aguas y que se han arrojado flores en ellas, los jóvenes y las muchachas se arrojan desnudos al río. Al zambullirse, consideran que renuevan la ceremonia del bautizo.



En ocasiones, el emperador preside estas abluciones sagradas. Generalmente, ocurre entre los formidables festines, que se prolongan desde la mañana temprano hasta el anochecer, y se sientan a la mesa cada día de cuatro a cinco mil soldados.

Estos banquetes se sirven en un barco grande, todo de hierro y cerámica, llamado "Aderache", que tiene cincuenta metros de largo y treinta de ancho. Mesas redondas de junco se alinean como flores extrañas. Trompetas de madera—los "mellekat",—rectas como las trompetas en "Aída", anuncian la llegada de los convidados. El emperador está sentado al centro de un pequeño estrado y se le sirve aparte, en una mesita liviana. Está recostado, pues esta ceremonia le recuerda la bíblica Cena. Siente que comulga con su ejército. Y a fin de mantener despierto en los rudos soldados el respeto debido a la fiesta de Navidad, el emperador, durante estos banquetes, se coloca por breves instantes, tres veces por día, la pesada y simbólica corona imperial, bajo la cual parece realmente el hijo de Melchor, el Rey Mago de tez negra que llevó incienso y mirra a la cuna del niño Jesús.

El origen de los nacimientos

DE Oriente viene la costumbre de adorar los nacimientos, pero la institución del aniversario de Jesús nació en Roma, en donde se celebraba el día de Reyes, hasta que el papa Liberio la fijó el 25 de diciembre. Desde entonces, año 354, se celebra en esa fecha. El nacimiento estaba compuesto del niño Jesús en una cuna, sus divinos padres, pastores, una vaca y un burro.

En 1335, los dominicos de Milán añadían tres reyes a caballo, con elegante séquito y una porción de animales, costumbre que se extendió rápidamente a todos los países de Europa.

La Rioja

EL ALMA DEL TERRUÑO — LOS LLANOS — LOS COLORADOS — EL FAMATINA — LA CIUDAD DE TODOS LOS SANTOS

POR CÉSAR CARRIZO

La Rioja, ese pequeño pero rico y pintoresco estado argentino que hace más de trescientos años fundó don Juan Ramírez de Velazco, al pie del cerro que lleva su apellido, ha inspirado al señor César Carrizo, nuestro estimado colaborador, el artículo presente, que por su factura y el cariño con que fué escrito hacen de él un vibrante poema. Ciertamente, La Rioja es cuna de próceres y de caudillos que llenaron muchas páginas en el libro de la historia de la patria. A esta sin embargo modesta provincia debemos un Castro Barros y un Nicolás Dávila; de este rincón también surgieron El Chacho y Facundo, de larga fama los dos. Como para Sarmiento, para nosotros La Rioja tiene algo de la Palestina, y como para el señor Carrizo, tiene, además, algo del Paraíso Perdido y algo de la gran Castilla.

TIENE La Rioja un paisaje y un alma inconfundibles; y en ese paisaje y en esa alma late, vibra una emoción mística y heroica, y no sé qué humilde nobleza y bien plantada austeridad, como no hay ejemplo.

En lo hondo de los valles, y en el desamparo de las llanuras nació y creció un pueblo fuerte y lírico; hazañero en las horas de prueba; y en el amor, ingenuo y apasionado...

Los cerros fueron el yunque donde debía moldearse el temple de aquella gente; y el llano sin medida ni ley, su mejor ejemplo de libertad y romanticismo. Y este pueblo, nacido y modelado así, fué de generación en generación, creando un acervo de poesía y heroísmo, de valor y serenidad, que parece no tener mudanza, pero que se acendra a medida que pasan los años.

Sarmiento encontró a La Rioja un cierto parecido con la Palestina; pero ya veremos que el maestro tiene razón a medias; pues se olvidó de decirnos que además de parecerse a la Tierra Santa, tiene valles y hondonadas del Paraíso Perdido, y no sé qué semejanza con Castilla, la prócer. De ahí que hayamos dicho que su alma y su paisaje parecen armonizarse en una unidad de belleza mística y heroica.

Brotan la canción y el llanto, el gesto varonil y la caricia de seda, de alma tan profunda. Sale el arroyo del basalto duro, y el "ojo de agua" en pleno campo. Y he aquí, que si hemos de creer que los hombres tienen su espíritu de acuerdo con el paisaje natal, al punto vemos que el agua buena que mana de la roca, y la canción que viene de lo hondo del pecho, nos dicen que el pueblo, antes que monástico y enfermizo, es varonil y sensitivo; y que de su espíritu y de su carne — a manera del nacedor en la sierra — brota también una fuente de claras virtudes.

II

PERO viajemos, lector amigo. Vamos a la ciudad que fundó don Juan Ramírez de Velazco, al pie del cerro que lleva su apellido. Ninguna emoción como esta, de ir del Buenos Aires febril y fabril a la montaña. Hombres que marcháis de prisa, con el reloj en la mano y la zozobra en el corazón: no todo ha de ser vida de porcentajes y egoísmos, de ganancias y pérdidas. Vamos, pues, a tierra adentro, al soleado valle y a las villas humildes y calladas, donde la Historia, que marcha presurosa en las grandes ciudades, parece cual si se hubiera detenido a descansar junto a las viejas murallas y a la sombra de los árboles seculares.

Se parte para La Rioja, a la hora del crepúsculo. Al otro día llegamos a Córdoba. Atravesamos largo a largo la Provincia; y de nuevo se pone el sol, sobre unos montes lejanos. Otra vez la noche, una noche sin ruidos ni asechanzas, nos envuelve con su seda. Dormimos... Soñamos...

El tren corre ahora bajo un cielo donde las estrellas brillan con luz diáfana, y parecen, francamente, las lámparas de alabastro que los poetas de mi tierra han encendido en el firmamento de sus poemas. Por la ventana medio abierta, nos entra un aire rico de oxígeno y oloroso a retama y a flor de tuzca. Nuestro sueño es apacible, poblado de ángeles y quimeras; y sin que nadie nos lo diga, sabemos que ya caminamos sobre tierra riojana. A ambos lados de la vía férrea, y sobre el duro campo, hemos ido dejando pueblecitos de nombre aborigen. Y he aquí que nos despierta el último canto de los gallos, y queremos asistir al espectáculo de la aurora, derramando sus rosas de fuego y de oro sobre Los Llanos. Amanece. Cruzamos la tierra famosa que otrora andaron y desandaron las caballerías tres veces heroicas del año 30, del 42 y del 63, a cuyo frente, Facundo y El Chacho, afirmaron en rasgos definidos el linaje y las gallardías de la raza. Y estas caballerías — llámeselas montoneras, motíceselas de gauchas y plebeyas — tuvieron una idealidad, ingenua si se quiere, pero idealidad al fin; pues fueron los jinetes del campo, las huestes pastoras, y no los pelucones y los políticos de la ciudad, quienes supieron defender la autonomía de La Rioja con la lanza y las vidalitas de la tierra.

Los llanos nos hablan del pasado y del porvenir. Por sobre las jarillas, arbustos de propiedades milagrosas, ya que en el amargor de sus hojas está el elixir de la vida; y por encima de la tuzca y de la retama, con sus flores de oro, se alzan los algarrobos y se levantan los quebrachos. A su sombra desensillaron las huestes de Quiroga y de Peñaloza; después los ejércitos de Lamadrid y de Lavalle; y más tarde las tropas de Buenos Aires, al mando de Arredondo, Sandes, Campos, Ibarra, Irrazábal y tantos otros de pavoroso recuerdo.

Si penetráis en esos vastos campos, veréis que más allá de los quebrachales se alzan tres columnas de sierras. Por las quebradas y explanadas corren los toros y tamberas; y los rebaños de ovejas y cabras nos transportan a los tiempos de Abraham. Es la región pastora por excelencia. Pero son tales las propiedades del suelo, que basta el rocío — a veces — o un hilo de agua para que se eleve la mata florida y el árbol de buena sombra, la huerta doméstica y la dehesa. De ahí que en la paz de los valles, o junto a las represas y manantiales del llano, arraiguen las viñas y pomares, las higueras y naranjos. Y en Los Llanos está Malanzán, terruño de los caudillos y poetas. Y Olta, la de los mártires y hermosas mujeres.

Decíamos que esta región nos habla del pasado y del porvenir. Elévase de los campos algo como una canción legendaria y anunciadora a la vez; y tienen las anchas tierras no sé qué sugestión de entreveros épicos y de futuras cosechas. Y en la evocación, pasan las caballerías gauchas, con sus lanzas, sus tercerolas y guitarras; y en el ensueño se anuncian las generaciones del porvenir con un libro en la mano y una pala al hombro.

III

PERO ya me imagino, amigo lector, tu anhelo de llegar a La Rioja de todos los santos. El tren corre, mas no con la rapidez de nuestro deseo. Horas hace que dejamos Huascha, Chamical, Chuña, Chañar, Punta de Los Llanos. Llegamos a Patquia. Nos bajamos un momento a comer quesillos, a beber leche de oveja y miel silvestre traída de Tussún. Come, bebe y alégrate, que lo demás es nada, como ha dicho Sardanápalo. Abre tus pulmones para que entre el aire llanero. Deja que el sol te bese la cara y te enardezca la sangre. Y alza los ojos, para que el firmamento de Patquia derrame su azul profundo en tu corazón y te llene de gracia...

Preguntas: — ¿A dónde va ese ramal que arranca de la línea principal, rumbo al noroeste? — Y yo te contesto: — Al Famatina, el monte de plata y de oro; a la región llamada de Los Pueblos y de donde vinieron Adolfo Dávila, Joaquín V. González; y en nuestros días, Arturo Marasso Rocca y alguien, cuyo nombre no hace al caso...

Para llegar hasta El Nevado, preciso es andar veinte leguas; no importa, bien que la largueza del camino será compensada con emociones que no se olvidan. En marcha, pues.

Atravesamos el abra que confina al este en la Sierra de Velazco y al oeste en las montañas del Famatina. A medida que avanzamos, el campo se transforma en valle, para luego estrecharse hasta formar la quebrada que conduce a Chañarmuyo. Al oír esta palabra, haya emoción en tus ojos y alegría en tu corazón, lector amigo; pues he nombrado al pueblecito más humilde y sano de cuantos descansan en el reparo de los valles.

(Continúa en la pág. 36)

Constituye una de las provincias andinas y está situada entre los 28° y 32° de latitud sur y 66° y 69° de longitud occidental. Limita, al norte con Catamarca, al este con Córdoba, al sur con San Luis y al oeste con San Juan y la cordillera de los Andes. Tiene una superficie de 86.492 kilómetros cuadrados, divididos en 18 departamentos, y una población de 97.754 habitantes.

Físicamente considerada, esta provincia presenta dos regiones, una de ellas afectada por la cordillera, y la otra arenosa y llena de salitrales.

Sus sierras forman parte del sistema andino, destacándose las de Famatina, Velazco, Ulapes, etc.

Sus ríos principales, que pertenecen al sistema de la cordillera, llámanse Blanco y Bermejo.

Su clima es cálido y seco, y el viento que sopla con más frecuencia es el zonda.

Debido a la escasez de agua para la irrigación, su producción vegetal es pobre, siendo, por lo tanto, su principal industria, la minera.

Cómo se celebra la Navidad en el mundo

LA NAVIDAD EN RUSIA

POR E. HALPERINE KEMINSKY

La Navidad es una de las grandes fiestas rusas. Las solemnidades religiosas comienzan la víspera y duran hasta el día de Reyes, el 6 de enero. Con estas fiestas eminentemente cristianas, coinciden las viejas costumbres de adivinación, de magia, de cuasi brujería de origen pagano.

La mujer, sobre todo, es la más apegada a esta tradición remota. Una de las costumbres favoritas entre las jóvenes es aquella mediante la cual se descubre al futuro novio. Los procedimientos varían: se vierte cera en un recipiente lleno de agua hirviendo, y para conocer el destino que le está reservado a la persona, se examina la conformación de los arabescos que dibuja la cera derretida.

Con más frecuencia aún, la "interesada" permanece horas enteras, a veces toda la noche, sola, inmóvil, fija la mirada en un vaso de agua en cuyo fondo ha colocado una moneda nueva de plata, esperando ansiosamente la aparición del "predestinado", rubio o moreno, según el ideal forjado en su mente, pero siempre bello y bizarro. La prolongación de la postura, la soledad, la tensión de todo su ser producen generalmente el efecto deseado. Con gran alegría, a la que se aúna cierto terror, la joven ve reflejarse al hombre soñado sobre la superficie brillante de la moneda. Pero, ¡guay de la que se vuelve para asegurarse de la realidad de la aparición!

Efectivamente, estos juegos inocentes, que requieren, sin embargo, cierta dosis de valor, terminan a veces de modo trágico. Siendo niño, oí contar de labios de mi vieja niñera la sombría aventura de una de sus amigas del pueblo, que, en lugar del "predestinado", vió, en el espejo frente al cual estaba sentada, reflejarse un ataúd; la joven levantóse vivamente y cayó desvanecida. La sacudida que produjo en ella este presagio de muerte fué tan violento, que no pudo reponerse, y, en efecto, pocos meses después, la joven murió.

He aquí otro procedimiento de adivinación: la actitud de las aves, en especial de los gallos y de las gallinas. Los caldeos, los griegos y los romanos empleaban el mismo procedimiento, y llegaron hasta a crear una institución donde se vaticinaba por este medio, y es evidente que de Bizancio fué introducido en Rusia. Un arzobispo de Norforod, Guennady, que vivió en el siglo xv, señala ya esta costumbre en su "Envío", que se había hecho tradicional en su país. En Ukrania, la adivinación del prometido tiene especial encanto. Las jóvenes se reunen en la más espaciosa de las "khalas' (chozas), formando círculo en derredor de un montículo de granos de trigo en cuya cúspide se coloca un anillo. Se introduce un gallo en el círculo, y al picotear encuentra el objeto duro y lo arroja. El anillo rueda y acaba de detenerse a los pies de una de las jóvenes: es la que se casará en el año venidero.



SAN LUIS

POR J. W. GEZ

(Continuación de la pág. 14)

rehusase su concurso a esta tarea patriótica. Esto es lo que necesita la provincia de San Luis, como todas las otras hermanas igualmente desheredadas, y no cánticos banales a la hermosura de sus sierras, a la pureza de su cielo, al perfume de sus flores, a la belleza de sus mujeres o a la heroica tradición de sus varones. Realizados los justicieros homenajes a los grandes acontecimientos históricos, levantados los monumentos a las preclaras virtudes ciudadanas y guardados en urnas de oro los recuerdos de nuestra gloriosa epopeya, debemos pensar ahora seriamente en lo porvenir, que se presenta cada vez más difícil y nebuloso, y que sólo ha de despejarse por las altas inspiraciones del civismo y por la acción del trabajo inteligente, reparador y fecundo.

Los pueblos que no consagran sus energías al trabajo malogran los dones de la naturaleza, se estancan, se empobrecen y se degradan. En la competencia general triunfan los más fuertes, los más empeñosos y los mejor dotados. Es deber, entonces, de alta y paternal previsión fomentar el trabajo en todas sus manifestaciones útiles y honorables y dar a la juventud la cultura y aptitudes necesarias para sacar de él el mayor rendimiento material y sus grandes beneficios morales.

Desentenderse de estos problemas fundamentales del orden, del progreso y bienestar social, es no comprender la misión educativa y previsora que tiene el gobierno en todos los pueblos civilizados.



San Juan

POR JOSÉ CHIRAPOZU

Recomendamos a nuestros lectores el presente artículo sobre la provincia de San Juan, debido a la pluma de nuestro colaborador, el señor J. Chirapozu. Por el estilo en que está escrito, ameno y pulcro, y por el caudal de datos ilustrativos que encierra, no dudamos que puede servir de guía al lector a través de un estado del norte de nuestra república, de bellos panoramas y ricas industrias, y que es, además, cuna de hombres laboriosos y de patricios.

ESTA llamada de "Mundo Argentino", para que digamos en sus páginas popularísimas lo que San Juan es y vale, nos llena de regocijada gratitud, por más que no fiemos mucho, para hacerlo con eficacia, en la sonoridad de nuestra voz.

¿Que cantemos la hermosura de San Juan? ¡Pero si los sanjuaninos dicen que su tierra no es hermosa!... Verdad es que quizá lo dicen por acompañar a los desdeñosos forasteros, que fruncen el ceño ante los viejos cercos de tierra, ante las casas de adobes, ante los techos de cañas y barro, ante las calles enripiadas, ante el polvo ingente de los caminos, ante el zonda bochornoso que lo levanta sin mesura y lo entra en todas partes...

Quizá lo dicen por eso, es decir, para que no crean los desdeñosos forasteros que ellos no se percatan de las desventajas del terruño; para que esos forasteros no vayan a creer que ellos, los sanjuaninos, no saben de los refinamientos de la civilización...

Por eso, sin duda, lo dicen, pues que cuando ellos están en familia, bien que cantan la lindura de su tierra, diciendo cosas como estas, que un pobre amigo mío ha repetido en versos humildes pero sinceros:

"San Juan es la tierra de las dulces uvas,
de los prados donde la alfalfa verdea,
del agua andarina que en el ripio canta
y de la alameda que el solar rodea;
de los altos cerros nevados y azules
como la bandera que Sarmiento amó..."

(Por lo que hace a los cercos de tierra, a las casas de adobes y a todas esas cosas atrás nombradas y tan características de la antigua San Juan y sus suburbios, debe reconocerse que han cedido o van cediendo aceleradamente su lugar a los sarmentianos alambrados, a las casas de ladrillo, de cemento armado, de todo menos de adobes, a los techos en consonancia, a las calles con pavimento de madera, cosas todas estas que, unidas al uso frecuente de la electricidad, al empleo inaudito de la nafta en las comunicaciones, al lujo y elegancia de las mujeres, a la corrección general de la indumentaria, a la europeización de la vida, van transformando a paso rápido la colonial ciudad y sus anticuados arrabales.)

Puestos los sanjuaninos a enumerar, en rueda familiar, las cosas buenas de su patria chica, jáctanse, asimismo, de que esta "pobre" tierra sanjuanina es la que produce plantas de trigo con trescientas espigas cada una, rendimiento que, divulgado por los diarios, causó general asombro en el país; que es esta la región argentina en que, según los técnicos, alcanza mayor grado la riqueza sacarina de las frutas; que es ésta la que con más verdad podría llamarse "la patria de la uva", tan magníficamente se da en ella, por el suelo, por el agua que lo riega, por el clima, que parece haber renunciado al beneficio de la lluvia sólo para que pueda ser perfecta la maduración de la preciosa y dulce baya, y con el mismo objeto parece permitir que brille el sol perennemente, por lo cual en ninguna parte como en San Juan se justifica la heráldica jactancia de reproducir el sol en la bandera; y que es en esta tierra, por fin, en la que, como dijera un agricultor californiano de la suya, se puede hacer "agricultura matemática", ya que, gracias al riego artificial organizado, puédese dar a los plantíos el agua en la ocasión y cantidad que precisamente la necesiten. Y es entonces, también, en estas horas de familiar sinceridad y expansión, cuando se suele oír este reproche al que, dada la mesura con que los sanjuaninos dicen las cosas, le hallamos nosotros más justicia que amargura: San Juan, que es una de las tres provincias que dieron a la patria tan gran parte de su independencia al darle el Ejército de los Andes; San Juan, que dió asimismo a la patria, en la hora necesaria, media docena de nombres consulares (De la Roza, Fray Justo, Laprida, Del Carril, Aberastain, Rawson), cuyos nombres timbran nuestra historia en forma que nos llena de noble orgullo y, como si tanto don no fuera aun bastante, coronó sus dádivas dando a Sarmiento, San Juan no ocupa en la historia argentina hoy escrita todo el lugar que, por tales hombres y servicios, merece ocupar...

II

CUANDO el general Juan Jufré (y no Jofré), alzó rollo, en 1562, quizá donde mismo está hoy la plaza del Pueblo Viejo, dió a la ciudad que fundaba, jurisdicción sobre treinta leguas lineales a todos los rumbos, lo que vale decir sobre 3.600 leguas superficiales, cantidad que, hablando en términos del sistema métrico, casi coincide con los 95.000 kilómetros cuadrados atribuídos por múltiples geografías a nuestra provincia.

Tal extensión corresponde al tercio de la que ocupan, en conjunto, las tres de Cuyo, de modo que si alguna de ellas pudiera quejarse del reparto, no podría serlo San Juan.

Pero, si no de la cantidad, ¿no podría, acaso, quejarse de la calidad? Sería eso quejarse de la misma Providencia, que erizó de sierras el oeste sanjuanino, puso en el centro luengas "travesías" y tendió al este llanos extensos, cubriéndolo todo con un cielo más azul que el añil, pero muy rara vez visitado por las nubes y, a consecuencia de ello, parco, muy parco de lluvias, por lo cual las sierras son áridas y áridas las llanuras.

La Providencia, empero, como si pugnara por no desmentirse, ha hecho a los cerros favoritos de la nieve, y a ésta, madre de infinitos torrentes veraniegos que, engrosando el mezquino caudal de invierno de los ríos sanjuaninos, los vuelve turbios, undosos, espumajeantes... Y una vez así henchidos los cauces,

Cientos de canales
reparten el agua, que corre afanosa,
cual si de dar vida se sintiera ansiosa.

Pero si es verdad que el genio misterioso, que parece velar por la suerte de cada región, ha dado a esta tierra, escasa de lluvias, las copiosas nevadas cordilleranas que se tornan ríos en verano, no es menos cierto que gran parte de la nieve liquidada por los soles estivales se pierde prematuramente, tragada por el "ripio", antes de que pueda llegar, corriendo y centelleando, a la llanura cultivable.

Sensible es ello, porque de ansias de agua gritan en esta tierra valles y llanuras que, fuera de eso, tienen todo lo necesario para ser los más fértiles terrenos del mundo.

Parecería que esa agua preciosa que se pierde, que se esconde, que se esquiva, se esquivara por darle dentera al sanjuanino, que tanto desea el agua, que vive soñándola y que, cuando le hace mucha falta, hasta la roba, aunque sea honrado, creyendo ser ese el único hurto que Dios perdona.

Se nos ocurre que esa agua tragada por el ripio, no se perderá siempre; que algún día la tenacidad sanjuanina la hará centellear de nuevo, al sol, abriéndole camino a fuerza de sonda. Nada sabe la geografía de nuestra napa de agua subterránea, nada sino que existe. Quizá bajo las desoladas "travesías" están corriendo *ab æterno* múltiples e ingentes ríos silenciosos...

No en vano aseguran los hombres observadores que no hay proporción entre la nieve que recibe anualmente la cordillera sanjuanina y el agua visible en la superficie de la provincia.

III

En la paz de tu valle, no turbada
del mundano trajín por los rumores,
los guerreros se hicieron labradores
y usaron azadón en vez de espada.

Así canta a San Juan el modesto lírico local antes citado, y al así cantarla, encierra en cuatro versos la historia de dos siglos y medio, los que van desde la fundación hasta la revolución.

¿Cómo pasan esos doscientos cincuenta años? ¿Qué sucede desde las lagunas de Huanacache, al sureste, hasta el cerro del Potro, al noroeste? La historia casi no lo sabe, lo cual hace pensar o en una vida mediocre, incapaz de engendrar la gesta memorable, o en la pérdida total de las fuentes históricas. De todo ha habido, pues a lo primero contribuye-

Correspondiente al grupo de las provincias andinas, está situada entre los 28° y 33° de latitud sur, y entre los 67° y 70° de longitud occidental.

Limita al sur con Mendoza y San Luis, al oeste con la cordillera de los Andes y al norte y al este con La Rioja, y es su superficie de 97.632 kilómetros cuadrados y su población de 120.000 habitantes.

Afectada por la cordillera de los Andes, sus médanos, esteros y lagunas, esta provincia ofrece al viajero los más diversos panoramas, en agradable conjunto.

Dividida en 18 departamentos, cuenta con importantes valles, como ser: el Tulún, el Ompacama y el Zonda; y ríos, como el San Juan, el Jachal y el Bermejo.

Su principal producción es el vino. La agricultura y la industria están bastante desarrolladas, no así la ganadería, que es escasa.

ron las circunstancias de tiempo y lugar, y lo segundo se evidencia porque de los archivos públicos de la provincia falta la documentación de un siglo justo, del que siguió a la fundación de San Juan. ¿Qué se ha hecho de tanto papel que, aunque amarillento y roído, debiera existir siquiera en parte? No hay una hoja ni un fragmento de fecha anterior al año 1660, y ello ocurre tanto en el archivo general como en los parroquiales.

De los tiempos posteriores a aquel año, quedan muchos papeles, pero la historia aun no ha realizado en ellos una seria vendimia.

Indúcese, empero, por lo ya averiguado, que la existencia de los sanjuaninos coloniales no fué muy agitada, como si paralela con el clima hubiese corrido aquí la vida. En efecto, parecen poner paz en las almas, suavizar las pasiones: el cielo siempre azul, el sol siempre visible; ni verano ni invierno excesivos; una primavera muy pasable y un otoño divino. La única nota trágica la da, a veces, el Río, que, a poco de fundada San Juan, se la lleva un mal día, por lo cual debe venir el hijo del fundador, el general Luis Jufré, a trasladar la ciudad a donde hoy está. Los movimientos sísmicos, que en Mendoza se agravan hasta el terremoto, aquí no pasan de "temblores"... que no hacen temblar a nadie.

La placidez mediocre de la existencia no ha cegado, sin embargo, en este pueblo, la fuente de las heroicas energías. Así lo demuestra en la lucha con los indios, en la lucha con los españoles, en la lucha con los tiranos. Todo lo cual no le impide amar la vida tranquila.

Esta característica del pueblo sanjuanino, que nos lo presenta, a través de su historia, viril pero pacífico, se debe sin duda a la índole especial de sus orígenes, que ya, en parte, hemos comentado.

En efecto, los españoles conquistadores del valle de Tulum, venidos al rumor del oro de Hualilán, al encontrarse con esta tierra que antes de ser regada casi nada produce, aunque después lo produzca todo, se vieron obligados a cavar acequias y labrar la tierra con las mismas manos avezadas sólo a manejar el mosquete y la lanza, situación que hace brotar de los labios de Sarmiento esta oportuna epifonema: "¡Labradores en América! ¡Valiera más no haber dejado la alegre Andalucía, sus olivares y sus viñedos!"

El carácter guerrero de los abuelos da, pues, a los sanjuaninos, valentía; pero los largos siglos de vida agrícola han puesto en su alma y en sus costumbres el amor a la paz, la paz, que permite labrar bien la tierra y sembrar y esperar la cosecha compensadora.

IV

POR ser el valle de Tulum o de San Juan, el valle central en la riqueza y en la historia, nos detendremos en él un momento. Flanquéalo por el oeste la sierra de la Rinconada, cuyo nombre no puede pronunciarse en San Juan sin que la voz, bajo la influencia de graves recuerdos, se torne solemne. Al norte se alza, erguido sobre la sierra de Villicum, el Pico que alguna vez fué asociado pintorescamente al nombre de la ciudad. Al oeste, el Pie de Palo, solitario macizo montañoso, fuerza al río San Juan a torcer su curso hacia el sur, rumbo en el que barrera ninguna cierra el valle, por lo cual ha podido entrar por él el ferrocarril y salen los ricos productos de estas tierras feracísimas.

Saliendo del valle por los cuatro rumbos cardinales, vase a sendas regiones diversas. Por el oeste, como es el rumbo de la Cordillera, éntrase, franqueada la histórica Quebrada de Zonda, en la región serrana, que llena todo el poniente de la provincia, de norte a sur. Si se marcha hacia el este, despuntando el Pie de Palo, las montañas ralean y los llanos se agrandan, pero el agua necesaria para regarlos disminuye. Si es hacia el norte que se marcha, se viaja, pasado el fértil Albardón, por infecundas "travesías", donde las sierras no faltan, hasta llegar a Jáchal, verde oasis risueño, especie de bella durmiente a quien sólo el ferrocarril, que ya se construye, podrá despertar de su modorra secular, dotando a esta provincia y al país de un foco más de intensa vida industrial. Por fin, si la dirección en que se avanza es la del sur, obsérvase que el valle se torna pronto llanura por la falta de montañas que lo limiten al oriente, y se piensa si estará muy lejos el día en que, por el mejor aprovechamiento del agua, podrá la provincia convertir en una gran huerta californiana ese millón de hectáreas que se extiende entre las últimas viñas del Pocito y el límite con Mendoza, en un sentido, y entre los cerros del oeste y la Pampa de las Salinas en el otro sentido.

Lamentamos que la carencia de espacio nos impida "viajar" con el lector por valles y quebradas para mostrarle todo lo bueno existente, que no es tan poco, y hacerle notar cómo el mucho terreno ocupado por montañas áridas no debe considerarse desperdiciado, ya que, gracias a ser terreno montañoso, es rico en minas de toda clase, y para hacerle notar, asimismo, que la escasa lluvia no es para San Juan sino un mal relativo, pues es mejor poder regar cuándo y cuánto sea necesario, que estar expuesto, como en el Litoral, a la alternativa de interminables sequías o interminables lluvias.

V

PUESTO que entra en el cometido que bien o mal vamos llenando—más lo segundo que lo primero—el reflejar las bellezas como las riquezas de San Juan, ¡cuánto lamentamos no poder hacerlo con algo de la eficacia con que Sarmiento ha pintado nuestra vida provinciana en sus inmortales "Recuerdos"! Quisiéramos trasuntar en páginas animadas este dejo de coloniaje que se percibe todavía en el ambiente y en las costumbres; lo que resta del provincianismo anterior a la llegada del ferrocarril; lo que resta de ese pasado que muchos añoran, como lo añoraba Fray Mocho en su terruño; lo que resta del sencillo y patriarcal vivir de antaño. Nos sabe a manjar guardado, pero aun grato al paladar, a viejas flores olvidadas en un cajón de antigua cómoda de caoba, aquella época de los grandes fundos pastoriles, del comercio y la vinculación con Chile más bien que con Buenos Aires, de la actividad minera, del vino envasado en las grandes botijas de barro; aquella época en que tanto preocupaban los "derroteros", sobre los que Sabatié, el francés minero y poeta, ha escrito páginas tan hermosas; aquella época de los alegres y vistosas cabalgatas y de las largas caravanas de carruajes en marcha hacia los famosos baños de Zonda; aquella época que conoció la fama de las brevas del Bermejito, de las pasas de las Chimbas, de los orejones de Pachaco, de las aceitunas de Cañada Honda...

Hemos hablado de baños y no podemos dejar de anotar, por lo curiosa, la oposición entre la extrema importancia que siempre han dado los sanjuaninos al baño, como una reacción natural contra el clima, tan seco y fomentador de polvo, y el concepto que del baño tenían los españoles del siglo XVI, mirando la afición que por él sentían los moros como voluptuosidad malsana muy digna de infieles y de herejes.

Cierto escritor nuestro, que no peca de estilista, seguramente, escribe como un poeta cuando, inspirado por recuerdos e impresiones juveniles, quizá, describe el antiguo baño de la Florida y menciona un arroyo cristalino que costea una perfumada ciénaga, en la que la yerba mota, el pájaro bobo, el toronjil y la yerba buena, al ser agitados por la brisa, difunden, generosos, a lo lejos, su balsámica fragancia...

Esas viejas cosas, viejos usos y costumbres, viejas mansiones y viejos muebles y aun viejas palabras, parte aun insepulta del pasado, son, por su misma moribunda persistencia, fuente de penetrante poesía.

Esta se encuentra con abundancia en la naturaleza, que, sin embargo, muchos sanjuaninos hallan fea hasta culparla de la falta de un verdadero poeta en San Juan. Nosotros creemos que hay mucha más poesía, vale decir, más belleza de lo que se cree en los paisajes y los tipos nativos, en la riente verdura de los valles regados, en la monótona aridez de las travesías, en el misterioso silencio de las estrechas y solitarias quebradas, en la imponente majestad de las montañas, tristes en su desnudez pero bellas, como son bellos el mar y el firmamento, a pesar de su melancólica monotonía.

Suele el forastero que, por primera vez, viaja a esta provincia, recibir de comedidos mentores previas y pesimistas lecciones sobre la fealdad de San Juan, pero llega el forastero, y en vez de los horrores predichos, contempla paisajes idílicos, arcádicos paisajes, en que, bajo el azul cielo huarpe, eternamente puro, bañado eternamente por la luz de un sol indemne de nubes y de nieblas, ve doblarse al manso viento el verdegay de los trigales, tenderse como interminable alfombra la esmeralda de los prados, o cubrir las incontables hileras, como con tapices de fiesta, el verde fronderío de las viñas, mientras los graves álamos silenciosos, con sus siluetas como estatuas de dioses terminales, que el musgo de los años hubiera enverdecido, hacen centinela en los cuatro costados de las viejas heredades.

Con frecuencia, es cierto, nos sale al camino la antítesis, pero no olvidemos que fué la antítesis el gran recurso poético de Hugo.



Junto a las planicies cultivadas, llenas de verdor y de frescura, surgen los cerros muertos o se extienden los llanos polvorientos y salinos, tristes como la desesperación... Pero en los mismos cerros, en esos cerros que el sanjuanino parece mirar con reconvención, no todo está muerto. Basta treparlos, para verlo. Una flora rara los puebla, la vida palpita entre las piedras y esplende, aquí y allá, en las magníficas flores de los cactos. En las quebradas (que se abren como heridas en los flancos de esos cerros), nacen los arroyuelos a la sombra de las chilcas, y los algarrobos alzan su copa desgreñada como melena de beodo domingero.

De lo alto de los riscos los guanacos alargan su pescuezo, oteando los contornos, y por encima de ellos se ciernen los cóndores y jotes, registrando con ojos ávidos cimas, valles y quebradas...

Pero aunque la naturaleza esta, la que acabamos de mencionar tan rápidamente, "no valiera un hemistiquio", como pensaba de la de su comarca el hidalgo de Larreta, aun queda la otra naturaleza, la más prodigiosa y complicada, la naturaleza humana...

¿Será también ella, en San Juan, árida y monótona y, lo peor de todo, insignificante hasta no poder hallársele una pizca de poesía? No podemos creerlo.

Dejando a un lado las clases educadas, que es más difícil caracterizar por su mayor complicación psicológica, creemos que hay abundante tema para la observación y elaboración artística en las clases humildes.

Creemos que hay verdadera materia de arte en el sanjuanino del pueblo, lleno, en sus afectos y decires, de la sabrosa frescura de los primitivos. No es cierto que sea, como algunos quieren, un ser opaco, a quien la herencia india, el medio y el alcohol, quitan toda energía y variedad pasional, toda riqueza sentimental e imaginativa, convirtiéndolo en apacible bestia de recua.

Parécenos, más bien, que el sanjuanino del pueblo es como el rescoldo que arde bajo la ceniza; y los que ven en él sólo un bracero útil y lo desprecian como entidad pasional, debieran recordar que con él se llenaron los cuadros del ejército de los Andes, que él venció en Chacabuco y en Maipú, y que en todas parte dió a raudales su sangre humilde y generosa, sin la cual la patria no sería todavía más que un vano ensueño de intelectuales.

VI

NO pensábamos, al iniciar "currente cálamo" este trabajo, que llegaríamos a formar tal montón de carillas como el que tenemos al lado; pero, puesto que de todo hemos dicho un poco y acabamos de aludir, buscando lo bello de San Juan, a su historia gloriosa, permítasenos recordar, como su belleza y su riqueza más preciadas, el grupo de insignes próceres que son como la prueba siete veces dada de la aptitud de este pueblo para la más alta civilización, ya que cualquiera de sus siete mayores próceres es digno, por uno o por otro concepto, de la consagración estatuaria.

San Juan tiene una honrosa tradición de cultura y a ella se debe esa singular floración broncínea que va llenando de placas y estatuas—nunca vanamente colocadas o erigidas—las calles y plazas de la ciudad, gloriosa floración que enorgullece con justicia a los sanjuaninos y es como un perenne memento, dirigido a propios y extraños, sobre el papel prominente de San Juan en la historia argentina, sobre lo que la república entera debe a esta provincia, que fué coautora de la independencia nacional con de la Roza y Laprida, salvadora del ideal democrático con Fray Justo, iniciadora del gobierno constitucional con Del Carril y su Carta de Mayo, defensora hasta el martirio del valioso principio de autonomía provincial con Aberastain y sus milicias tan heroicas como infortunadas, sostenedora con Rawson del culto a la ley en la nación organizada, debeladora de caudillos y difundidora de la instrucción popular con Sarmiento, y con Sarmiento también, y con Rawson y con Aberastain, colaboradora insigne el gran hecho de la organización nacional, que si se inicia —ciertamente— en Caseros, no es menos cierto que sólo se torna realidad en Pavón, cuyas dianas libertadoras son la respuesta noblemente vindicativa y perdurable a las dianas liberticidas de la Rinconada.

EL AÑO TEATRAL QUE FINALIZA

POR MIGUEL F. OSÉS

(Continuación de la pág. 20)

ejemplo: el estreno de "La madre del cardenal", original del doctor David Peña, determinó la presentación ante la curia eclesiástica de una persona que solicitó la excomunión del autor, actores y empresa, basándose en lo herético de la obra. La curia, con muy buen criterio, desestimó la curiosa querella, cuya única consecuencia fué determinar una curiosidad mayor en el público y por ende la concurrencia más copiosa a sus representaciones.

El teatro gauchesco, ya definitivamente alejado de la escena al parecer y a nuestro juicio, cuando esas manifestaciones artísticas se traducen a buenas piezas, injustamente ha estado representado por tres obras: "El matrero", del poeta uruguayo Yamandú Rodríguez; "Juan Moreira", de don Alberto Vaccarezza, y "De tigre a tigre", de don Eduardo Trongé.

La primera pudo considerarse un éxito del poeta y del autor, la segunda fué apenas una reedición algo romántica, con pretensiones de reivindicación del tipo de Gutiérrez, y la del señor Trongé, que no tuvo mayor trascendencia en el cartel, una tímida tentativa de trasplante a la escena de la vida rural en el norte argentino.

Un problema social de actualidad, la toxicomanía, fué tratada con vigor en una de las obras estrenadas en la temporada: "La mala siembra", de uno de nuestros más talentosos dramaturgos: don Vicente Martínez Cuitiño.

Según nuestra modestísima opinión, tres son las obras mejores del año, y en su ocasión dimos las razones en las cuales apoyamos ese juicio: "La divisa punzó", de don Paul Groussac, y "La samaritana", de don Francisco Defilippis Novoa, en tres actos, y "Mateo", de don Armando Discépolo, en uno.

Esperemos que en este año sea posible hacer un balance algo más reconfortante para la literatura dramática nacional. Es de desearlo para bien de todos, máxime ahora que en los medios intelectuales europeos hay un movimiento de curiosidad hacia las manifestaciones artísticas de allende el mar, a raíz de la visita que hicieran al viejo mundo Camila Quiroga y Muiño y Alippi.

Miguel F. Osés

Cómo se celebra la Navidad en el mundo

LA NAVIDAD EN ITALIA

POR DANIEL LESUEUR



LA Navidad italiana! Oigo aún sus repiques de campanas, mientras evoco la cadena violeta de las colinas de Umbría, envueltas en un crepúsculo de invierno y bordadas de púrpura por el sol del ocaso. Ningún recuerdo reproduce en mí semejante impresión de honda poesía. Y, sin embargo, he conocido la Navidad inglesa, tan deliciosa con sus iglesias adornadas con follaje y la nieve de los campos manchada por el verde de los árboles de hojas perennes.

Pero cuando deseo sentir cuanto el ensueño humano puede poner de encanto en una tradición piadosa, evoco un veinticinco de diciembre en un pueblo italiano entre Perusa y Asís. Moría el día, muy suavemente, pues el terrible viento de Perusa suspendía su hálito glacial. Venía de ver la triple basílica de San Francisco resplandeciente con la luz de los cirios y con los esplendores un tanto paganos de su pesebre. Regresaba yo en carruaje por los caminos ensombrecidos, bajo un cielo en que no terminaban los reflejos de oro, mientras aparecían las primeras estrellas. Por doquier, de colina en colina, volaban los suspiros de las campanas.

En un pueblo pequeño cuyo nombre jamás he sabido, ordené al cochero que parara. Había entrevisto por una puerta abierta, un cuadro que me seducía. Como titubeara, ya sobre el umbral, una voz de niña me dijo: "Entri, signore; veda il nostro pan giallo." Entré.

Bajo la claridad de esas viejas lámparas de cobre que se alzan o bajan a lo largo de una vara, hallábase servida la mesa familiar. En el centro figuraba el "pan giallo" que me había anunciado la niña, una enorme torta de Navidad, monumento extraordinario de pasta, de azúcar, de frutas almibaradas que conocen todos aquellos que han viajado por Italia en esta época del año. Esa torta era, en verdad, espléndida. Y en su derredor, varias generaciones de seres humanos la acariciaban con miradas resplandecientes. Bellos ojos aterciopelados y negros, en los que se retrataba ingenuamente un ensueño de felicidad.

Abuelos, padres, jóvenes, niños, todos tenían la misma expresión de dicha tranquila, de emoción ingenua, bajo los lienzos blancos de las cofias aplanadas, la lana obscura de los birretes o bajo la admirable cabellera rizada que hacía que los "ragazzi" parecieran otros tantos Juan Evangelista.

Jamás olvidaré la expresión radiante de esos pobres paisanos de Umbría que celebraban tan alegremente el nacimiento del Salvador. Casi todos ellos llevaban en el cuello el fetiche favorito de esa región: una punta de flecha de sílex dejada en su suelo por una raza remota, y que para ellos tiene los rasgos característicos del rayo. ¡Italia encantadora, tierra crédula y mágica: conserven las oraciones de tus humildes, por mucho tiempo, tu sueño que te protege de las realidades modernas!

CAPITAL FEDERAL

POR MANUEL UGARTE (Continuación de la pág. 17)

el imán de las oportunidades que le brinda para desarrollar una acción fecunda.

Las noches del Colón, las tardes de Palermo, las luces de Florida, la "city" con sus Bancos, el tráfico, la publicidad, los rumores, atracción y recreo del viajero de provincia o del curioso europeo que ambula por las calles, todo el tumulto de la colmena hirviente, no es más que la resultante de una actividad más honda de los espíritus, de una trepidación más fundamental de los intereses y de las esperanzas, chispas desprendidas de la fábrica, de la universidad, de la Bolsa, radiaciones de la capital o reflejo de las provincias que la urbe central esgrime como en una pulsación definitiva de director de orquesta o dictador de las almas nacionales.

Trinchera de la patria en los peligros, salón en las horas de fiesta, balanza en las discordias, la ciudad, cerebro y alma, es orgullo y reflejo de todos porque a su crecimiento y victoria han contribuído unánimemente las fibras de la república, y hay en cada piedra, en cada calle, en cada oriflama, un poco de soplo de los ámbitos más lejanos del país, un poco del alma de cada uno de los habitantes.



Así como la ciudad es en la geografía la capital de un país, la juventud es en el tiempo la capital de las generaciones en un momento histórico. Y es la juventud sólida, preparada y triunfante que se acumula ahora en la urbe poderosa la que, desarrollando todos los elementos actuales, hará culminar mañana, en la apoteosis de las Provincias Unidas, el desenvolvimiento magnífico de la minúscula aldea que fundó don Juan de Garay el 11 de junio de 1580.

MENDOZA

POR EVAR MÉNDEZ (Continuación de la pág. 23)

sión del duro conquistador se repetiría por los huarpes, en 1661 y 1712, con igual bravura. Y fué necesario el martirio de Tupac-Amarú, dice el historiador, para que cesaran, desde 1780, las sublevaciones de los naturales.

¿Qué tendrían de extraño la fortaleza y la heroicidad del magnífico ejército de San Martín, si eran su nervio y formaban su núcleo mayor, en 1814, los descendientes y los mestizos de esos bravos, infatigables, indomables huarpes?

En aquel pueblo mendocino primitivo, donde fermentaba la rencorosa rebeldía, prosperó con júbilo la revolución del año 10, y cuando Mariano Moreno, por trabajos de San Martín, creaba la provincia de Cuyo, con Mendoza por capital, visión estupenda de estadista y estratega, ese país estaba maduro para los grandes hechos; fué fértil para las cosechas de hombres de armas en su pobreza, inagotablemente rico en recursos para proveer todo lo necesario a la creación del ejército libertador de tres naciones. De Mendoza salieron, eran sus hijos quienes formaron el famoso cuerpo de Granaderos a Caballo, con cuyos corvos y pesados sables brazos hercúleos segaban las cabezas de los godos. De Mendoza fué el primer artillero argentino, ese Fray Luis Beltrán, fabricante de pólvora y balas y forjador de cañones con el bronce de las campanas.

Y si San Martín reveló el alma heroica de Mendoza, este pueblo permitió a San Martín revelar todo su genio de militar y de estadista. Mendoza, sus hombres entregando su sangre, sus mujeres sus joyas, su suelo sus riquezas, permitieron a San Martín desenvolverse, mostrarse en la magnitud con que le contemplamos, con que le ve la historia. Esa es la más pura gloria de la tierra andina.

Después... todo ese esplendor se obscurece, en el año 20 y los cuatro luctuosos lustros que le siguen; y la ciudad queda aniquilada por el terremoto. Pero, no importa. Surgirá de sus escombros, confederada con Urquiza, mitrista en la Unión Nacional, olvidándose de su pasado, formándose un alma nueva, una vida nueva con la abundante sangre europea que vigoriza la empobrecida de sus hijos, agotados por las fatigas y luchas de trescientos años. Era de paz y de trabajo se inicia, se acrecienta con el orden general del país, y se organiza y difunde la más fuerte y bella de las industrias. Los campos áridos y pedregosos se pueblan cada vez más de múltiples cultivos, y con el tiempo los dilatados valles que riegan desde antaño las tranquilas corrientes, arrancadas de los torrentes bravíos que se despeñan con los deshielos, desde las altas cumbres, se convierten en paisajes arcádicos, en boscajes de sauzales, en alamedas como no existen semejantes en toda la Argentina, en inmensa sábana de viñedos. Allí el estío ve la fiesta de las cosechas, y el otoño la faena de los lagares que acumulan el zumo caro a Anacreonte en las pipas enormes. Entonces aquella tierra evoca, desde la primavera a la época de las vendimias, con sus montañas y sus viñas, sus cañaverales espesos a la vera de los claros arroyos, el cantar de las cigarras por las cálidas siestas en los chañares y las chilcas, con sus mirtos y tamarindos de morada flor, el escenario agreste de la Hélade antigua. Baco y su cortejo cruzarían por sus campiñas como por su tierra de origen. El barbudo caprípede Pan y sus sátiros están en su casa.

Tal es el país que espera al evocador de sus tiempos heroicos y sus magnas acciones para glorificarlas, y que aguarda su cantor.

Fuerza de la naturaleza, fué casi siempre rudamente material. Su espíritu necesitaría la evolución, que ya se produjo, para mostrarse y expandirse. Ingenios, ignorados, los tuvo a millares, de pura cepa criolla; temperamentos líricos, pensadores, artistas, también, y ha de tenerlos mejores, fruto auténtico de una tierra grávida de prístinas manifestaciones que pugnan por cobrar forma. Vendrá quien diga su verbo. La riqueza, y con ella la cultura, harán lo que falta. Precursores, los hubo: Martínez de Rosas, en la Independencia; el satírico Zuloaga, en época de prevaricatos. Los tiempos nuevos nos dan un maestro de las jóvenes generaciones: el corrosivo y castigante Aguirre, en su obra fragmentaria; nos dan un crítico y un filósofo, el primero y más grande moralista argentino: Agustín Alvarez; un gran poeta, desconocido aún: Manuel Lugones; líricos como Atáliva Herrera, sensitivos como Juan Carlos Lucero; escritores penetrantes como Juan Alberto Castro; periodistas modernos y de alto vuelo como Jorge A. Calle; un novelista y poeta raro como René Zapata Quesada, y un pintor estupendo, el más admirable maestro de la pintura argentina: Fernando Fáder.



Y bien, cuando un pueblo es capaz de producir aquellos hechos legendarios y, a pesar de una vida tan llena de accidentes trágicos, logra condensar su espíritu en artistas o pensadores como algunos de éstos, es un gran pueblo.

Así es Mendoza.

LAS GOBERNACIONES

POR ERNESTO MARIO BARREDA (Continuación de la pág. 25)

Chaco o "cchacco", en lengua aymará significa tierra de alfarería. Y no sería difícil que tal fuera su origen, si recordamos que la cerámica chaqueña nos ha sorprendido siempre por la originalidad de sus formas y lo matizado de sus colores.

El hombre ha concluído por vencer en parte la tremenda resistencia que la naturaleza le oponía y va despejando y explotando el misterio de la gran región. Bosques maravillosos de palmeras, cubiertas de orquídeas, selvas de quebracho colorado, que el hacha derriba; recientes plantíos de algodón, cuyo copo no tiene rival en el mundo...

Aun nos reserva, seguramente, nuevas sorpresas ese Chaco legendario, cuya extensa faja del norte lleva el nombre asiático de Formosa, y constituye una nueva gobernación, con las mismas características ya bosquejadas.

Los Andes se llamó al último territorio incorporado al suelo de la república. Formóse con tierras adjudicadas al país en el laudo que el gobierno de la Unión dictara como árbitro en nuestra cuestión de límites con Chile.

No fué un gran bocado que digamos. Una altiplanicie árida, con grandes salitrales, casi desierta, con algunas riquezas minerales que nadie explota por el momento, a la espera de ferrocarriles que algún día la atraviesen. Hay en esta región, sin embargo, una riqueza natural que podría llegar a cultivarse siguiendo el procedimiento empleado en el Canadá y Estados Unidos. Nos referimos a la chinchilla real, ese roedor de piel tan valiosa, que habita todos esos parajes, en estado libre, y que se lograría explotar en criaderos, como se hace en Norte América con el zorro azul y otras especies codiciadas en la peletería.

Neuquén tiene su lago Nahuel Huapí; sus dos ríos torrentosos: el Neuquén y el Limay, que forman el Negro, uno de nuestros brazos de agua más caudalosos. Este territorio está llamado a un gran adelanto, pues, como Misiones, tiene su belleza natural formada por un conjunto de lagos pintorescos, entre montañas de una hermosura extraordinaria. Esto, naturalmente, ha hecho que se le llamase la "Suiza argentina", así como al Tigre se le calificó con el nombre de la "Venecia argentina", en otro tiempo; y a Entre Ríos la "Mesopotamia argentina"... Porque en nuestro país, de un patriotismo tan quisquilloso, siempre que se encuentra algo bueno, para prestigiarlo se busca el nombre de una marca extranjera... Río Negro, además de su río epónimo, donde se pescan muy sabrosas truchas, tiene la gran represa del lago Vidal, la obra de regadío más importante de Sud América. Esto ha dado origen a una zona de cultivos donde se cosechan gramíneas y frutas en proporciones fabulosas. Río Negro fué la antigua frontera de la Argentina civilizada, cuando la expedición al desierto arrebató al indio, junto con sus tierras, el derecho a invadir las tierras ajenas, para depredarlas.

Haremos notar unas similitud que ofrece este territorio, nada menos que con el Egipto: toda su vida depende del río Negro, así como la fecundidad de aquél nace del Nilo. Donde las aguas no alcanzan a bañar, los médanos, los pedregales, extienden su completa aridez, que sería total sin la proximidad del río. Por eso lo extendió todo a lo largo la madre naturaleza, que bien sabe lo que hace...

Chubut tiene sus minas de petróleo, cuya explotación fiscal es motivo constante de interpelaciones parlamentarias. Su enorme desarrollo, como ya sabemos, se ha puesto al servicio de la industria, de los ferrocarriles, etc., aunque no ha hecho bajar en lo más mínimo el alto precio del kerosén.

La ganadería excede ya los cinco millones de cabezas, más de una quinta parte formada por ovinos, cuyas características, semejantes a sus demás congéneres patagónicos, los hacen muy preciados en las plazas de Comodoro Rivadavia y Camarones. Colonias de alemanes y galenses dan mucho impulso al interior del territorio, con sus adelantados métodos de colonización. Españoles, italianos y turcos, son más numerosos en las regiones de la costa, y manejan el comercio o intervienen con sus brazos en las faenas petrolíferas. Otra industria interesante es la explotación del lobo marino, sobre todo en las orillas del golfo Nuevo y golfo de San José. Se le extrae la grasa y la piel. Todos los años acuden en grandes manadas, a celebrar allí sus himeneos, a dar a luz a sus crías. Y entonces se hace una hecatombe de machos, matándoseles sin mayor esfuerzo, pues los impulsos del amor anulan en ellos toda facultad de discernir, más o menos como les sucede a los hombres...

Ya sólo nos resta hablar de la última gobernación, la más austral, la más triste de todas... Tierra del Fuego, como principal característica, sólo puede presentar un presidio. Es algo así como la "Siberia argentina", diremos, contagiados de la costumbre nacional. Chile, sin embargo, a la misma latitud ha sabido levantar una floreciente ciudad: Punta Arenas.

No queremos terminar con esta impresión desconsoladora. Tierra del Fuego, rica en oro, en bosques de buenas maderas, en ganadería, es, además, la única región del sur cuyas costas son pintorescas. Una vista de Ushuaia, su capital, deja la sensación más delicada de un paisaje de nieve y de montañas. Este aspecto precioso será, sin duda, gustado por el turismo, ahora que se inician viajes de esta índole por los mares del sur. Y Tierra del Fuego, a la par de sus hermanas, entrará también en la senda del progreso, redimida además por el dolor...

LA RIOJA

POR CÉSAR CARRIZO *(Continuación de la pág. 29)*

Viajamos por el abra. De tarde en tarde una alameda nos da la bienvenida, y nos dice que allí, a su sombra, pasa una acequia y hay viñedos; y bien plantados están los viejos hogares, de moral sencilla y fuerte, a la usanza castellana, y en donde nacieron y vivieron quizá los mejores apellidos del patriciado riojano.

Sobre la explanada inmensa, las alamedas hablan de esperanza; y nos dicen que pronto llegaremos. ¿Quién no sueña con los álamos al cruzar estas comarcas? Es que no solamente nos dicen que a su sombra hay almas que nos quieren bien y nos esperan, sino que ellos certifican que la tierra áspera de hoy sólo pide un poco de agua y buena diligencia de los gobernantes para ser lo que fué siempre: la granja y el granero de la provincia.

Aun no hemos llegado al Famatina, y preguntas:

—¿Qué son esos montes fantásticos como teñidos en sangre de epopeya que se alzan en pleno campo?

—Son Los Colorados, lector amigo; sucesión de sierras de greda petrificada. La fuerza cósmica, la que hizo los mundos y los seres, los puso en el abra, y ahí están, esperando al geólogo que los estudie, al pintor que los transporte al lienzo, y al poeta que los cante.

A la distancia semejan castillos medioevales, de la más rancia arquitectura. Un bastión reforzado parece unirlos a todos. Paulatinamente, de estribación en estribación, de sillería en sillería, se alza la obra feudal. Ahí están los contrafuertes de paragolpes y las almenas desde donde los caballeros observaban al enemigo en los días terribles, o contemplaban las haciendas y sementeras en los días felices. Ni el puente levadizo, ni la torre del homenaje, ni la glorieta de romancear, faltan. Y, ¡cosa extraña!, hasta se mantiene el balcón donde la castellana esperó el arribo del bienamado en una antigua noche de luna y de serenata.

La imaginación nos lleva más lejos aun, hasta ver claro el levantamiento de los siervos en contra de los señores. Allá van los hombres de las glebas, y chocan contra los amos. Y brota la sangre, y corre, y todo lo inunda hasta teñir de rojo los castillos. ¡Oh qué ficción estupenda! ¡Qué enorme poema de gesta canta la arcilla petrificada y muda!

Es maravilloso el panorama de Los Colorados. Bien podrían ser un lugar de nobles disciplinas del espíritu y del músculo; y quienes se adiestraran aquí, de juro que harían una cultura física y estética en que la bizarría y el lirismo se unirían armoniosamente.

Ya el tren se aleja cuesta arriba. Asómate, lector amigo, a la ventana y escucha esa voz de leyenda que se eleva de los castillos y dice: que adentro, en las salas de armas, y en las alcobas del amor, aun están las panoplias y los bandolines esperando el renacimiento de una nueva edad heroica y gentil...

La máquina se detiene en Catinzaco. Bajémonos a comprar "patay"; y también higos secos, tamaños y riquísimos. ¡Qué pasas de Málaga, camará!... Ríete, lector: aquí, en La Rioja están los mejores higos del mundo.

Y ahora, adelante. Dejamos atrás a Vichigasta y Nonogasta, cuyas bodegas seculares producen el vino más puro de que haya memoria. Y aquí haz de reírte otra vez de los decantados jugos de San Juan y Mendoza, que no se les comparan.

Por fin llegamos al Famatina. A sus pies, Chilecito sueña entre huertas y jardines. Con su río, su corazón altivo y tierno, sus apellidos históricos, sus mujeres hermosas y su gente de bronce que trabaja en las minas: ¿qué le importa del mundo?

El día es claro, y el Famatina aparece como una turquesa enorme, en cuya arista final un cisne fabuloso hubiera extendido sus alas blancas. La imagen es exacta, y aquí no hay metáfora antojadiza, lector amigo.

Tiene el monte nevado tal majestad, que infunde en el alma no sé qué inquietud religiosa; pues no bien lo hemos contemplado un momento, sentimos miedo al principio, después mística embriaguez, cual si El Nevado derramara en nuestra alma un resplandor de Dios.

Y he aquí, compañero de viaje, que nuestros espíritus, elevándose por sobre las cosas ordinarias dicen: ¡Piedra inmortal: eres más que un cerro, un dios. Tus vértebras son de oro y de plata; de pórfido tus músculos; de seda azul y de armiño, tu manto!

IV

Ya hemos recorrido la región de Los Pueblos. ¡Qué sucesión de almas y paisajes! ¡Y cuántas costumbres y virtudes de la más clara estirpe! ¿En qué país, la vendimia, la recolección del trigo, la caza del huanaco y del cóndor, la faena de las minas, la fiesta del carnaval y de Navidad, el onomástico de los Santos y de las gentes; los bailes y cantares del pueblo, en fin, tienen esa línea, ese color y esa poesía que hemos encontrado aquí?

Ahora, de nuevo a Patquia, y desde ahí, resueltamente, a La Rioja de San Nicolás de Bari y de todos los Santos, como se la llama en los libros capitulares.

Pasamos por Telamuyuna; la dejamos y seguimos camino adelante. A lo lejos un escuadrón de álamos nos dice que estamos entrando en La Rioja. El guardatren da la voz de ¡tierra!, y hemos llegado a la ciudad que fundó Juan Ramírez de Velazco, hace más de trescientos años. Descansa en el mismo sitio en que se alzó el Fuerte, mantenido bravamente por el valor hispano, contra los diaguitas y escalones que mellaron cien veces el escudo de los conquistadores.

¡Qué serenidad, qué dulzura en las almas y en las cosas! Aquí, lector amigo, la Historia no anda de prisa, ni se oyen sus clarines ni tambores, a que nos tiene acostumbrados en las ciudades modernas; ni hay dramas rojos; ni incendios; ni bancarrota de enormes capitales.

Es tan dulce la familiaridad, y tan franca la puerta de los hogares, que siempre están abiertos para el amigo y el forastero. Es que al arrimo de la montaña aun viven el solar castizo y la moral sencilla.

¿Y el amor? Las gentes aman por amor. Los idilios se perfuman de violetas, rosas, jazmines y azahares; la serenata los arrulla; la pasión romántica les presta su llama viva; y la luna los alumbra...

Pasan las mujeres con la cabeza al aire, sin sombrero ni aditamentos. Son bellas porque sí. El donaire lo aprendieron de sí mismas, y marchan al ritmo de su ritmo interior. Llevan el alma clara y buena, en el abismo de sus ojos negros; y saben amar de una sola vez para toda la vida.

Lector amigo: a La Rioja, pues. A la tierra de Castro Barros, Ortiz de Ocampo, Adolfo Dávila, Joaquín V. González, Juan Facundo Quiroga, El Chacho... A la tierra de las mujeres lindas de ojos negros; de los azahares, de los vinos auténticos, de la algarroba; al país del Famatina, el monte de oro y de plata; a los valles de clima excelente y tierra cultivable, donde los arroyos hablan como en los tiempos de San Isidro y de Virgilio; y los poetas del pueblo, con sus plantas, guitarras y tamboriles, cantan sus penas y lloran sus alegrías...

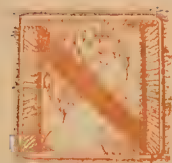


Pero, ten cuidado, lector amigo: no te acerques a los políticos...

LOS NACIMIENTOS

POR CARMEN GUTIERREZ DE AGUERO





NO sé si aun en la ciudad de Salta se rendirá el mismo homenaje que hace años al advenimiento de Cristo, en los "nacimientos" caseros.

El progreso y la avalancha extranjera voltea los coloniales edificios de gruesas paredes y agresivas rejas, al mismo tiempo que un soplo de paganismo barre los dulces hábitos de la gente.

El tranvía eléctrico, el asfaltado, los cinematógrafos, todo eso que se ha dado en llamar civilización, despoja la sencillez a las almas y la simplicidad a las costumbres.

Los pastores espirituales verán, con dolor, disminuir sus rebaños o entrar en el templo la frivolidad disfrazada de fe...

Lástima grande, verdad, que cual el perfume de un frasco destapado, se evapore la esencia del colonial encanto español.

Alguna viejecita conservadora diríame, con furia, que los gringos tienen la culpa de todo... Los gringos, que han hecho perder el sabor salteño a la chicha, a los bollos de semita con chicharrón, y hasta a las empanadas... cuya grasita chorreaba hasta el codo.

Hace quince años, estos días eran de gran fatiga y nerviosidades para las buenas beatas norteñas.

Las viudas de guerreros, las esposas de empleados provinciales y las señoritas de cincuenta años para arriba, no se daban minuto de reposo por preparar en la sala de la casa un "nacimiento" o "pesebre" mucho mejor que el de Fulana.

Ésta había conseguido de Buenos Aires un nuevo Niño, aquélla tenía ya unos Reyes Magos que causarían admiración, la de más allá estaba encantada con una Virgen flamante...

Con un entusiasmo que las infantilizaba, las beatas elevaban a la altura de un metro la representación plástica del nacimiento de Jesús.

Innúmeras velitas encendidas arrancaban destellos a la mica de las montañas y al espejo, que representaban un lago; entre los pastitos verdes posaban las vaquitas, las ovejas, los bueyes, y todos los animalitos tenían la misma mirada de asombro e intranquilidad.

La entrada en los pesebres era libre, y con los semblantes dilatados por la felicidad, las dueñas de casa veían llenarse de grandes y chicos el espacioso recinto de la sala.

Los chicos éramos los más. En sartas de ocho a doce y de tres años para arriba, con las manitas bien apretadas, saltarines y charloteadores, llegábamos al primer nacimiento (el más cercano a nuestro hogar).

El país de las maravillas estaba ante nuestros ojos...; mudos de asombro, con las pupilas dilatadas y la boquita abierta, mirábamos embelesados... Los mayores nos elevaban en brazos a los más chicos; otros, empinándose en la puntita de los pies, apoyaban las manitas en el césped, para guardar equilibrio..., y un regular coscorrón de la dueña les sacaba del éxtasis.

No debía tocar nada; y esa imposibilidad de posar un solo dedito en el nacimiento del Señor, aumentaba nuestra fe.

La cabrita que trepaba la montaña, el caballito que pastaba, el patito que nadaba en un espejo, todo nos magnetizaba hasta el punto de no tentarnos a arrebatar uno y salir disparando.

"Aquello era del Niño, era sagrado".

Cuando las señoritas de la casa creían prudente animarnos, nos invitaban a cantar.

Volvíamos a ser chiquillos y, alegres de dejar un estado fatigoso para el espíritu, cantábamos a grito pelado:

"Ahí viene la vaca
por el callejón,
trayendo la leche
para'l niño Dios."

La melodía era simple y suave.

Jesús, desde su cunita de paja, nos sonreía (nosotros estábamos seguros de que nos sonreía), y con un ardor digno de la causa, proseguíamos, más fuerte aún:

"Niño chiquitito,
niño valentón, (?)
siendo tan chiquito,
eres gran Señor."

Y repetíamos, hasta el cansancio, lo mismo, lo mismo... Quizás chillaríamos demasiado, porque llegaba un momento en que se nos invitaba a despedirnos.

Y nosotros, sin ofendernos, nos despedíamos lo más contentos:

"Adiós, mi Niñito,
pal'año i volver,
trayendo una rosa
y un bello clavel;
trayendo una rosa
y un bello clavel."

Nosotros no volvíamos "pal'año", sino al día siguiente, pero poco nos cuidábamos de esos detalles.

La sarta desalojaba el local, haciendo sabrosos comentarios y llenándose la boca de tortas de leche, empanadillas y capitas que las cristianas dueñas repartían con una ternura conmovedora.

Y allá iba la sarta de futuros hombres, de futuras mujercitas, rumbo a otro nacimiento, dando brincos y zancadas, encantados de la vida...



ILUSTRACIONES DE BIONDINI

J U J U Y



Corresponde al grupo de las provincias del norte y se halla situada entre los 22° y 24° de latitud sur y entre los 66° y 69° de longitud occidental, siendo su población de 83.200 habitantes y su superficie de 43.267 kilómetros cuadrados, divididos en 14 departamentos.

Limita al sur y al este con la provincia de Salta, al norte con Bolivia, y al oeste con Bolivia y el territorio nacional de los Andes.

Montañosa en general, esta provincia tiene hermosos valles que riegan infinidad de arroyos, todo lo cual ofrece perspectivas admirables. Tiene ricas fuentes de agua sulfurosa y minas de sulfato de cobre, plata, hierro, carbón de piedra, etc.

Su río principal es el Grande o San Francisco, su clima variado, y su producción abundante.

Efectúa un intenso intercambio comercial con la República de Bolivia.

Pese a los que afirman — y que son muchos — que Jujuy, el nombre de una de las pintorescas provincias argentinas del norte, fué el nombre de un cacique poderoso, o el de un pájaro, o el derivado del nombre de un río comarcano, o el de una tribu del siglo XVI, para don Horacio Carrillo — el notable escritor del artículo presente — Jujuy es simplemente una expresión de alegría, de felicidad, de plenitud de vida y esperanza. El origen del nombre aparte, Jujuy, con sus amplios valles, sus brisas suaves, sus tranquilos ríos, sus apacibles atardeceres y sus doradas auroras; con sus innúmeras cuchillas boscosas y resquebrajadas y sus altos picachos coronados de nieve purísima y bañados de luz, es, entre las selvas del Chaco y las rocas de los Andes, como un plácido remanso para el espíritu cansado de las luchas incesantes de las grandes urbes.

POR

HORACIO CARRILLO

LA significación histórica del nombre de "Jujuy" no está aún esclarecida.

Y dentro de los valores morales de la República es bueno establecer su simbolismo.

Jujuy, se ha dicho, fué el nombre de un cacique poderoso. Jujuy, han afirmado otros, era el nombre aborigen de un pájaro, que dió también una denominación parecida a un río del Paraguay. Jujuy — dice el historiador nuestro, — probablemente deriva del nombre del río comarcano: el "Xibi-xibi".

Jaime Freire, en su "'Tucumán del siglo XVI", habla de la tribu de los "jujuyes", tribu que sólo aparece, y muy incidentalmente, en el bello libro del poeta.

Jujuy, para mí, tiene otro significado diferente. Desde luego, el nombre aparece en la historia como denominando un valle.

Y fué primero la ciudad de Nieva, después la de San Salvador de Velazco, "en el Valle de Jujuy".

Y el vocablo, desde su primera aparición en las cartas y descripciones coloniales, no varía.

Y es que no representa un nombre adulterado de cacique, de pájaro, de río o de tribu: es una voz celta, es, sencillamente, una expresión de alegría, de felicidad, de plenitud de vida y esperanza.

Jujuy es una exclamación de jolgorio, de pura cepa española, usada allá en las costas del Cantábrico, cuando los rústicos montañeses bajan a la plaza y el baile se inicia: a un "¡ujuy!" de la moza cantora, la ronda llega a su apogeo; nos lo refiere Joaquín Dicenta en su "Galerna".

Esa exclamación sería usada por algún viejo pescador, compañero de aventuras del legionario Diego de Roxas, de Almagro, de Núñez del Prado, o de algún otro expedicionario, cuando, de la árida desolación de la Puna, descendieron — por entre humahuacas, tilcaras, maimaras o yalas — al riente valle del "Xibi-xibi".

¡Jujuy! ¡Bien valía el gozo pleno, la expansión alegre, el jadear satisfecho de los torvos hidalgos! ¡Jujuy!, ¡el valle amplio y lujurioso, las brisas suaves, los ríos murmurantes, los tranquilos atardeceres y las castas auroras, vistiendo de lila y púrpura la augusta majestad de los cerros calvos y blancos! ¡Jujuy!, ¡por el verde llano de gramilla y anís; por las lomadas suaves con curvas de mujer; por las sierras ásperas y bravas, donde las cortaderas yerguen sus penachos, como cimeras de viejos morriones; por las cuchillas quebrajadas y boscosas, por los altos picachos, plenos de nieve y de luz! ¡Jujuy!, ¡por los lagos tranquilos, en los senos insondables de la montaña, por la selva exuberante, por el boscaje umbrío, por la pradera ubérrima!

¿Cómo no habían de alegrarse aquellos estupendos exploradores, si de la absoluta pobreza de la meseta — que a muchos de ellos quizá les recordaría la desolada Castilla, — penetraban a este derroche de vida, de belleza y de luz del "Valle" que, por su amplitud, sus accidentes y su latitud geográfica, goza del raro don de poseer todas los climas y todos los productos?

No es, pues, ni el cacique, ni el pájaro, ni el río, ni la tribu lo que dió su denominación al valle: fué la azorada alegría de los primitivos españoles que, quemados por los fríos y los vientos de la Puna, tomaron posesión de este jardín andaluz, donde, de llegar también la morisma, hubiera tejido, como un complemento de su luz y de su clima, el encaje primoroso de su arte y su sensualismo.

Jujuy simboliza y significa para la nación: alegría de vida plena y ubérrima, belleza de colorido y perspectivas, suavidad de clima, brisas sedantes, perenne primavera, cielos añilados y tierras fecundas.

Y el valle de Velazco, primero y casi único gobernante administrador, en el norte argentino, de la conquista a estos días, ha retoñado un pueblo y se está fundando una democracia de noble temple, ya que aquí, entre las selvas del Chaco y las rocas de los Andes, como en un plácido remanso, boga serena y prístina el alma de la nacionalidad.



ILUSTRACIONES DE CONTRERAS

"MARTIN FIERRO"

LA OBRA GAUCHESCA DE JOSE HERNANDEZ

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

POR QUÉ Y CUANDO ESCRIBIÓ LOS LIBROS

LA CREACIÓN DEL PERSONAJE LLEGÓ A CONOCERSE EN TODA AMÉRICA Y EN UNA PARTE DE EUROPA

POR

EMILIO B. MORALES

EL himno, tantas veces cantado por payadores y troveros de las llanuras pampeanas, exaltando las tradiciones gauchas, ha tenido inspirados intérpretes, cuyas coplas cundieron por los ámbitos de nuestra tierra, pero donde la poética verba surgió con insuperables cadencias, casi épicas, fué, sin duda, en el famoso libro "Martín Fierro" que José Hernández concibió en crueles horas de incertidumbre y despotismo.

La persecución tenaz del gaucho por los tristemente célebres jueces de paz de antaño, que se consideraban dueños de vidas, haciendas y hogares, dió motivo para que los cultores de la vida campestre abrieran una brava lucha de reivindicaciones en pro de los derechos que cada nativo invocaba con prerrogativas indeclinables. Fué entre esa falange de cantores y paladines que se destacó la figura de José Hernández, el poeta ameno y chispeante que llegó a incendiar el alma popular con el sentimentalismo criollo que, hasta hoy, culmina su fama.

Las estrofas del primer libro "Martín Fierro" fueron evocadas por largos años en los tradicionales ranchos de la pampa, y, a pesar del tiempo transcurrido, todavía vive Hernández en la memoria de los pocos que quedan de la valerosa legión, cuyo poderío sembró ejemplos de bravura en los campos arrasados por la justicia de aquellos tiempos. Hernández fué así uno de los primeros defensores de la raza nativa.

LA VIDA DEL GAUCHO

ERA la época de aniquilamiento políticosocial cuando en el cerebro de Hernández brotó la chispa vibrante del canto interpretativo sentimental sobre la vida del gaucho, con sus tristezas y alegrías.

La formación de contingentes militares le ofreció la oportunidad del tema para salir en defensa de los aporreados del destino. Era también el momento en que la fiebre amarilla azotaba la población de Buenos Aires, diezmando vidas por millares. El pánico se cernía por todas partes, ante las víctimas que caían, unas tras otras. En esas transiciones de luto, los habitantes se revolvían presa de desolación y espanto. La guerra con el Paraguay había terminado, produciendo sensibles pérdidas de hombres ilustres, y como si la sangrienta tragedia no fuera bastante para aniquilar el país, la epidemia cundió y se ensañó en los últimos días de 1871.

Fué precisamente en aquellas memorables horas de desolación, cuando don José Hernández dió vida a la figura ya histórica de su famoso "Martín Fierro".

—¡Yo he de defender mis gauchos!—dijo un día, concibiendo la magna idea.

LOS CONTINGENTES

EL gobierno de la provincia había dictado una ley, en los comienzos del año 1871, organizando los contingentes para resguardar las fronteras contra las invasiones del indio, y, con tal motivo, los jueces de paz fueron investidos de extraordinarias facultades para procéder a su albedrío, a fin de que fueran cumplidas las disposiciones. Fué entonces cuando se pusieron en juego las venganzas y depredaciones contra la raza gaucha, que siempre había vivido tranquila y feliz en el hogar de la pampa.

A medida que los jueces estrechaban su acción, las noticias llegaban a la capital con detalles alarmantes sobre la injustificada persecución de los criollos poseedores de tierras y haciendas, a quienes se les despojaba de sus bienes, invocando órdenes superiores. Los jueces de bota fuerte, espuela y rebenque, se habían convertido así en verdugos de la noble raza.

Las poblaciones empezaron a sufrir las consecuencias de disposiciones militares adoptadas con verdadera saña, ofreciendo el triste espectáculo de la ruina y desolación de miles de hogares honestos, donde siempre habían reinado la dicha y la tranquilidad. El gaucho, patriota y trabajador, dueño de haciendas, fué encarcelado "por mostrarse altanero con el gobierno". Otros fugaron al desierto, abandonando la familia, y los más sumisos e ingenuos se sometieron a la imposición de la ley, con el presentimiento de que marchaban al sacrificio, a la ruina y a la muerte, como efectivamente ocurrió.



JOSÉ J. PODESTÁ, CARACTERIZANDO MARTÍN FIERRO, EN LA OBRA DEL DOCTOR ELÍAS REGULES

Los acontecimientos trascendieron de tal manera, que hasta los políticos de la ciudad se alarmaron ante semejantes ignominias, y entablaron reclamaciones contra las autoridades de campaña, que aplicaban abusiva y criminalmente la ley sobre servicio en las fronteras.

Los hombres de sentimientos elevados pensaron y se convencieron, con justo motivo, que el salvajismo no estaba solamente en el instinto del indio, sino en el espíritu del juez de paz analfabeto, que, en la generalidad de los casos, era representado por un sujeto ignorante con tendencias a bandolero, cuya cínica satisfacción era apoderarse del bien ajeno, aunque para ello tuviera que apelar al asesinato. Sabido es que, casi siempre, salía exento de pena porque las cosas se arreglaban a su paladar, con el agregado de que el "gaucho alzado" había hecho armas a la justicia. ¡Hermosa justicia la de aquellos tiempos primitivos, en que la vida ciudadana dependía de los jueces y alcaldes de triste recordación!

José Hernández, que poseía un alto espíritu nacionalista y verdadero culto por la tradición pampeana, fué el primero que lanzó la voz de alarma al conocer las iniquidades que se cometían en los pueblos lejanos, constituyéndose en acérrimo defensor de los que marchaban al sacrificio en nombre de un deber, mal interpretado y peor sancionado.

Acudió a las esferas de gobierno para protestar por las injustificadas persecuciones; expuso, con pruebas fehacientes, los perversos y abusivos procedimientos de jueces y alcaldes causantes de la miseria que asolaba las poblaciones, donde mujeres y niños lloraban la pérdida de padres e hijos sometidos a la tortura de trabajos incalificables, que, en lugar de beneficiar a la patria, aumentaban la fortuna personal de los jueces y jefes militares.

Tal era el ambiente que imperaba en la provincia de Buenos Aires cuando Hernández se dispuso a escribir las amargas tribulaciones del criollo y la destrucción de la familia, lanzando la valerosa frase aquella que le dió tanta celebridad: —"¡Yo he de defender mis gauchos, cueste lo que cueste!".—Y al decir ésto, Hernández se involucraba a la desventurada raza con vínculos de hermandad. Es que también él se consideraba gaucho, ennoblecido dentro de su temperamento culto y poético. Había sentido las palpitaciones del alma nacional con la modalidad criolla de los hombres formados en el fragor de las luchas, el trabajo y la hidalguía.

Conocía, como nadie, la vida y el corazón de aquellos seres valientes, abnegados y patriotas que, con pureza ingénita de sentimientos, abrían las puertas del hogar a cualquier paisano peregrino que acudía en demanda de amparo y afectos. Sabía que en el rancho del más humilde gaucho nunca faltaba media res de carne, ni el tercio de yerba para agasajar al forastero.

Hernández llegó así a hermanarse e identificarse con la vida de los campos, siendo más tarde el único cantor de nuestras tradiciones.

Su obra fué grande: todo un monumento. Obtuvo lo que se propuso: ser fiel y honesto defensor de la raza, casi desaparecida al presente.

Su "Martín Fierro" transpuso no so-

lamente el suelo nativo, sino también las fronteras de América para presentarse a la madre patria, donde los maestros del habla española festejaron con himnos aclamatorios las filosóficas e inspiradas estrofas que ponen en evidencia la vida, casi romántica y valerosa, de los primeros pobladores del desierto.

Hernández triunfó con su obra en buena ley, por la modalidad única de su temperamento poético interpretativo. Solamente él, que había sentido las endechas de los troveros y la influencia de las llanuras con sus ranchos totorales y espejismos de lagunas, pudo cantar con sonora y delicada armonía a la soberana y legendaria tierra de las pampas primorosas.

EN EL HOTEL ARGENTINO EMPIEZA A ESCRIBIR "MARTÍN FIERRO"

CUANDO la epidemia hacía mayores estragos en la ciudad, Hernández trasladó a su esposa, doña Carolina González del Solar, y sus hijos, a la estanzuela en San Martín conocida por "Chacra Pueyrredón", y una vez fuera de la zona de peligro regresó a Buenos Aires, alojándose en el viejo hotel Argentino, de la calle Rivadavia y 25 de Mayo, ocupado actualmente por "La Internacional". Se instaló en la pieza número 2, del primer piso, cuyo balcón aun existe al costado del ángulo que forma el edificio en dichas calles.

Allí empezó a escribir las primeras estrofas de "Martín Fierro", que concebía en una forma original. Para armonizar el verso y encontrar la consonancia, entonaba un canto especial, entre milonga y vidalita, que, expresamente había compuesto para ajustar la rima. Escribía con facilidad, produciendo numerosas carillas durante la noche. Cuando terminaba una parte, se la leía al día siguiente a sus amigos Carlos Guido y José Zoilo Miguens, de quienes requería la crítica. Si le era adversa, destruía lo hecho y empezaba nuevas estrofas por la noche.

Durante las horas del día se dedicaba a corretajes y operaciones comerciales, que atendía con perseverante atención por el rendimiento que le producían como medios de vida.

Generalmente, después de la cena, continuaba la tarea, y cuando la inspiración colmaba sus deseos, llenaba cuartillas y cuartillas hasta que le sorprendía la madrugada. Esto no era obstáculo para que a la mañana siguiente renovara sus tareas y correrías.

Al cabo de dos meses "Martín Fierro" quedaba terminado y sancionado en consejo de amigos. La publicación, aparecida en los últimos días de diciembre de 1871, fué recibida con unánime aplauso y aceptación, mereciendo los mejores conceptos de la prensa en general. Las ediciones de la casa Martín Biedma, encargada del trabajo tipográfico, eran arrebatadas por el pueblo, que vivamente se interesaba por la hermosa producción. En breve tiempo "Martín Fierro" se había hecho popular, resultando insuficientes las ediciones que aparecían para satisfacer los pedidos que se recibían de la campaña. La obra se consagraba así como producción genial del alma gaucha. Desde entonces, Hernández dejó de ser Hernández para convertirse en "Martín Fierro", nombre que el pueblo sancionó por la gráfica encarnación del gaucho que había logrado dar en su libro.

Al año siguiente, cuando la obra seguía la marcha ascendente de popularidad, Hernández se trasladó a Rosario con el fin de ponerse al frente de un diario de combate, desde el cual se proponía iniciar una violenta campaña contra el presidente Sarmiento. Más tarde tomó parte en la revolución que se organizó contra el mismo presidente, siendo derrotado en el combate de Naembé, motivo por el cual emigró a Montevideo.

En el Estado Oriental permaneció hasta el 21 de diciembre del año 1874, después de haber terminado Sarmiento su mandato, regresando en aquella fecha para recomenzar las actividades de la vida. Ocupó una casa que su hermano Rafael le había arrendado en Belgrano.



JOSÉ HERNÁNDEZ, CUANDO EMPEZÓ A ESCRIBIR EL LIBRO "MARTÍN FIERRO"

"LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO"

EL éxito obtenido con el primer libro, hasta su novena edición, le determinó a escribir "La vuelta de Martín Fierro". La distancia que le separaba del centro de la ciudad y las incomodidades que sufría, fueron motivo para que cambiara de domicilio, trasladándose a la calle Talcahuano, 572, donde empezó el segundo relato de las novelescas aventuras de "Fierro".

El primer capítulo de estrofas empezaba:

"— Atención pido al silencio, — Y silencio a la atención."

. . . .

"— Viene uno como dormido — Cuando vuelve del desierto."

. . . .

En la ordenación, siguió la misma táctica del primero: escribía de noche, hasta la madrugada, pero, con alternativas. Algunas veces se prolongaban por semanas, debido a las imperiosas diligencias que le era necesario atender para satisfacer exigencias del hogar.

Sólo después de cuatro años, dió por terminada "La vuelta de Martín Fierro", cuya aparición fué unánimemente celebrada por la opinión pública.

Para la impresión del libro, fundó la casa editorial y librería que durante largos años llevó el mismo nombre, en la calle Bolívar, 147, desapareciendo más tarde al cambiar de local.

El primer libro de "Martín Fierro" lleva hasta estos momentos sesenta y dos ediciones, y la "Vuelta", ochenta, lo que demuestra la aceptación que tuvo en América.

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

EL poeta Hernández, descendiente de uno de los próceres de la Independencia, nació el año 1834, heredando algunas extensiones de campo en la provincia, lo que le determinó a permanecer en la campaña durante su juventud, atendiendo intereses de familia. De ahí partía su entusiasmo y conocimiento de la vida campestre, por haber estudiado su característica y la idiosincrasia del tipo gaucho.

Al regresar a la capital, entró a formar parte del diario "La Reforma Pacífica", que dirigía don Nicolás Calvo. Los acontecimientos políticos del momento obligaron la traslación del diario a Paraná, adonde se trasladó Hernández, para seguir colaborando con su hermano Rafael.

Un año después, llegó a secretario del vicepresidente Pedernera, y más tarde a taquígrafo del Congreso. Fué también militar y periodista vibrante. En Corrientes, durante el gobierno de Evaristo López, ocupó el cargo de fiscal y luego el de ministro de gobierno.

Al regresar de Montevideo, donde durante largo tiempo perteneció a la redacción de "La Patria", fué proclamado diputado a la legislatura de Buenos Aires, colaborando al lado de los recordados jurisconsultos doctores Bernardo de Irigoyen y Miguel Navarro Viola. La diputación empezó el año 1874 y finalizó con su fallecimiento, en 1886, siendo senador.

Su actuación como legislador fué activa y brillante. Aun se recuerdan las famosas polémicas que sostuvo con el doctor Leandro N. Alem, cuando se discutía el proyecto de federalización de la capital.

En la naturaleza de Hernández se traslucía, desde el primer momento, su infinita bondad.

Uno de sus íntimos escribía, después de su muerte: "Nunca era más feliz que cuando veía en torno suyo a las personas que hacía objeto de su cariño y estimación. La honradez de sus procedimientos le servía de escudo. El libro que estudiaba era el de la naturaleza, de donde obtenía las principales enseñanzas. Fué un maestro que trazaba e interpretaba filosóficamente las difíciles travesías de la vida."



Buenos Ayres. Agosto 20/78.

Amigo D. Juan Manuel:
Que lo halle, me alegraré,
sano del copete al pié.
Y perdone si en su carta
Algun disparate ensarta
Este amigo de usté.

Una suya recibí
Puntiada con todo esmero
Y al verlo tan cariñoso
Dije para mí, a este Blanes,
No hay Oriental que le gane.
J. H.

FACSÍMIL DE LA CARTA EN VERSO QUE LE DIRIGIÓ AL PINTOR BLANES CUANDO EXHIBIÓ SU CUADRO "LOS TREINTA Y TRES ORIENTALES"

Martín Fierro.

I

1 Atencion pido al silencio.
Y silencio á la atencion
Que voy en esta reunion,
Si me ayuda la memoria.
A mostrarles que á mi historia
Le faltaba lo mejor.

2 Siento que me tiembla el pecho.
Que se turba mi razon
Y en tristísima situacion
Le pido al alma de Dios sabio.
Que venga á mover mi labio
Y darle fuerza á mi voz.

3 Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto;
Veré si á esplicarme acierto.
Entre gente tan bizarra
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me despierto.

EL BORRADOR DE LAS PRIMERAS ESTROFAS DE "MARTÍN FIERRO". EL LIBRO FUÉ TACHADO CUANDO LO PASÓ A OTRO CUADERNILLO

EL FALLECIMIENTO

CUANDO la población de Buenos Aires fué sorprendida con la infausta noticia de su muerte, hubo un verdadero día de luto y de congoja en la ciudad: del seno de la sociedad argentina desaparecía uno de sus más preclaros hijos. Una nota de profundo pesar cundió por todo el país, con frases de hondo sentimiento. Es que Hernández se había identificado con el alma del pueblo, a quien más de una vez conmovió en sus íntimas fibras, hablándole con el lenguaje propio del sentir.

El eminente tribuno doctor Luis V. Varela, al despedir los restos del insigne poeta, analizó su obra y su personalidad con frases que es patriótico recordar. Dijo Varela, en aquellos momentos de pena:

"En las turbulencias de la agitada vida, fué poeta, escritor, soldado, legislador, político y estadista. Una nota sublime acentuó siempre la inspiración de todos sus actos y todos sus escritos. Poseía un espíritu lleno de esa bondad evangélica que forma una existencia y un apostolado. Obedeciendo a la inclinación de alma tan bella, ha cumplido su misión sobre la tierra, haciendo labor de misericordia. ¡Sí, labor de misericordia! Sólo él ha tenido el raro privilegio de penetrar hasta la celda del gaucho presidiario, para evocar en aquel corazón sin esperanza el cuadro lejano del hogar querido. Su libro, inspirado con las lágrimas del infortunio, ha revelado las confidencias íntimas de tantos desheredados, cuyas penas ignoradas se ciernen, como la sombra de Osián, sobre los muros de aquella ergástula del dolor. Si al borde de la tumba puede formularse una aspiración de justicia, yo hago votos por que brille sobre su lápida el nombre consagrado de "Martín Fierro", como fanal que guíe en la ciudad de los muertos a los peregrinos de la pampa cuando vengan trayendo la ofrenda de oraciones y de lágrimas al cantor de su querencia, de sus amores y de sus hazañas. ¡Bendito aquel que hizo su numen esclavo solícito del bien!"



"MARTÍN FIERRO" EN DRAMA

EL conocido escritor uruguayo doctor Elías Regules, que, como Hernández, es un entusiasta cultor de las tradiciones camperas, llegó a traducir en drama la obra "Martín Fierro", dedicándosela a José J. Podestá, uno de los mejores intérpretes de la escena criolla. Regules puso en ella todo el vigor de su poética mentalidad. Encuadró las escenas con alma de artista, vertiendo la delicada y sentimental fraseología de los cantores melancólicos.

"Martín Fierro" en el teatro fué un verdadero éxito para el popular autor de décimas y endechas, que, al compás de la guitarra, se entonan bajo las enramadas de ranchos campesinos.

Regules es uno de los grandes admiradores de Hernández, y en el sentir del lenguaje, genuinamente criollo, llegó a identificarse con la versificación de su estilo eminentemente gauchesco, logrando así sobrepasar el romanticismo de los troveros populares.

"Martín Fierro" tuvo sus días de auge con la interpretación de José J. Podestá, y el inolvidable Jerónimo, su hermano, que hizo verdaderas creaciones del famoso sargento de frontera, y del no menos irónico viejo Vizcacha, que nadie consiguió superar en la escena nacional.

El eclipse de los dramas policiales, que empezaron con el "Juan Moreira", de Gutiérrez, envolvió también la obra de Regules, tan interesante y real en su género, no solamente por el prestigio de su autor, sino también por la procedencia del argumento. Regules había colocado en la obra una expresión real de dicción gaucha, hábilmente armonizada con la comicidad propia de los personajes.

EL HUMORISMO DE DON PEPE

HERNÁNDEZ era de un carácter y humorismo extraordinario. Se dijera que había nacido para esgrimir la ironía fina y punzante en todo momento. Sus condiciones de hombre de mundo, social e inteligente, le habían formado extenso círculo de amigos que le rodeaban en las horas de clubs y oficinas. Pocas veces se le encontraba malhumorado. Aunque la fortuna lo aporreara — como él decía, — dejaba de lado el suceso para hacer ironía del mismo.

—¡Para qué hacer caso de las cosas malas — argumentaba a los amigos, — cuando hay tanto bueno en que pensar!

Era uno de los pocos hombres que siempre tomaba la vida en broma. Muchas anécdotas se cuentan de su vida inquieta y original. Recordaré algunas de ellas.



EL RELOJ DE DON MATEO

HERNÁNDEZ vivía en su hermosa casa quinta de Belgrano, adonde acudían a visitarle algunas personas de los pueblecitos inmediatos, que le consultaban sobre asuntos personales. Entre ellos se encontraba don Mateo, hombre medio paisano, a pesar del acento extranjero, que no podía ocultar. Las visitas se repetían casi a diario, en una forma algo misteriosa para la familia. Un día, estaba almorzando Hernández, cuando llamaron a la puerta de calle, anunciando poco después la negrita mucama que don Mateo le esperaba en el escritorio. Su esposa, doña Carolina, que andaba preocupada con la presencia de aquel hombre, medio estrafalario, le preguntó:

—¿A qué viene ese hombre todos los días?

—¡A enseñarme el reloj, mujer!

—¿Qué reloj?

—¡El tacho de plata, ese que usa como si fuera sartén!

—¿Y para qué?

—Para aprender la hora.

—Pero, Pepe, ¿es posible que así te burles de ese pobre hombre?

—¡Y qué quieres, hija! ¡Cada uno se divierte como puede!...

—Explícame cómo es eso, porque, francamente, no lo entiendo.

—Muy sencillo: el otro día sacó a relucir el tacho y me lo acercó a los ojos, para que mirara la hora. Seguramente, para demostrarme que usaba prendas de valor. Me hice el zonzo y le pregunté qué era eso.

—¡El reloj! — me contestó.

—¿Y para qué sirve? — le pregunté, poniendo cara de recién nacido.

—Para saber la hora, don Pepe, — me replicó sorprendido. Y, para entretenerme un rato, le seguí preguntando cómo se manejaba. El hombre me dió una lección de números, minutero y horario, hasta que se cansó de hablar. Viéndome tan ignorante, se ofreció para enseñarme la marcha del reloj. Y, desde entonces, viene todos los días con el buen deseo de civilizarme. Lo malo es que Guido le ha dicho lo contrario, y, a pesar de todo, don Mateo sigue empecinado en ser mi maestro.

Doña Carolina no pudo contener la indignación y reprochó a su marido la frescura con que entretenía sus ocios a costa de la ingenuidad ajena.

Hernández se levantó de la mesa, y al ver que su mujer seguía atufada, agregó:

—Dejá, Carolina, que ese buen hombre me enseñe el reloj, así tendrá la satisfacción de contarle a sus hijos que enseñó a conocer la hora al autor de "Martín Fierro".

Y salió tranquilamente en dirección al escritorio, a recibir la lección que, invariablemente, le repetía don Mateo.

LA CHUÑA

POCO tiempo después de haber dado a publicidad su libro, Hernández tuvo que realizar un viaje a Santa Fe, donde atendía intereses personales. Cuando se alejaba por largo tiempo, tenía por costumbre caracterizarse con traje campero, que le daba aspecto de resero o capataz de estancia. Al salir de Rosario, encontró en el tren un grupo de muchachos estudiantes que regresaban a sus lares después de rendir las pruebas anuales en los colegios nacionales. En el grupo se encontraba un santafesino que se las daba de escritor, con la petulancia propia de los profanos. Alto, flacuchón y con aire insolente, se especializó en tomarle el pelo a Hernández, por el aspecto de paisano ingenuo que demostraba. Entre los mismos figuraba Pedro Rivas, que por aquel entonces había publicado un mal libro de versos, cuya crítica le resultó desfavorable por parte de los diarios.

Hernández, con todo el talento y la viveza que poseía, sabía hacerse el zonzo cuando le convenía recrearse a costa de los "vivos". De manera que, cuando aquéllos sacaron un naipe del bolsillo y le preguntaron si sabía jugar al truco, les contestó con voz amanerada:

—No sé nadita de eso. ¡Yo sólo juego al burro con mama!

Los del grupo se miraron para celebrar la respuesta, prorrumpiendo en carcajadas, convencidos de que ya te-

nían el candidato para el resto del viaje.

Los "titeadores" empezaron la partida, y Hernández quedó de "mirón", haciendo ver que no entendía ni medio de los envites. Al finalizar la jugada, el más flaco del grupo, que se distinguía por una nariz en punta y un copete arqueado, le invitó a decir o hacer algo para entretener las horas.

Fué entonces cuando Hernández se propuso hacerles el gusto.

—Yo les haré un juego — les dijo,— que me enseñó el otro día mi tía Dorotea, pero si no se van a "rair".

— No, hombre, qué nos vamos a "rair"—le contestaron a coro.

— Bueno — agregó Hernández, — es un juego que se hace entre animales, donde todos vamos a tomar parte. — Y empezó a manejar el naipe, torpemente.

A los del grupo les hizo mucha gracia el calificativo, y se prepararon a escucharle.

Hernández fué designando los animales y entregando las cartas, hasta que le llegó el turno al hombre del copete. Durante las explicaciones, la hilaridad se contagiaba por la manera como el "paisano" explicaba a cada uno su rol. Pero, donde la explosión subió de tono, fué cuando miró al del copete, y le bautizó: — "¡Usted será la chuña, amigo, porque tiene cara de eso!"

Los del grupo celebraron con gran alboroto la ocurrencia: el forastero había estado feliz en la designación. Fué tan gráfico que, hasta el último día de su vida, le acompañó el apodo, a pesar de los altos puestos que, con el transcurso de los años, desempeñó en el gobierno.

Pasadas las impresiones de la jugada, Pedro Rivas, que acosaba con preguntas de doble intención, a las cuales Hernández contestaba con forzada ingenuidad, le preguntó si sabía cantar por cifra algunos versos populares. Hernández meditó un momento para recordar algunas estrofas, hasta que, repentinamente, exclamó:

—¡Ah!, ya me acuerdo de unos versos que me enseñó el otro día mi tía, pero no me atrevo a decirlos porque, según la gente, son muy fieros. El "culandrero" de casa me dijo que el autor debía ser un gran animal, porque no tienen nada de eso que los entendidos le llaman "consuenancia".

—¡Que los diga!, ¡que los diga!—gritaron todos, incluso Rivas.

Hernández aparentó resistir algunos segundos, hasta que por fin rompió el silencio con la aparatosidad propia de los paisanos cantores. No bien dejó sentir: — "Cuentan que doña Lechuza, del barrio peringundín...", los del grupo le mandaron callar, en medio de una algarabía infernal.

Hernández les miró atónito y sorprendido, al ver la transformación operada en el semblante de los más dicharacheros:

—¡No les decía que el autor debía ser un animal, porque la verdad que los versos son fierazos!

— No tanto — se atrevió a decir uno de ellos, mientras que los demás celebraban la barbaridad dicha inocentemente por el forastero.

Los versos recitados por Hernández, a su manera, eran los mismos de Rivas, que, días antes, habían vapuleado los diarios de Santa Fe. Desde ese momento la actitud del poeta se tornó grave, y cesaron las expansiones titeables a que se habían entregado.

Mientras tanto, Hernández celebraba íntimamente la lección y desquite que le había producido su ingenio.

Rivas quedó intrigado y molesto por lo ocurrido: empezaba a desconfiar de quien le había llevado a tan ridícula situación.

Poco después llegaban a Santa Fe, donde se separaron.

. . . .

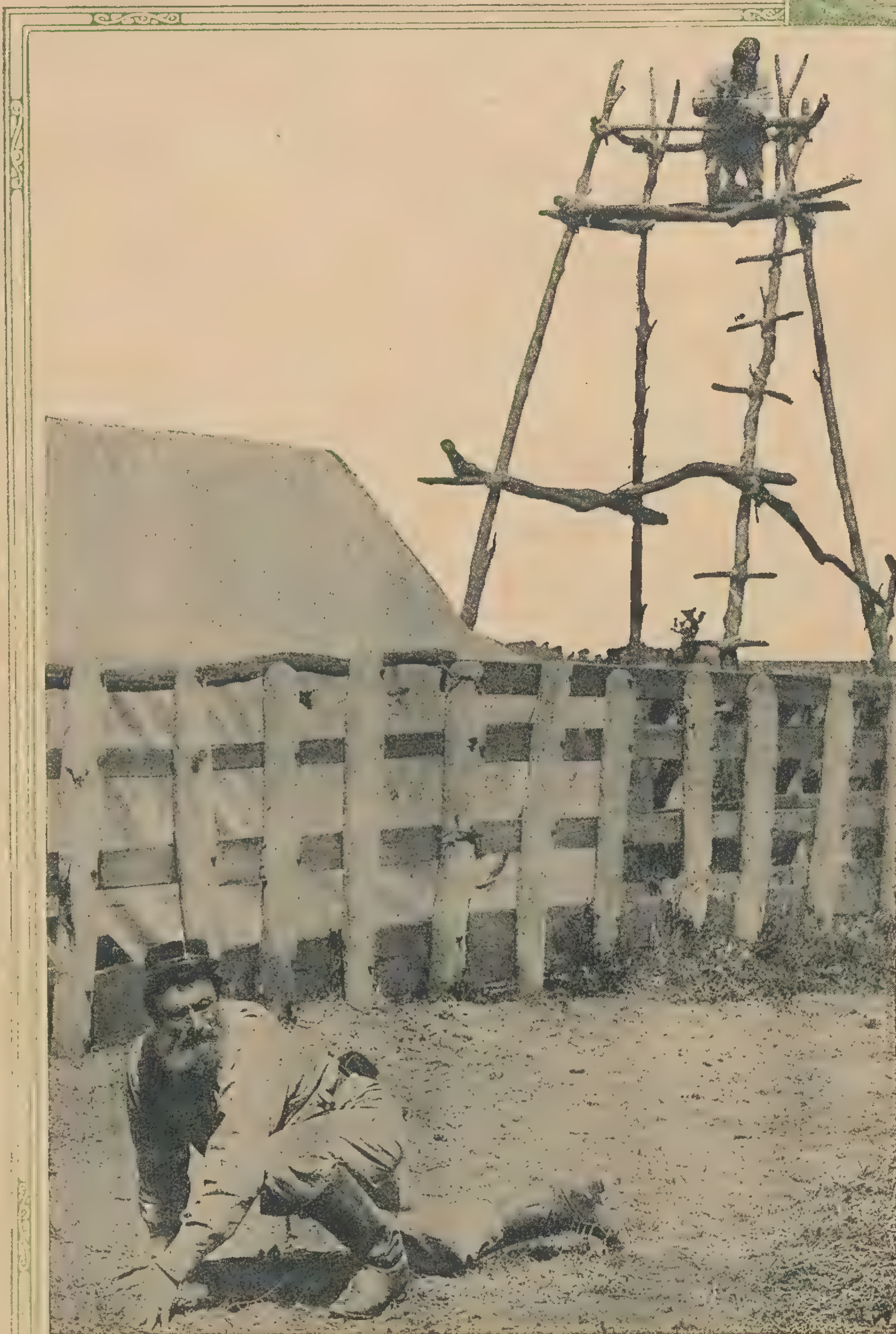
A la noche siguiente, Hernández se encontraba en una de las salas del club "El Orden", departiendo con varios amigos, cuando penetró Pedro Rivas: al verle se sorprendió.

Llamó aparte a uno del grupo que rodeaba a Hernández, y le preguntó:

—¿Quién es ese hombre con quien ustedes están hablando?

— José Hernández — le respondió, — el autor de "Martín Fierro".

—¡Ahora comprendo! — agregó. Y salió de la sala atropellando las sillas.



EL HIJO Y LOS CARRETEROS

HERNÁNDEZ vivía con su familia en la quinta de Belgrano, cuyos terrenos y plantaciones confinaban con el camino carretero que cruzaba por la costa hasta San Isidro. Uno de los hijos, a quien le decían Macuca, andaba empeñado en dar una lección a los carreteros, que aprovechaban la soledad del paraje para hacer provisiones en bolsas, de maíz, frutas y verduras.

Cierta tarde, llegó corriendo de la quinta; penetró en su pieza y salió armado de una escopeta, herencia de los abuelos.

Al verle el padre en tren de guerra, le preguntó en alta voz:

—¿Adónde va, amigo, con esa arma cargada?

—Voy a darle una lección a los carreteros—agregó, algo sofocado,—que todos los días pasan el alambrado, para robar verduras y choclos.

— No sea criatura, amigo — le argumentó; — vaya a ayudar a esos hombres, que están juntando choclos para comer, que harta desgracia tienen de tropezar en el camino con un loco como usted... ¡Guarde esa arma y haga lo que le he dicho!

Macuca sacó el fulminante, bajó el gatillo y se quedó "más triste que jueves santo".

LA OBRA DE HERNÁNDEZ TERMINÓ CON LOS CONTINGENTES

LA obra de Hernández llegó a ejercer tal influencia en el espíritu de los hombres de gobierno, que, poco después de aparecida, se dictaba un decreto dejando sin efecto el que disponía la organización de contingentes para defender las fronteras contra las invasiones del salvaje.

"Martín Fierro" fué, así, el toque de atención que puso de manifiesto las injustificadas persecuciones de los gauchos, cuyos hogares, vida e intereses estuvieron durante varios años bajo la férula despótica de los jueces de paz y alcaldes, que resultaron tan bandoleros como los mismos indios, a quienes se trataba de combatir.

Hernández, no solamente obtuvo un triunfo afirmativo de sus composiciones poéticas, sino también respecto a la supresión de tiranías, que la noble raza soportaba con el estoicismo propio de los abnegados y valientes.

La vida miserable y de torturas de "Martín Fierro" puso en evidencia la injustificada ley de servicio militar obligatorio, que cercenaba la vida tranquila y feliz de los primeros pobladores de las llanuras pampeanas.

HOMENAJE QUE SE IMPONE

DESPOJADO este artículo de toda tendencia analítica de la popular obra, por haber transcurrido medio siglo de su publicidad, sólo he intentado acumular antecedentes — muchos de ellos ignorados, — como justiciero homenaje a quien llegó a ocupar lugar prominente en las letras, en la política, en la milicia y en el periodismo. Los hombres que, como Hernández, dedicaron sus días a la obra evolutiva y progresista de la nacionalidad, no deben caer en el olvido de los argentinos que seguimos bregando por la cultura que sellaron con verdadero patriotismo los prohombres del pasado.

Hernández, que, además de sus condiciones de escritor, fué un denodado parlamentarista y maestro en la cátedra pública, es acreedor, no solamente a frases sinceras de reconocimiento, sino también a un monumento que hable a las generaciones venideras sobre la acción pujante de quien sirvió a la patria, sin contaminaciones ni egoísmos.

A pesar de la fría indiferencia del presente, que todo lo esfuma ante el modernismo que avanza, aun existen admiradores y amigos del insigne cantor, que se preparan a rendirle justiciero homenaje, organizando un movimiento de opinión entre los intelectuales del país.

El recuerdo, aunque tarde, tendrá alta significación para el espíritu nacionalista.

Tantos hombres, con menos méritos y ajenos a la patria, han sido exaltados al bronce, de manera que Hernández, con suficientes títulos, honrosamente obtenidos, es acreedor a la veneración y homenaje de sus conciudadanos.

El presidente de la república, doctor Marcelo T. de Alvear, que sabe de sacrificios y tradiciones, es quien debe tomar la iniciativa de la gran obra de reconocimiento que el pueblo argentino debe a nuestro gran cantor desaparecido.

Emilio A. Morales

ENTRE RIOS

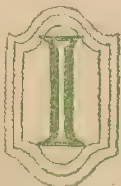
Entre Ríos es — cabe creerlo por muchas razones — la provincia más bella y de mayor importancia de la república, descartada, naturalmente, la de Buenos Aires. Situada entre los ríos Paraná y Uruguay, está llamada a descollar con valores propios en el desenvolvimiento de la nación. Y no creemos aventurada esta suposición. Sabido es que la civilización y el progreso, en su desarrollo, siguen el curso de los grandes ríos, y en el rincón más poético y más destacado de sus márgenes, allí se asientan y florecen, robustecidos por las nuevas corrientes que marchan río abajo. Hechas estas consideraciones, sólo nos resta recomendar a nuestros lectores el presente artículo.



VISTA PARCIAL DE LA CIUDAD DE PARANÁ

POR

NICOLAS CORONADO



INVITADO por la Dirección de "Mundo Argentino" a escribir en esta página algunas reflexiones sobre la provincia de Entre Ríos, apenas necesito decir con cuánta satisfacción emprendo mi tarea. He nacido en Entre Ríos y pasado en Paraná las horas más felices de mi vida. El recuerdo de mi infancia, transcurrida en la clara ciudad, sobre la barranca y frente al anchuroso río epónimo, me llenan todavía el espíritu de una fresca y armoniosa emoción. Era el tiempo en que me placía vagar por las quintas o perderme, en compañía de traviesos muchachos, por los senderos que, después de hundirse en ásperas hondonadas y de trepar lomas fatigosas, conducen al pie de la barranca. Y era entonces el arrojar piedras al agua tranquila, el charlar interminable con la gente del puerto, hasta que por fin, al caer de la tarde, regresábamos a nuestras casas, los sacos al hombro, dispuestos a abatir de un solo golpe al osado murciélago que se nos cruzase en el camino. De lejos, las primeras luces de la ciudad nos parecían una fantástica legión de cocuyos; y allí, en el fondo, el río cantaba su canción monótona y eterna, apenas interrumpida por algún silbido que horadaba el alma apacible de la noche. Una vez en lo alto volvía los ojos hacia Santa Fe y, si el aire era diáfano, podía descubrirla por un ligero resplandor en la costa distante. Y yo no sé por qué, pero es la verdad que siempre a la misma hora y al terminar el acostumbrado paseo, aparecían en mi memoria dos versos aprendidos quién sabe dónde y cuándo, dos versos que se me ocurrían melancólicos y profundos:

Entre Ríos, buena tierra;
Santa Fe, para llorar...

Ya se ve que nada podía serme más grato que hablar de Entre Ríos, esa "buena tierra" de mis recuerdos infantiles. Pero no he de hacerlo aquí con el acento conmovido del que evoca las cosas del pasado. Entiendo que debo referirme a mi provincia, poniendo de relieve, antes que sentimentales añoranzas, sus problemas actuales, sus preocupaciones del momento y, sobre todo, la obra que está llamada a realizar en beneficio de la República.

SI bien se mira, ninguna otra región, después de la de Buenos Aires, ha de progresar tanto como esa del litoral argentino. Es sabido que la civilización sigue la ruta de los grandes ríos y se asienta en los climas templados. Poseyendo Entre Ríos estas dos condiciones poco menos que indispensables para todo progreso, es justo confiar en el éxito de su acción futura y, desde luego, en que su éxito contribuirá al engrandecimiento del país. Ha concurrido ya a que alcanzáramos el grado de orden, de educación cívica, de capacidad para el ejercicio de las actividades que demanda la vida nacional.

Cuando en los momentos, felizmente lejanos, en que la patria se encontraba anarquizada y deshecha, sin que el esfuerzo de los pensadores lograra tocar el alma común e infundirle hondos anhelos de paz y de trabajo, fué de Entre Ríos de donde partió la palabra que uniría a todos los pueblos dispersos. A su influjo nacieron las leyes fundamentales que nos rigen; y cabe asegurar que, gracias a ellas y, en gran parte, al tesón con que las sostuvieron, hasta imponerles los hombres de Entre Ríos, la República pudo constituirse definitivamente y cumplir en esta parte de América la hermosa realidad que ahora contemplamos.

Y yo pienso que si su actuación pasada fué tan brillante no ha de serlo menos la que le está reservada en el porvenir. Permite asegurarlo la simple contemplación de su existencia presente, afanosa de mejoramiento e inquieta por abrirse nuevos horizontes.

Hay allí, aparte de un evidente progreso material, una intensa transformación ideológica que, tarde o temprano, influirá poderosamente en el país.

La aptitud de Entre Ríos para acoger las ideas modernas y adherir a todo principio que signifique elevación y cultura, es extraordinaria. Tan es así que en estos últimos tiempos se han efectuado en Entre Ríos, con el aplauso popular, importantes reformas sociales y creado leyes adelantadas que todavía se discuten en varias provincias argentinas y que en otras se consideran imposibles de llevar a la práctica.

Claro está que no faltan en mi provincia hombres conservadores y reaccionarios, sinceros enemigos de las innovaciones, que tiemblan ante el solo nombre de doctrinas, según ellos, atrevidas y utópicas.

Pero se baten en retirada, seguros de que allí corren vientos de fronda contra las cosas viejas y seguros de que el pueblo es el primero en repudiarlas.

Porque, vuelvo a repetirlo, no creo que haya en la República una provincia mejor capacitada para asimilar e implantar toda suerte de ideas que entrañen algún progreso sobre las ideas ya caducas.

Yo confío mucho en lo que podría llamarse el liberalismo del pueblo entrerriano.

Y es por eso que no vacilo en afirmar que mañana, cuando la nación se avoque el examen de ciertos problemas sociales que, fatalmente, habrán de plantearse, le vengan de Entre Ríos vigorosos impulsos de renovación colectiva.

He dicho que Entre Ríos progresará indefinidamente, tal vez como ninguna otra región del país, desde que cuenta con los elementos físicos necesarios para ello.

He dicho, además, que su progreso no sólo se manifestará en el orden material, sino también en el orden de las ideas, y que serán estas últimas las que trabajarán poderosamente en la organización de la República del futuro.

Y he aquí cómo la noble provincia que contribuyó ayer con su sangre a consolidar la ardua empresa de la unidad nacional, contribuirá con igual empeño, en la época de renovación que ahora se inicia, al triunfo de las mejores aspiraciones, de los más altos ideales.

Perteneciente a las provincias del litoral, está situada entre los 30° 7' y los 34° 20' de latitud sur y entre los 57° 50' y los 60° 40' de longitud oeste del meridiano de Greenwich, y tiene por límites: al norte los arroyos Guayquiraró y Mocoretá, que la separan de Corrientes; al este el río Uruguay, que la separa de la vecina República Oriental, al sur el río Paraná, que la separa de Buenos Aires, y al oeste el mismo río, que la separa de la misma provincia y de Santa Fe.

El nombre que lleva no puede, ciertamente, estar en más concordancia con su situación, pues está completamente rodeada por ríos.

Su superficie es de 75.759 kilómetros cuadrados, divididos en 14 departamentos, y su población asciende a la cantidad de 516.943 habitantes.

Su clima es templado y sano, y su aspecto es grato para los ojos del viajero que — ávido de perspectivas y emociones — posa en ella su planta.

En cuanto a la Agricultura, Ganadería e Industrias en general de esta provincia, sobre todo la harinera, cabe decir que están en plena prosperidad.

CORRIENTES

POR HUGO ALSINA





SI alguna vez, querido lector, el amor a tu patria te impulsa a recorrer sus vastos dominios, desde las nevadas cumbres andinas hasta las playas, donde el mar desata sus fatigadas olas; después de torturar tus nervios en la fantástica visión de un peñasco desafiando la atracción del abismo, o sientas el alma purificada por el vaho de azahares de la fronda tucumana; cuando tus ojos se hayan dilatado buscando inútilmente los confines de la pampa, o te estremezca el frío de lo estéril en la estepa cuyana, vuelve la mirada hacia el oriente, y allá, custodiada por dos torrentes de plata, bajo un cielo todo sol, con sus rientes campiñas, sus selvas vírgenes y sus lagos misteriosos, Corrientes evocará en tu alma toda la leyenda nativa, desde el somnoliento guaraní hasta las heroicas cruzadas de la libertad. Pocos pedazos de tierra argentina atesoran, como ella, tan diversos elementos de la vida nacional, y en ninguna parte como en ella se la conoce y se la ama a través de las palpitaciones de su existencia. Sobre su suelo han brotado todos los tipos representativos de la sociedad argentina, y las agitaciones de su tortuosa adolescencia en él hallaron el eco de su entusiasmo y su acción. También allí, por primera vez, el aventurero peninsular sorprendió a la raza aborigen en su prehistórico sueño y fecundó con su sangre cristiana las entrañas vírgenes de la tierra; allí, también por primera vez, la cruz despertó la fe en los corazones incultos, y a su amparo el salvaje amó el trabajo y tuvo su hogar; el grito de Mayo vibró como un rayo en la tranquila ciudad de Vera, y sus hijos saludaron el sol de la libertad con sus chaquetas teñidas en rojo; consagró la independencia de su patria en un genio que paseó su enseña por medio continente; también tuvo su tigre de los llanos; sus gauchos hicieron de la montonera el cuadro regular que ahogaría al monstruo de Palermo, y cuando, acallado el fragor de la lucha, el alma nacional resurgía entre el humo de la pólvora, fué la primera en rendirle homenaje y sellar el pacto de la concordia.

Bien sé, sin embargo, querido lector, que tales méritos pertenecen ya al pasado, y que el recordarlos sólo satisfarían un sentimiento regionalista; pero es que a través de ellos se descubre una injusticia cuya reparación tengo derecho a reclamar.

Corrientes, a poco de examinarla, resulta materia interesante para el observador. Ofrece amplio campo a las investigaciones históricas, reserva más de una sorpresa al sociólogo y hasta el sutil espíritu del artista descubriría ignorados motivos de emoción estética. Sin embargo, no tiene su cronista, y apenas si la ciencia ha rozado sus entrañas, mientras que los variados aspectos de su inmensa belleza esperan aún el artífice que ha de traducir sus armonías en cánticos sonoros. Se dirá, quizás, que no ha de ser tan vigorosa su existencia ni tan intensa su poesía, cuando su grado de cultura no ha sido hasta hoy suficiente a llenar ese vacío. Mas ese es, precisamente, uno de sus aspectos más significativos. No es que falten espíritus superiores, inteligencias curiosas, observadores pacientes. No. Los hay, y en buen número. Pero influyen en ellos tales factores que toda iniciativa resulta estéril. Puede más que la voluntad y la inteligencia, la ausencia de ese nervio intelectual que supone actividad común y que constituye el ambiente propicio a tales especulaciones. Más de una vez he escuchado alabar la tranquila vida patriarcal de provincia, donde no se vive, sino que, simplemente, se existe, con largas horas para el estudio, donde el pensamiento puede desenvolverse suavemente, sin precipitación algo así como la dulce *sophrosine* de los griegos.

Pero quien conozca la vida inquieta de Corrientes, donde la vivacidad de la pasión, que la ha llevado a profundas convulsiones políticas, contrasta con la abulia mental, en parte heredada del aborigen y en parte determinada por su azarosa existencia, comprenderá fácilmente por qué no han brotado en su seno esos frutos de cultura.

Corrientes, en efecto, por su situación geográfica y hasta por razones climatéricas, es uno de los núcleos sociales que conserva más indistintamente sus caracteres peculiares. La mayoría de las sociedades argentinas más próximas al núcleo central, al amparo de una legislación liberal como la que consagra nuestra carta constitucional, han modificado su estructura interna al contacto de la sangre extranjera, que las inundó de nuevas ideas y nuevos sentimientos, llegando muchas de ellas a perder su fisonomía nativa. En cambio, Corrientes, donde la inmigración es escasa, ha ido acrecentando y desenvolviendo la psicología de sus antepasados, tratando, sin embargo, de amoldarla a la corriente de progreso que, de reflejo, percibe. Aquí encontrarás aún familias con todos los caracteres coloniales; verás casas con ventanas y puertas del siglo pasado; en el lustrabotas, el canillita o el *auriga* distinguirás perfectamente al padre aborigen; el idioma, entre la gente de pueblo, se resiente profundamente de la influencia del guaraní. Mas no te extrañes, sin embargo, si digo que en cualquier biblioteca hallarás a Homero, Dante o Shakespeare con anotaciones marginales.

Si tú conocieras a Corrientes, lector, te sentirías cronista, poeta y pintor, porque Corrientes, por su situación geográfica, por su vida inquieta y por las hermosas leyendas de su raza aborigen, es digna de describirse, de cantarse y de pintarse. Los ojos — siempre ávidos de nuevas perspectivas — del hombre andariego, ojos que un día admiraron la fronda tucumana, y otro las nevadas cumbres andinas, y otro las inmensas llanuras de la Pampa, un día, dirigiéndose al oriente, en busca de una nueva emoción, descubren entre dos torrentes de plata y bajo un sol brillante y generoso las hermosas campiñas y los misteriosos lagos de Corrientes; ese suelo de maravilla, que si bien aun no ha llegado a desplegar toda su actividad, puede ser mucho el día de mañana. El señor Hugo Alsina, a quien fué encomendado el artículo presente, tal nos hace creer de Corrientes.

Esta psicología propia es, pues, uno de sus problemas más interesantes, y a ello se debe, pienso, la falta de una actividad intelectual concorde con todo el material de estudio que ella ofrece.

Así es que un nutrido archivo espera aún la mano que desempolve los roídos infolios y saque a luz preciosos datos para nuestra historia; los monumentos coloniales se esfuerzan en conservarse hasta que llegue la hora de descubrir sus misterios al estudioso; sinnúmero de leyendas y tradiciones esperan la pluma que ha de recogerlas en el libro; reservan el río y las selvas sus rumores al futuro rimador, que aun no llega; sus lagos y campiñas reviven sus paisajes a la espera del pincel que ha de transportar a la tela sus quebradas de luz, sus perspectivas, la impecable combinación de sus colores; sus aves tienen trinos que aun no ha imitado la lira; ojos negros hay, profundos y misteriosos como un ensueño, que esperan la consagración del madrigal, y hasta labios sensuales, rojos, como una rosa recién reventada, a quienes ningún Cirano ha descripto aún toda la melodía del beso.

Pero tú, lector, que eres inteligente y tienes paciencia, pues hasta aquí me has seguido, puedes convertirte en cronista, sabio, poeta y pintor, y gustar así de tantas bellezas arrebujadas aún en su manto virgen, y tal vez llegues así a comprender un nuevo aspecto del alma de tu patria.

Pero podrías preguntarme por qué no hago lo mismo, ¿verdad?

Pues bien: es una razón de peso.

Para cumplir la amable solicitud del director de esta revista y trazar estas líneas, he debido robar horas al sueño.

Y este es ya un sacrificio apreciable. ¡Somos tan dormilones!...



COSTUMBRES CORRENTINAS. — ADORACIÓN DE LA CRUZ DEL MILAGRO

Situada en la zona del litoral de la república, esta provincia está entre los 57° y 62° de longitud y los 27° y 31° de latitud, teniendo por límites, al norte el Paraguay y el río Paraná, al sur el río Guayquiraró y Entre Ríos, al este el río Uruguay y el Brasil, y al oeste Santa Fe y el Chaco.

Su clima es benigno. La temperatura media anual es de 19°, con un máximo de 25° en enero y un mínimo de 11° en julio.

Su población se eleva a 366.570 habitantes y su superficie abarca 88.901 kilómetros cuadrados.

Sus ríos principales son el Paraná y el Uruguay y muy famosa es su laguna de Iberá, situada al nordeste de la provincia y que abarca una zona de 9.660 kilómetros cuadrados, y de la que nacen los ríos Corrientes y Miriñay. Otra laguna importante, aunque no tan famosa, es la de Maloya, llena de bañados pantanosos.

Su producción ganadera y agrícola es de bastante importancia, con especialidad en el departamento de Mercedes.

Santiago del Estero

POR GUILLERMO CARABAJAL

(Continuación de la pág. 16)

VINIERON, envueltos en el polvo de las carreteras virreinales, los constructores definitivos de los pueblos, con todos los atributos de la Victoria: el Concepto y la Fórmula. Tu corte de soberana aborigen abrió sus pórticos... y el conciliábulo equívoco hizo florecer en tu alma el tulipán tenebroso de la política...

Y la política, convertida en cortesana, ajustó a tus pies el trágico coturno con que Esparta holló los sagrados jardines de Atenas; colgó de tus hombros, espléndidos y radiosos como los azahares de los naranjos, cesáreo manto de púrpura; ciñó a tus caderas intactas el cinto de los somatenes y anudó tus cabellos, renegridos como la *achira*, en una insultante diadema de emperadora...

Así te recogió en sus brazos la Historia, y tu palabra quedó, como aquella de la Doncella de Orléans, grabada en el corazón de la Raza.

Las montoneras la saben...

AÑOS de tragedia: 20-26.
Años de epopeya: 53-90.
Salve.

Se derrumbó la selva; el remolino épico se esfumó en el horizonte patrio con el paño de la bandera fratricida, que se abatió, como un ala muerta, al golpe de un beso, sobre los hombros curvados de los ejércitos en derrota... Surgió el Arado: la espada se hizo diente en la boca de Triptolemo, y la Tierra, sedienta de polen, recibió el primer grano de trigo, que después floreció en la rama, triunfadora y olímpica, como una gota de sol caída en la corola de un nardo...

Y el grano fué — dentro de la imagen — la primera *piedra* que apoyó el edificio, aun no terminado, de tu fortuna.

CIUDAD de la Capitanía, pura como colomil y noble por haber florecido en tu alma la moral de la heredad venerable y cristiana. Tienes en tu progenie la Virgen Inicial: hermosa como la de las Mercedes y milagrosa como la del Valle, y siempre casta, eternamente, como la Santa que te simboliza: María de la Paz y Figueroa.

Tienes en tu historia y en tu integridad geográfica lo que José Manuel Estrada viera en Buenos Aires, Domingo Faustino Sarmiento en San Juan, Nicolás Avellaneda en Tucumán y Adán Quiroga en Catamarca...

Tuyo es el porvenir. Desarma al Príncipe Azul, antes de que empiece la obra que sólo puede salir de sus manos sacrílegas y crueles... El Príncipe Azul trae en su Corte los sedimentos de las razas más diversas y antagónicas (la metrópoli te advierte). Desarma a ese Príncipe Azul, pero pon en sus manos una vara de nardos de San José; unge su frente con el agua bendita de las pilas de Belén y San Francisco y condúcelo por los pórticos austeros de tu propia vida...

Entonces huirá de ti la oración y se iluminarán tus sombras venerables con la luz inextinguible del progreso...

SANTIAGO del Estero. Ciudad de las abuelas legendarias y honestas, que fueron dejando en las arenas de los jardines de tu historia, virreinal y piadosa, una perfumada huella de romance...

Salve.

SANTA FE

POR CARLOS N. CAMINOS

(Continuación de la pág. 15)

Como es de imaginar, los caminos públicos son malos. Geográfica y geológicamente, Santa Fe es una prolongación de la Pampa. Su suelo ubérrimo, llano, remata al norte en la selva tropical — extendida como la cabellera de una india joven. Con sólo trazar un rumbo, se asegura la vialidad; mas, la conservación de los caminos—tarea que exige asidua labor — está confiada a la indolencia ministerial o a la industriosa politiquería de las "comisiones de fomento".

La instrucción pública ha merecido mayor dedicación. El analfabetismo—uno de los males crónicos del país, en épocas más remotas—ha sido conjurado con éxito. En 1918 funcionaban ochocientas cincuenta y ocho escuelas, con una inscripción de 100.000 alumnos. Con todo—según lo afirma el doctor Angel Gallardo, en la última memoria del Consejo Nacional de Educación, — "los datos estadísticos de la provincia de Santa Fe contienen anomalías que obligan a no aceptar las cifras si no con beneficio de inventario" (3).

Confirmando el desconcierto gubernativo, en materia de enseñanza superior, la *tercera* universidad del litoral tiene en Santa Fe su sede directiva. La región del litoral contaba, en efecto, desde tiempo atrás, con dos universidades: la de Buenos Aires y la de La Plata. Ahora cuenta con tres. Y si a éstas se agregan las de Córdoba y de Tucumán, en el interior, resultan cinco institutos de "altos estudios" en un país de nueve millones de habitantes. Además de la carga que representa el armazón burocrático de semejantes instituciones (lo que es la negación de toda Reforma), la cultura libresca que en ellas se enseña incuba, para un porvenir cercano, un proletariado intelectual tan presuntuoso como famélico. En una república endeudada, sin industrias, carcomida por la politiquería más subalterna, pulularán pronto, con su diploma al brazo, mendigando pitanzas, los descendientes del licenciado Vidriera...

En cambio, el latifundismo—único problema fundamental que debemos resolver, y que nadie apechuga—continúa siendo el gran mal de la provincia. Ante las declamaciones de los que pregonan "la reparación institucional" o las libertades patrias, el feudalismo permanece inalterable. Una sola compañía—"La Forestal", Limitada—poseía el año 1913, en la zona boscosa, *más de tres millones de hectáreas*. Dentro de ese dilatado dominio, la empresa poseía poblaciones, ferrocarriles, comercios, con violación de todas las leyes fiscales. Y en un documento reciente, presentado al superior tribunal de la provincia, se leen estas palabras: "Pa-

(Continúa en la pág. 47)

LA ESTRELLA DEL NIÑO DIOS

POR EDMUNDO MONTAGNE

(Continuación de la pág. 3)

su niño, perdidos para siempre. Y el miedo de seguir quedando en el poblado solitario hasta que pudieran trasladarse al nuevo fuerte, aumentaba con la proximidad de Nochebuena y con la explicación de por qué era herejía y de mal anuncio el robarse entre vecinos los candiles del Niño.

—Cuando vino Dios al mundo—las adoctrinaba el viejo,—quiso nacer más pobre que naide, pa dar ejemplo de humildad y castigar de entrada nomás a los engreídos, que eran muchos. Por eso jue que la Purísima dió a luz en un galponcito de guardar pasto. Cosa más casual y desprovista de lujo no podía habérsele ofrecido. Y me figuro que sería cerca de una posta, porque la Virgen andaba en la ocasión de viaje. Un ángel más lindo que el alba apareció esa noche a los cabreros y repuntadores de las cercanías, y les anunció el nacimiento del Salvador y les hizo saber dónde estaba. Y allí se jueron alabando al Niño hombres y mujeres. La noticia se esparció de pago en pago hasta la última frontera. Y menester jué por eso que la gente de tan lejos tuviese una señal que la guiase. Y por milagro de la venida del Señor, se encendió la Estrella Santa sobre su Pesebre. Y siendo que esa Estrella marcó rumbo certero, los mesmos Reyes poderosos, cabalgando a través del desierto, se pudieron allegar al Niño y apiarse, abajar de los animales cargueros las petacas llenas de alhajas que le traiban en ofrenda y quemar las gomas de olor del sahumerio que, asigún refirióme el cura Bibolino, formaba alrededor del Divino Niño nubes primorosas, como de lana fina, lavadita y ricién cardada... Ahí tienen la razón de los candiles de Nochegüena—terminaba el viejo.—Visto que representan la Estrella Santa, que señaló a los paisanos del mundo entero el lugar del nacimiento del Señor, compriendan sin más discurso que es pecao el recreo de robarlos.

—De fijo.

—¡Dios nos libre y guarde!

El viejo, que lo mismo que las mujeres, asustadas, se santiguaba, concluía su doctrina repitiendo que la herejía de Macario acarreó la desgracia a la tranquila población, y que así que fuesen todos recobrando las costumbres respetuosas de los buenos cristianos, volvería a reinar la paz y la felicidad.

Estas pláticas con don Robustiano consolaban a las mujeres del alejamiento de sus hombres, a los que deseaban unirse cuanto antes para impedirles, en las fiestas próximas, que participasen del juego de mal agüero, en caso de que se izaran candiles en el nuevo campamento.

Entretanto medió diciembre. Y una madrugada, el Pulpero, avistando a lo lejos, hizo saber que llegaban algunos hombres bien montados y tropilla de repuesto.

No, no hubiera cuidado: no eran los indios.

Al rato, que fué largo y de zozobra para las mujeres, se supo la verdad al ver que llegaban rescatados los parejeros del mayor.

En el grupo de paisanos volvía Roque, mozo de la pulpería, trayendo en ancas a Deidamia, a quien solicitaba para mujer suya desde que ésta había enviudado. La moza había perdido su hijito cuando entraron los indios.

—¡Fué muerto Tunvulquén!—era la nueva que traían los del grupo.

Las gentes del capitanejo alzado, difunto a esas horas, estaban completamente vencidas: vueltas a la tribu de Aymán las unas, prisioneras de la tropa las otras.

Y con esto y el restablecimiento de la Estanzuela, el viejo don Robustiano pudo advertir izados, en la nueva Nochebuena, unos pocos candiles, como en los primeros tiempos: siete apenas con el suyo; pero los bendijo, al contemplarlos inmóviles y encendidos hasta el amanecer y adivinar que al pie de las cañas quedaban rezando las mujeres.

Y aumentaron las luces, siempre tranquilas, año tras año; hasta que, poco antes de que llegase al antiguo rancherío de Huemul, convertido en ciudad, el portentoso ferrocarril, se pudo ver luminaria tan profusa que todos los astros del cielo parecían haber bajado a escasos metros de la tierra, para ser, cada uno sobre una casa o un rancho, la señal del Nacimiento, la Estrella del Niño Dios.

SANTA FE

POR CARLOS N. CAMINOS

(Continuación de la pág. 46)

ra que el hecho sea más completo, "La Forestal", Limitada, no solamente retribuye el incondicionalismo de los comisarios, sino que hasta las propias comisarías funcionan en locales de la compañía, como lo confiesa ésta al establecer entre los edificios que cede *gratuitamente* los de las comisarías de Santa Felicia, Santa Luca y Olmos... Y como si esto fuera aun poco, el gobierno de la provincia ha puesto a su disposición una fuerza militar, bajo sus órdenes absolutas..."

En resumen: en la época en que escribo estas líneas, con mi natural desenvoltura, la provincia de Santa Fe ha salido del federalismo gaucho, personalizado en las crónicas por el "brigadier" Estanislao López, para convertirse en la ínsula proficua donde sólo tienen potestad los hombres sin pensamiento y las corporaciones de manos muertas.

(1) "Redacción histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca", por don Joaquín De Merisalde y Santisteban.



(2) Urien y Colombo. — "Geografía de la República Argentina".

(3) Angel Gallardo.—"Educación Común" (1919), página 74.

SALTA

POR JUAN CARLOS DÁVALOS

(Continuación de la pág. 21)

fragante, y el cedro dócil, y el roble nobilísimo; desde la tipa musculosa y el laurel pestilente, y el arca multicolor, hasta el lapacho inflexible, y el urunday gigantesco y el compacto chachal. ¡Y qué decir de las plantas tintóreas, de las medicinales; del cebil rico en tanino, del churqui, la tusca, el pacará y el algarrobo que lo emulan; del ventrudo yuchán, productor del capoc; del nogal ubérrimo, y de las infinitas plantas fibrosas y textiles!

¡Y qué decir de las huertas de naranjos silvestres, del café, y de la coca, y del árbol de la goma, perfectamente aclimatable en Orán, y del algodón y del tártago, y del tabaco, y de la quinua, y del arroz y de la mandioca y de la papa, y de la chirimoya, y de la palpa, y de la caña de azúcar, que rinde por esas regiones cuatro veces más substancia que en Tucumán!

¡Y qué decir de los manantiales petrolíferos de Luna Muerta, de las arenas auríferas de la quebrada de Tilián, de las vetas de manganeso de la Candelaria, de los riquísimos ónices de Cerrillos, de las borateras y calicheras de la Poma, de las tierras jabonosas, del kaolín, del cobre, del estaño, de la plata, del carbón y del azufre!

La riqueza de Salta, en cualquiera de los reinos de la naturaleza, es tal que iguala y aun supera en variedad a las regiones más privilegiadas del orbe.

Imaginad el producto vegetal más raro del mundo: si en Salta no existía de suyo, buscad la región apropiada, sembradlo y cosecharéis por quintales. Pensad en la piel más fina y más cara, y hallaréis la chinchilla entre las nieves eternas del Cachí y del Acay.

¿Cuál es la fruta que en Buenos Aires se paga más cara? Seguramente, la chirimoya, esa crema natural y deliciosa de las que veréis bosques en Campo Santo.

¿Queréis probar manteca vegetal, una manteca que se unta en el pan? Cualquier huerta de mi pueblo tiene dos o tres árboles de esa maravillosa palta.

Zoólogos y botánicos perderían la cabeza recolectando especies nuevas por las campiñas salteñas. Los paleontólogos, escarbando en el San Bernardo, encontrarán trilobites de la era paleozoica, y escarbando en la Caldera, a unas leguas de mi pueblo, se toparán con monstruos de la época terciaria.

Los arqueólogos tendrán aquí material para elevar mil eruditas memorias ante sabias corporaciones. Bomann no hizo más que desbrozar el tema: ahí quedan todavía, vírgenes del azadón curioso, los enterratorios calchaquíes y pulares, los pueblos sepultados del departamento de Anta, y los complicados problemas que ello sugiere, acerca de las razas que se disputaron el territorio cientos de años antes de la conquista.

Todas las razas y todas las aptitudes humanas encontrarán en Salta medio propicio a su desenvolvimiento. Los hombres de climas fríos conquistarán bajo el trópico la nieve de la cordillera; los suizos y los vascos encontrarán risueños paisajes trasplantados de su país natal, y hasta los italianos de la marisma y los franceses de las landas, no echarán menos por cierto; en algunas regiones de Rivadavia y del valle de Lerma, la indolencia muelle y casi deliciosa de las fiebres palúdicas.

Salta es la tierra de las montañas, de los pájaros, del aire azul, y de las flores. Charazada diría que es un anticipo del paraíso.

Si me decís que en Provenza se ven campos cultivados de flores, yo os respondo que en las praderas de Salta tiene su asiento la Primavera. Las anémonas son aquí silvestres, y el anís y la menta y el cedrón y el arrayán impregnan la atmósfera de aromas inefables.

¡Oh vosotros, los que guardáis en invernáculos orquídeas del Brasil, podéis verlas en la quebrada de San Lorenzo, y en muchas selvas de Salta, balancearse dulcemente al peso de las abejas en las mañanas de sol!

CATAMARCA

POR GUILLERMO CORREA

(Continuación de la pág. 22)

cón de Cólquide en sus frondas para arrebatar el vellocino de Jason, ¿cómo y por qué raras artes pude prendarme de Catamarca, *le quatorzième* de nuestra nacionalidad?

Voltaire ha escrito en siete palabras esta novela histórica:

Il avait autre fois un banquier.

Aunque me demuestro poco reverente de la historia, y aunque el fondo de esta novela nada tenga de común con mi tema, doime a creer que cambiando el substantivo, hago comprender mejor la situación de mi espíritu en la hora crepuscular del misterio.

Il avait autre fois un Catamarca. Sí que le había, ya que de otro modo mi ánima se hallara en silencio, como las mudas alegorías de los frisos jónicos y corintios, mientras que, en cambio, la siento rebullir, conmoviendo el sedimento ancestral en cuyas células pervive el alma de mis abuelos ausentes, su efecto largamente aplicado a lo real o fantástico, pero profundo, mío y de ellos, entretejido en la carne y los huesos como una condición química de la vida, semejante a la función pulmonar, retransmitido por herencia de padres a hijos que no se detienen a investigar las cualidades del objeto amado, si son bellas o no, porque resultan siempre hermosas al ser contempladas por ojos amorosos, sean cual fueren las contradicciones y desengaños con que pone a prueba la firmeza de los corazones el juego azaroso del vivir y el pensar.



No distinto suele ocurrir a la madre en quien el destino puso dentro su seno el trozo de carne informe, idiota, contrahecho, pero que, siendo fruto de sus entrañas, lo ama en proporción de su desventura, con tanto mayor ardor cuanto es más triste su suerte.

Algo, como un sentimiento de caridad dolorida, torna los ojos de la madre hacia el hijo desdichado y vuelve el rostro del hijo hacia la madre herida por el infortunio, y estas corrientes que lo incierto de la vida encauza unas veces remontando a las fuentes, y otras descendiendo al término del raudal, así, muy semejante, me parece, es lo que aletea en mi víscera cordial, entre alegrías candorosas y consuelos melancólicos, al escudriñar el misterio de mi adhesión por esta tierra de fábula, especie de "gamin" sentado a la mesa de la nacionalidad, cuyos anfitriones se guardan de preguntar cómo se llama, ni cuál es su procedencia: hace el número catorce y... basta.

¿Qué sé de Catamarca? ¡Nada, Dios mío! Como las estatuas sobre cuya cabeza reposan los cornisamentos de los grandes templos, aguantan el peso de su destino, sin desprenderse de la posición miliar que le han adjudicado los acontecimientos, fabulosa, paciente, desamparada y triste.

Y, sin embargo, yo amo a esta fantasía, porque soy la carne idiota nacida de su seno y pegada a su irrevocable destino.

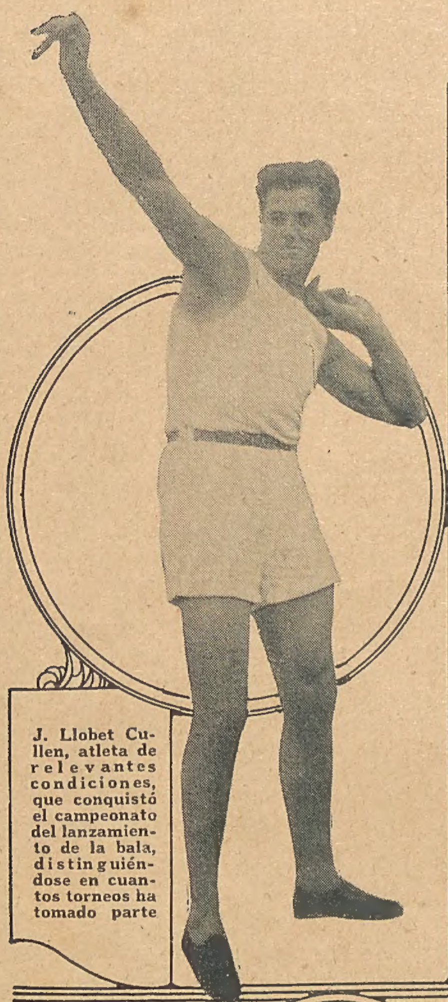
Tal, por lo menos, retrato mi sensación.

Ya se sabe que el hombre no es más que un compuesto de sensaciones en la rotación de su medio ambiente.

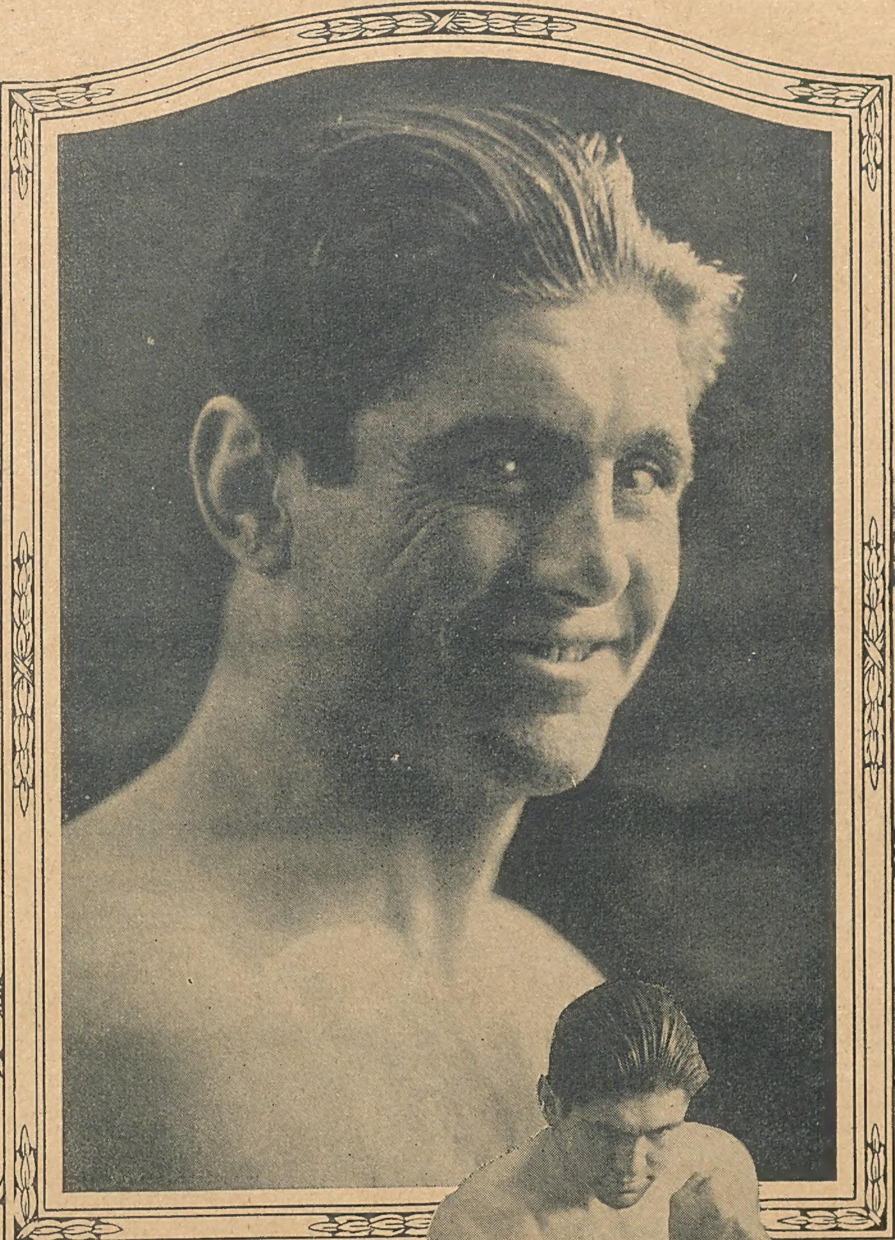
Completamos un siglo y dos años, y sigue...

Alza tu morral, recobra tu cayado y continúa tu senda, peregrino.

FIGURAS POPULARES DEL DEPORTE EN 1923



J. Llobet Cullen, atleta de relevantes condiciones, que conquistó el campeonato del lanzamiento de la bala, distinguiéndose en cuantos torneos ha tomado parte



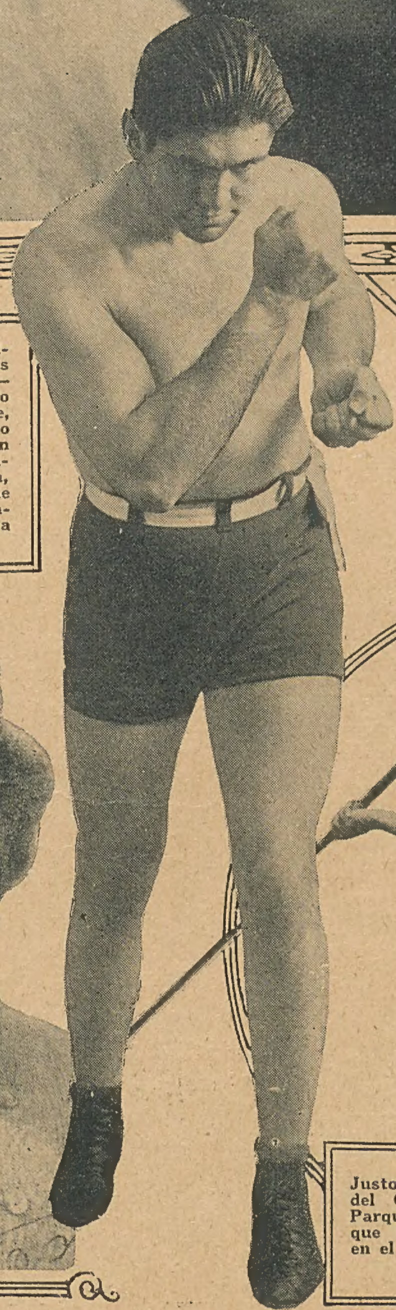
Luis Angel Firpo, el campeón sudamericano de box, que tan notable actuación tuvo en los rings norteamericanos. Lo más notable de esta fotografía es su sonrisa, desde que no es pródigo en ellas



Eugenio R. Gret, destacado ciclista, que se distinguió en las pruebas que disputó en el curso del año y que ha conquistado el título de campeón argentino de velocidad y resistencia



Carlos Bergara, distinguido atleta, campeón de levantamiento de pesas. En el curso del año pasado, durante su estada en Francia, ha obtenido algunos éxitos muy brillantes



"El toro salvaje de las Pampas" — como ha dado en llamársele, no sin justo motivo, — en su guardia característica, precursora de tantos triunfos como ha obtenido



Señorita Elena Gnecco, ágil corredora, que se adjudicó muchos y buenos triunfos durante el año, llegando en algunas ocasiones a adjudicarse varias pruebas de distinta índole



Raúl Riganti, uno de los campeones motociclistas argentinos de más brillante actuación durante la temporada deportiva que acaba de finalizar y que resultó muy lucida

Justo Rodríguez, del Club Atlético Parque Avellaneda, que se distinguió en el tiro de la jabalina



L.T. PIVER
Paris

1774 - 1924





en ocasión de entrar en sus 150 años de existencia, con el prestigio reconocido en el mundo entero de estar siempre a la altura de los gustos de moda, tiene el honor de presentar a su distinguida clientela las últimas creaciones de polvos, extractos y lociones:

VOLT MISMELIS ESME

que son los perfumes más suaves y persistentes que jamás haya producido la perfumería.

Recordamos también nuestros afamados perfumes:

FLORAMYE - ASTRIS - POMPEIA - VELIVOLE
GERBERA - AZUREA - VIVITZ - ETC.
Y **JABON REINITA**















IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA
EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.